Sudestada

Recuperar nuestra historia es recuperar nuestra identidad nacional

DIRECTOR: JOSE MARIA ROSA

AÑO 1 - NUMERO 1 - A 3,30 -

1815: LA MISION GARCIA

1820: UNA TRIPLE TRAICION



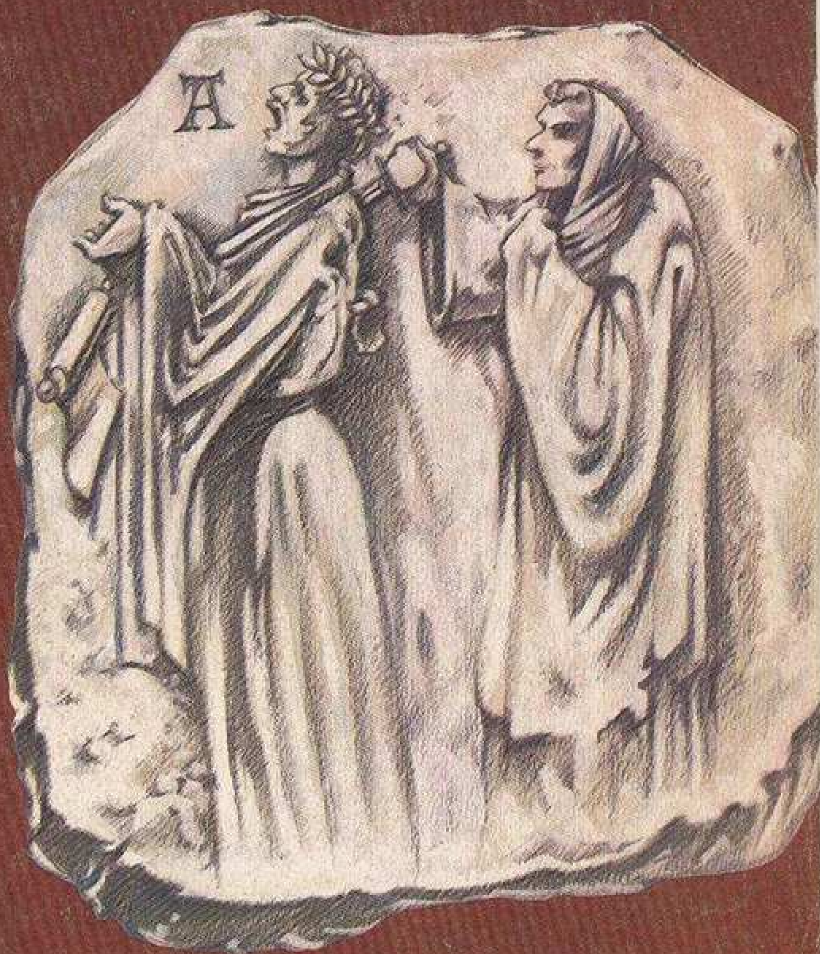
1851: URQUIZA Y EL ORO BRASILERO

1920: EL CONTUBERNIO RADICAL

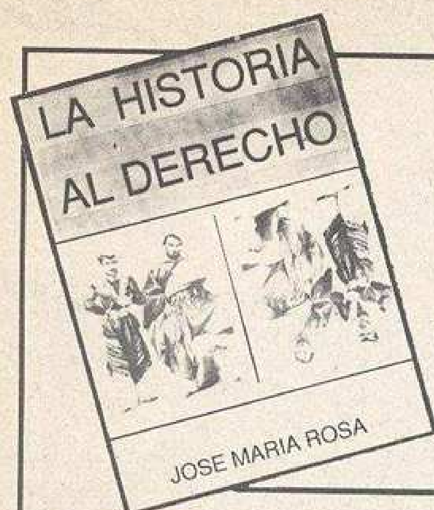
1955:LA HORA DEL TERRORISMO



1976: LAS CLAVES DE LA INFAMIA



LA TRAICION A LA PATRIA



LA HISTORIA AL DERECHO

UN NUEVO LIBRO DE
JOSE MARIA ROSA

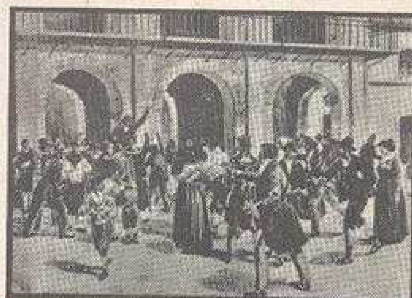
"... En Buenos Aires se vivía en un período de efervescencia popular porque estaban llegando malas noticias de la guerra con Napoleón en España. La América española pasaría a ser francesa, de un dominio español se pasaría a un dominio francés. Esto no es bien visto por los sectores humildes de la población, donde existía un espíritu nacional. Querían ser ellos o España..."





"... Un poco curioso es lo que pasa con Urquiza que era poderosamente rico pero tenía un afán por el dinero incomensurable. Los mismos brasileros cuando escriben este momento de la historia, se admiran del extraordinario afán por el dinero de Urquiza. Ellos cuentan tranquilamente que lo compraron al Gral. argentino, pero piensan que hubieran ganado la guerra del mismo modo. Cosa que yo les discutí en distintas polémicas, sin el Gral. argentino los brasileros hubieran perdido la guerra..."

"... Después de la batalla de Pavón la argentina ya no tiene sentido nacional. Se elimina la población criolla como ya hemos visto, en el interior y en la Pcia. de Buenos Aires. Se institucionaliza una argentina que va a durar muchos años y cuya época más importante la podemos considerar en el año 1880. En este período encontramos una clase dominante, aparentemente dueña del país, pero que en realidad son tan solo abogados, gerentes o empleados de las empresas inglesas que son las auténticas dueñas..."



Una obra imprescindible que pone al descubierto las claves ocultas de nuestra historia

Más de 100 páginas con fotos y grabados ilustrativos

PROXIMAMENTE EN SU LIBRERIA
RESERVE SU EJEMPLAR



sumario

•Justo José de Urquiza, comandante en Concepción del Uruguay.

Director
José María Rosa

Director Ejecutivo
Daniel Adrián Di Giacinti

Colaboradores
Oscar J. Sbarra Mitre
Carlos Machado
Horacio Maceyra

Ilustración de tapa
Marcelo Salvioli

Investigación Gráfica
Nora Schenone

Fotocomposición y fotomecánica
R.P.I.
Belgrano 5969
Wilde

Impreso en
BALBI S.A.
Belgrano 5951
Wilde

Distribución Capital
J. Vidal S.R.L.
Carlos Pellegrini 739
Piso 1, oficina 4
Tel. 393-5719

Distribución Interior
SADYE
Belgrano 355, Piso 9º, Tel. 30-1536

Editado por
Editorial Proa S.R.L. (e.f.)
(Pueyrredón 1352 -
C.C. 263 - (1412) - Capital Federal
Año I - Nº 1 - Mayo de 1987

SUDESTADA

Popham era un excelente marino y los ingleses a su mando los mejores marineros del mundo; pero Liniers demostró ser un baqueano del Plata que era lo que importaba en ese momento. Poco antes de llegar a Colonia ha empezado a soplar viento sudeste, y Liniers sabe lo que es una sudestada de invierno en el río: un temporal de varios días, viento que sopla con furia contra la corriente, o las que rompen. Popham habría navegado todos los mares, y tomado o corrido tormentas mayores; pero en ninguna parte encontrado la pertinacia de sudestada rioplatense que no pueda navegar ningún profano del río por buen marino que fuese. Mientras soplase el sudeste, el inglés no osaría levar anclas. Popham, sabedor -¡y cuándo no!- de los planes de la junta de guerra montevideana, había bloqueado Colonia para no dejar salir un balandro. Liniers esperó que la sudestada llegase al máximo (lo que ocurrió a los cinco días) para filtrarse impunemente la noche del 3 de agosto entre los anclados navíos del comodoro inglés.
La tormenta le había otorgado la victoria.

Introducción

LA TRAICION A LA PATRIA



Por ***JOSE MARIA ROSA***

El artículo 33 de la Constitución Argentina que repite el 103 de la antigua, dice: "La traición a la patria consistirá únicamente en tomar las armas contra ella o unirse a sus enemigos prestándoles ayuda y socorro". Fue tomado al pie de la letra de la norteamericana (art. 3, secc. III, 1) sin advertir los constituyentes de 1853 que el adverbio únicamente" (only) del modelo no correspondía al derecho público argentino. Porque en el art. 29 (que es el 20 de la actual) habían creado otro tipo de traición a la patria: la de otorgar la suma del poder público o facultades extraordinarias, que no solamente equiparaban a "la traición a la patria" sino que agravaban con el calificativo de "infame".

Existen pues, en nuestro derecho constitucional dos tipos de traición a la patria: "tomar las armas contra ella, o unirse a sus enemigos", y "otorgar a los gobernantes facultades extraordinarias o la suma del poder público"; la traición federal del art. 20, y la traición unitaria del 33. Si aplicáramos retroactivamente ambas disposiciones casi todos los hombres del pasado argentino serían merecedores de los cuatro tiros clásicos por la espalda. Unos por unirse al enemigo exterior, y otros porque no se ajustaron a las formas liberales de gobierno.

La subsistencia de dos tipos distintos de "traición" crea un curioso problema. ¿Es "traidor" el gobernante que asume facultades extraordinarias o la suma del poder, como medio único para defender justamente la patria de sus enemigos de afuera y sus conexiones internas? ¿Lo es a la inversa quien se une al enemigo con el propósito de restablecer las formas normales de gobierno? ¿Fue traidor a la patria Rosas que gobernó dictatorialmente, o lo fueron los unitarios aliados a los franceses o Urquiza aliado a Brasil?

No puede haber dos conceptos de patria, ni puede haber dos maneras de traicionarla. La lógica formal nos enseña tres principios, llamados "primeros principios", porque son la base misma de todo pensamiento: una cosa es una cosa (principio de tercero excluido). La patria *es solamente la patria*, no puede ser *otra cosa*, ni puede ser *en parte la patria y en parte otra cosa*.. O la Argentina es un grupo de hombres que habitan un mismo suelo, tienen en común modalidades características y una propia tradición: o la Argentina no está en los hombres, ni en el suelo ni en la historia, sino en las relaciones políticas liberales entre gobernante y gobernados. O se traiciona a la patria "únicamente" de la manera que dice el art. 33 o se la traiciona también "únicamente" como lo castiga el art. 20. O Rosas y quienes defendieron la soberanía nacional fueron patriotas, aunque hayan gobernado en forma despótica: o lo fueron los unitarios que se aliaron al extranjero como medio de ignorar formas liberales de administración. Pero unos y otros no pueden ser considerados patriotas, conjuntamente.

En las guerras internacionales se lucha contra un enemigo cuya posición comprendemos y que comprende la nuestra. En cambio las guerras civiles están originadas por una incomprensión fundamental: formas políticas, conceptos de patria, etc. De allí que sean más cruentas que las guerras internacionales; así como amamos lo que está cerca y comprendemos, odiamos lo que también está cerca y no comprendemos o hemos dejado de comprender. Cuando la incomprensión es nada menos que del concepto de patria, las guerras civiles toman el carácter de verdaderas luchas religiosas. La patria es un culto, y quien no lo entienda a nuestra manera se convierte en un hereje digno de la hoguera de Torquemada o de Calvino.

Barrés ha definido la patria en apretada síntesis como "la tierra y los muertos" que equivale a decir: nosotros y nuestros padres, un suelo y una tradición que guardar. Es la aceptación diríamos universal del significado de patria, pero no es de ninguna manera la de todos los argentinos.

LAS DOS ARGENTINAS

Dos Argentinas que no podían comprenderse, que necesariamente tuvieron que ser antagónicas, chocaron desde los comienzos de nuestra historia. Dos concepciones de patria que tendían a excluirse: para unos la argentinidad nació consubstanciada con el régimen político liberal y el patriotismo consistía en traer la llamada "civilización europea", por lo menos su exterioridad más evidente, que era el régimen constitucional. A ello se sacrificaba todo, el pasado del cual se renegaba, los hombres que se disminuían a "bárbaros", la economía, la tierra. No había solidaridad con la tierra y los muertos, sino con una determinada posición ideológica: "nuestra patria es el universo" decía Echeverría en 1845; "la patria es la humanidad" clamaba Alberdi en 1838, idéntica posición; "no estamos preocupados por esa idea de la nacionalidad que es patrimonio del hombres desde la tribu salvaje" explicaba Sarmiento, en Facundo, la posición de los suyos ante el conflicto con Francia. Años más tarde Alberdi diría en las Ba-

ses que es obra de auténtico patriotismo eliminar a los argentinos para establecer la civilización europea: "No son las leyes que necesitamos cambiar: son los hombres, las cosas. Necesitamos cambiar nuestras gentes incapaces de libertad por otras gentes hábiles para ella. Si hemos de componer nuestra población, es necesario fomentar en nuestro suelo la población anglosajona. Ella está identificada al vapor, al comercio; a la libertad".

Pero para otros argentinos la patria era algo real y vivo, que estaba en los hombres y las cosas de la tierra. Era una nacionalidad con sus modalidades propias, su manera de sentir y de pensar que le daban individualidad, y que justamente había que preservar de la absorción foránea. No estaba en un digesto legal, sino en el sentimiento de una tradición común y la conciencia de una solidaridad.

Unos y otros se consideraron depositarios exclusivos de la argentinidad y se calificaron mutuamente de antipatriotas y de traidores. Lo hicieron con la misma buena fe y con idéntica convicción. Unos y otros dieron origen a las dos corrientes políticas que, prolongadas a través de nombres que poco significaron, han llegado hasta nuestros días. Hubo la Argentina formal que antepuso a todo la existencia de formas burguesas de factura liberal: y hubo la Argentina nacionalista para quien predominaba la existencia y la soberanía de la Nación. Una corriente minoritaria pero intelectualmente destacada y otra corriente popular y espontánea. Algún sociólogo alemán hablaría de la oposición entre la "sociedad" de unión superficial y la "comunidad" de unión profunda, entre lo racional y lo sentimental, entre la "unidad en el espacio" y la "unidad en el tiempo", entre la "convivencia por contrato" (que entre nosotros diríamos "por constitución") y la "convivencia por estirpe" (es decir, por nacionalidad). Algo de eso intuyó Sarmiento en su antinomia entre la ciudad civilizada y la campaña bárbara: solamente que la oposición no era geográfica, ni "civilización" (que viene de *cives:* lo propio, lo nuestro, puede aplicarse a lo extranjero: ni "barbarie" (que justamente quiere decir: extranjería) a lo nuestro..

Por eso, porque no hubo entre nosotros una conformidad plena sobre lo que es la patria, es que nuestras guerras civiles fueron tan extraordinariamente implacables. Podemos decir que nuestras oposiciones cívicas continúan esta tradición, la mejor conservada quizá de nuestras tradiciones vernáculas. Tenemos una incapacidad criolla para ponernos de acuerdo sobre lo que es la Argentina, y de allí que nos odiamos hoy con idéntico fervor y sinceridad que ayer y que siempre. Quienes no piensan como nosotros son "traidores a la patria", y claro es, justificamos con el calificativo toda medida contra ellos. No nos entendemos en la polémica histórica ¿Es que no podemos entendernos ni hay posibilidades de que podamos llegar a hacerlo algun día, lograr el imposible tercero excluido que nos reconcilie en una común idea de patria? Decía San Martín en 1829 que la única solución del problema político argentino era que una faccíon exluyera completamente a la otra. Pero nuestra historia demostraría que tampoco es posible que una de las ideas excluya absolutamente a la otra: lo trató de hacer Rosas y fracasó; lo trataron de hacer los antirrosistas después, y también fracasaron. Parece que estuviéramos condenados a convivir para siempre sin dejar de combatirnos y que podemos descansar en la completa seguridad de que jamás llegaremos a entendernos.

Tal vez sea una cuestión de

Los constituyentes de 1953. El apuro por copiar la Constitución Norteamericana provocó contradicciones. Los dos artículos referidos a la "traición a la patria" son prueba de ello.



Copia del testamento del Gral. José de San Martín. El punto tres reza: "... el Sable que me ha acompañado en toda la guerra de la independencia de la América del Sud, le será entregado al General de la República Argentina, Don Juan Manuel de Rosas..

n el Nombre de DIOS todo Poderoso a quien reconozco como
ador del Vniverso Digo yo Jose de San Martin Generalisimo
Republica del Peru, y Fundador de su livertad, Capi
General de la de Chile, y Brigar. General de la
deracion Argentina, q.e visto el mal estado de mi salud, declaro
el presente Testamento lo siguiente
mero, dejo p.r mi absoluta Heredera de mis bienes, havidos y por
er a mi unica Hija Mercedes de S.n Martin, actualmente Casa
con Mariano Balcarce
Es mi expresa boluntad el q.e mi Hija suministre a mi Herma
Maria Elena, una Pension de Mil fran.s anuales, y a su fa
miento, se continue pagando a su hija Petronila, una de 250 ha
u muerte, sin q.e p.a asegurar este don, q.e hago a mi hermana y Sobri
sea necesaria otra Hipoteca, q.e la confianza q.e me asiste de q.e mi hija y sus
ederos cumpliran religiosamente esta mi boluntad
El Sable q.e me a acompañado en toda la Guerra de la Independencia
la America del Sud, le sera entregado al General de la Republica
gentina D.n Juan Manuel de Rosas, como una prueba de la satis
ion q.e como Argentino he tenido al ver la firmeza con q.e ha
tenido el honor de la Republica contra las injustas pretenci
s de los Estrangeros q.e trataban de Humillarla
Proibo el que se me haga ningun genero de Funeral, y desde el
gar en que falleciere se me conducira directam.te al Cementerio
ningun acompañam.to pero si desearia el q.e mi Corazon fue
depositado en el de Buenos Ayres
Declaro no deber ni haver jamas debido nada, a nadie
Aun q.e es verdad q.e todos mis Anelos no han tenido
ro objeto q.e el bien de mi Hija amada, debo confesar que
honrada conducta de esta, y el constante cariño y esmer

tiempo. Rosas fracasó porque se adelantó a su época. Pero con siglo y medio de vida independiente, ¿andaremos aún muchos a tientas, buscando cuál es nuestra auténtica patria, nuestra verdadera razón de ser nacional?

TRAICION SIN CONCIENCIA

Alcibíades, Coriolano, el condestable de Borbón, Benedict Arnold traicionaron sus patrias -su "tierra y muertos"- uniéndose a los enemigos que las combatían. Despecho o dinero los movieron al crimen: los móviles de todos los crímenes, desde Caín y Judas Iscariote. Tuvieron conciencia de su acción, el *animus* que dicen los penalistas; y hasta un orgullo del delito, que podríamos llamar satánico, con el que ocultaban, posiblemente, sus remordimientos internos. Fueron renegados perfectamente conscientes, que pesaron el pro y el contra y se resolvieron con voluntad deliberada a lo que las Partidas llaman el "crimen de los crímenes". Lo hicieron por pasión o por precio, pero sabían bien lo que hacían.

Entre nosotros encontramos algunas actitudes semejantes porque los venales o los apasionados no faltan en ninguna parte. Pero no pasan de personajes pequeños, de traidorzuelos que nadie recuerda: no es este tipo el que nos interesa. Es la traición sin conciencia de que es traición el "crimen de los crímenes" cumplido con toda buena fe, como acto patriótico y honroso, y hasta con sus vistas a la gratitud de la posteridad, lo que da una característica, creemos que única a la historia argentina. Porque toda nuestra hsitoria está llena de actitudes contra la patria que fueron aplaudidas por sus contemporáneos -por lo menos algunos de ellos- y que la posterioridad -también una parte de la posteridad- ha erigido como ejemplos próceres. No son posiciones ocasionales, errores o crímenes que violan una norma, y que demuestran que esa norma vive. No son delitos: son convicciones. Toda traición es violación de una fe, es ir contra lo propio, es renegar de lo que se amaba. ¿Podemos, en rigurosa justicia decir que traicionaron la patria, quienes jamás sintieron esa fe, y nunca amaron las cosas propias" ¿No es más correcto discriminar dos conceptos diferentes de patria, en continua oposición?

EL REVISIONISMO HISTORICO

La historia argentina fue escrita por hombres que, en mayor o menor grado, tenían de la patria un concepto exclusivamente formal. De allí que nuestra historiografía corriente, especialmente en los textos destinados a la enseñanza, exalte como valores próceres y califique de patriotas a quienes "se unieron con el enemigo y le prestaron ayuda y socorro", para rebajar en cambio con calificativos denigratorios a los que resistieron a ese enemigo. En la revolución de mayo ve solamente un movimiento doctrinario, y considera como propósito exclusivo de las luchas civiles redactar una "constitución", Rivadavia es la gran figura porque "se adelantó a

su tiempo" con proyectos de reforma liberales, y Rosas el "tirano" que retardó veinte años la "organización nacional".

Nada dice de las causas por las cuales se perdió medio virreinato, de las tentativas de reconstruirlo, de los motivos que obligaron al levantamiento de los caudillos, de la defensa de la soberanía en 1838 y en 1845, de la independencia económica y causas que motivaron su pérdida, de la posición internacional, etc. Nada sobre una interpretación social de la Argentina. Lo que no es "institucional" (tomado como sinónimo de liberal) no interesa a la historiografía didáctica.

Contra esa historiografía liberal en todos sus matices: desde las crónicas de Funes a la "nueva escuela histórica" contemporánea, es que ha surgido el *revisionismo histórico*. Sus propósitos son estos dos: reconstruir al pasado conforme a una auténtica crítica, y valorarlo de acuerdo a la mejor conveniencia nacional. *Auténtica* tiene el significado de crítica metódica y veraz, que es siempre difícil donde tantas resistencias se levantan contra quien dice "toda la verdad, y nada más que la verdad". *Y nacional,* que los hechos históricos han de ser interpretados y valorados con prescindencia de una ideología determinada, (y mucho menos desde aquellas abstracciones corrientes: *humanidad, civilización, progreso, etc.)* ; que deben interpretarse de acuerdo a la mejor conveniencia de los argentinos como hombres y de los destinos de la Argentina como Nación. Escribir y enseñar una historia, que sea historia de la Argentina y no de las ideas liberales en la Argentina, necesariamente tuvo que producir una revolución en la jerarquía de próceres que había legado la historiografía anterior. Quienes estaban muy bien desde las "instituciones", estaban muchas veces muy mal desde la "nacionalidad": en cambio los "tiranos" y caudillos, denigrados u olvidados por la generación anterior hubieron de ser reivindicados a título de su firme patriotismo. No era una posición política antiliberal, como se dijo: se respetaron las teorías como doctrinas políticas o económicas, pero no se las consideró la patria misma, no la actuación de los gobiernos liberales, especialmente en la época de Rivadavia, mostró la cantidad de retórica inconducente, y carencia de tino político que hubo en hombres que tenían una indudable cultura: que su desconocimiento del país y de sus hombres corría parejo con su familiaridad con los tratadistas europeos de derecho público, y que tras ellos - tal vez sin saberlo plenamente- se agitaban intereses comerciales de fuertes potencias extranjeras.

Del revisionismo surgió totalmente cambiada la figura de Rosas. en el tirano de la vieja historia se encontró a un estadista de singulares dotes de habilidad, popularidad, energía y sobre todo patriotismo; se vio en el gaucho de la pampa al argentino por excelencia: laborioso, leal con los suyos, que sabe respetar y hacerse respetar. Se supo que su gobierno, conducido con mano firme, produjo la unidad nacional, la independencia económica, el respeto por la soberanía, y hubiera llegado a constituir un sólido bloque el virreinato si no cayera en **1852 por obra de Brasil.**



Anverso de una medalla de plata (arriba) con la imagen de Urquiza, acuñada en 1951. Aviso (abajo) publicado en la 4a. página de "La Gaceta Mercantil" correspondiente al nº 3939 del miercles 27 de julio de 1836.

(Colección Juan M. Berasategui.)



¡VIVA LA FEDERACION!

A LOS AMANTES DE LA PERSONA DEL

ILUSTRE RESTAURADOR

De las Leyes,

GOBERNADOR

Y CAPITAN GENERAL DE LA PROVINCIA

D. Juan Manuel de Rosas.

A los Verdaderos Federales.

EN la calle de la Universidad No. 150 se han recibido retratos de S. E. en busto de cuerpo èntero, gran uniforme, y banda punzó; las sienes ceñidas con una corona de laurel, y colocado en una manga de vidrio.

No es que el revisionismo se circunscriba a la figura de Rosas: pero el conocimiento claro y la interpretación argentina de su época es fundamental, para nuestra historia, por los grandes problemas que se agitaron en ella. Y es, sobre todo, que el choque de las dos ideas de patriotismo, que decía más arriba, se presenta muy evidente en la interpretación del Dictador que, armado de la suma del poder público, defendió su tierra contra la agresión de Francia e Inglaterra, auxiliadas por un partido argentino.

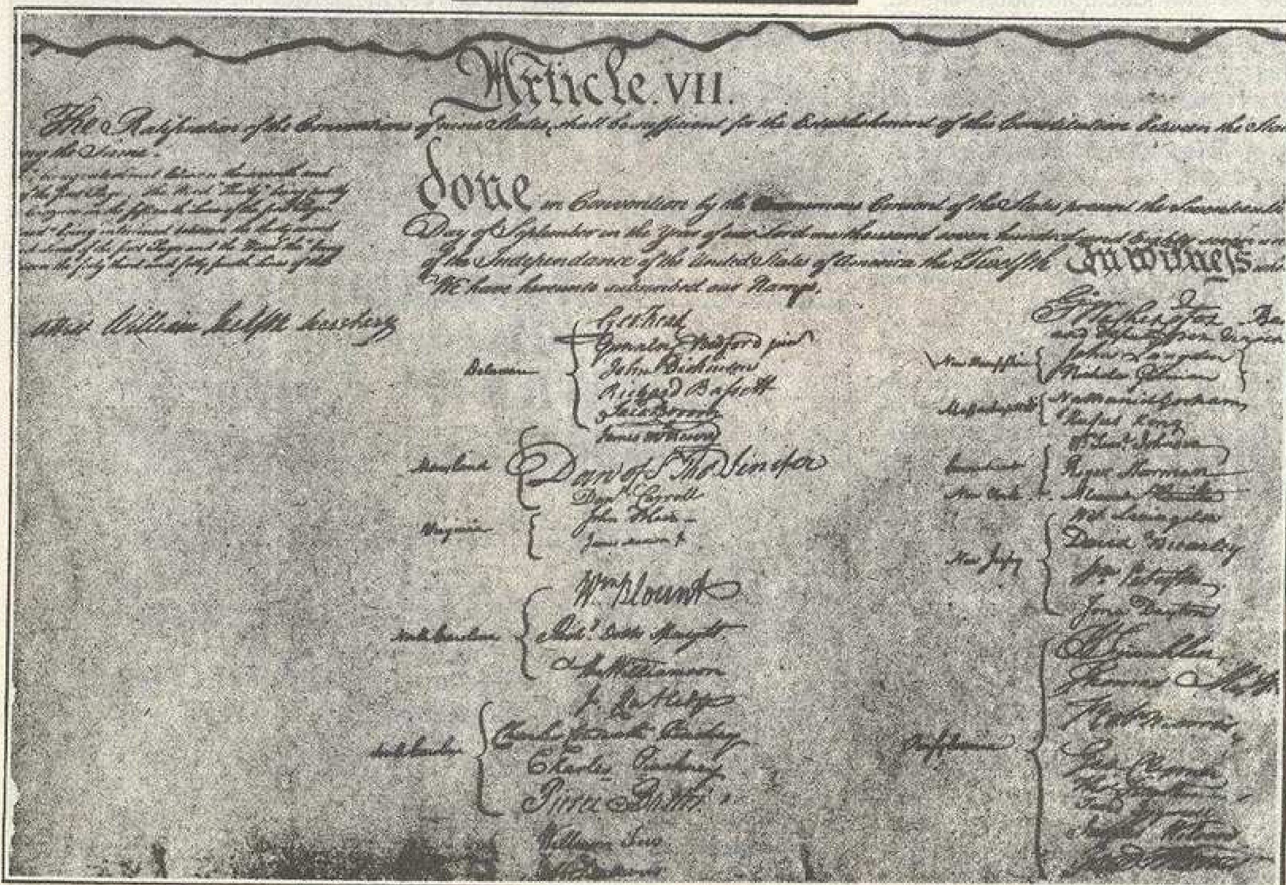
La polémica histórica, iniciada en el recogimiento de las academias, ganó inmediatamente la calle. No podía menos de ser así por la índole del tema discutido. No se trataba únicamente de la veracidad de este o de aquel hecho. Se discutió lo que es la patria, y quienes fueron sus servidores leales y los desleales, los eficaces y los retóricos. Fue tomando el tono agrio de una disputa teologica, y como tal llegaron las excomuniones para los adeptos de la nueva fe. Se los acusó de "ofender a los próceres", hubo decretos y proyectos de ley condenando a años de prisión por este delito y los revisionistas se defendieron demostrando que eran los próceres del liberalismo quienes habían ofendido antes a la patria. Y que cuando el presunto prócer estaba contra la patria, no podía



Juan bautista ***Alberdi (arriba) diría que*** *es obra patriótica suplantar gauchos por europeos. Parte del artículo VII (abajo) y firmas de la constitución de los Estados Unidos de América. Traducida velozmente por los constituyentes se convirtió en neustra Constitución Nacional*

condenarse a quien se quedara con la patria y no con el prócer.

Fueron empleadas todas las armas para silenciar el revisionismo, no ya para rebatir sus argumentos, o contestar su documentación: las academias se cerraron para sus historiadores, la prensa calló o tergiversó sus enseñanza; hasta 1945, los profesores revisionistas eran amonestados o expulsados de sus cátedras, no obstante la libertad de opinión y de enseñanza del credo liberal. Se los expulsaba precisamente por decir la verdad y por decirla con lenguaje argentino. Cuando el revisionismo ganó la calle, hubo un ministro del Interior que ordenó muy seriamente a sus agentes de policía que disolvieran los actos públicos cuando los oradores "ofendiesen a los próceres". A criterio del agente o del ministro. Por supuesto que nada detuvo la ola revisionista. Es que el formal concepto liberal de la patria-instituciones, que fue la base de la historia vieja, ya había ido cediendo ante el criterio que identifica la patria con los hombres las cosas y la traición de este suelo. El proceso de recuperación de la argentinidad, debía ser precedido, necesariamente, por la recuperación de nuestra historia.



Article. VII.

The Ratification of the Conventions of nine States, shall be sufficient for the Establishment of this Constitution between the States so ratifying the Same.

done in Convention by the Unanimous Consent of the States present the Seventeenth Day of September in the Year of our Lord one thousand seven hundred and Eighty seven and of the Independance of the United States of America the Twelfth In witness whereof We have hereunto subscribed our Names,

attest William Jackson Secretary

1976: LAS CLAVES DE LA INFAMIA

ESCRIBE ***HORACIO MACEYRA***

Suele decirse que a partir de marzo de 1976 la Argentina vivió una segunda **Década Infame**, como calificara José Luis Torres el lapso transcurrido entre los golpes militares de 1930 y 1943. Como entonces, la infamia y la entrega signaron el período. Sin embargo, ésto es cierto sólo parcialmente: hubo algo más. El golpe militar del 24 de marzo de 1976 marca un punto de inflexión en la historia reciente de la Argentina. Nada sería igual después de ese complejo proceso que asoló al país como el **viento de la desgracia**, para usar la expresión de Gabriel García Marquez.

Pero a diferencia de lo que ocurre con el **realismo mágico** cultivado por el escritor colombiano, los hechos que nos ocupan pueden ser explicados: hay hechos anteriores que dan cuenta -al menos parcialmente- de ellos. A la vez, sus consecuencias les sobreviven y forman parte de nuestro presente. Ningún proceso histórico surge de la nada ni se agota en sí mismo.

La Argentina de los años '70

Gran parte de la historia económica de la Argentina de este siglo, puede ser interpretada como la pugna entre dos diferentes y opuestos modelos de desarrollo: por un lado, un modelo de capitalismo relativamente autónomo e integrado, basado en la sustitución de importaciones y la expansión del mercado interno (lo que implica cierta redistribución del ingreso y crecimiento de la ocupación, así como protección de las actividades no "eficientes" o competitivas); y por otro lado un modelo de desarrollo **capitalista-dependiente**, apoyado en el crecimiento "hacia afuera" y el desarrollo de un sector "eficiente" de la economía orientado hacia el mercado externo (lo que supone concentración del ingreso, menor ocupación, apertura de la economía y supresión de toda protección a las actividades no competitivas).

De la alternancia de esos dos modelos -delineados en sus características más generales- resultaría la estructura económica y social de la Argentina al promediar la década del 70 . La misma exhibía un grado relativamente alto de complejidad y diversificación: a la persistencia de la tradicional base agroexportadora propia de las economías primarias y semicoloniales -advertible en la estructura del comercio exterior-, se sobreimprimía la existencia de un sector industrial relativamente amplio, que generaba aproximadamente el 40% de la ocupación y el 35% del PBI.

Hacia los años 70' la industrialización argentina era incompleta y dependiente: se habían completado las primeras etapas sustitutivas de importaciones pero se se-

A los 76 años muere Juan Domingo Perón, el dolor del pueblo es incontenible. Al paso de la cureña que transporta los restos del líder, un soldado no puede contener su llanto, el suyo era el gesto de todo un pueblo ante la pérdida de un amigo.





guía dependiendo en alto grado de la importación de insumos, tecnología y bienes de capital que no se producían localmente. Registraba una importante presencia de capitales extranjeros, concentrada en las ramas más modernas y dinámicas. Sin embargo, tenía un peso cuantitativo importante -según se ha dicho- en cuanto a generación de puestos de trabajo y participación en el producto bruto.

El sector terciario de la economía aparecía con un peso muy destacado, generando aproximadamente el 30% del empleo. Dentro del mismo era fundamental la participación del Estado, que absorbía alrededor del 20% de la población económicamente activa. La presencia del Estado no se limitaba al sector terciario y a los servicios públicos: había una importante presencia en ciertas ramas de la industria, como el sector energético y la metalurgia. También en la banca. Esta presencia del Estado resultaba un dato político nada desdeñable, en tanto dos tipos de consecuencias a tener muy en cuenta en el proceso posterior: por un lado la existencia de un freno a la penetración de la inversión externa en ciertos sectores claves de la economía, y por otro lado la posibilidad de emplear un aparato estatal muy interpenetrado en la economía como palanca de transformación de la misma. El sentido de tales transformaciones dependería de los objetivos asumidos por los grupos de poder que se sucedieran en su manejo.

La crisis devenida ante la muerte del Gral. Perón demostró que su conducción era insustituible. La inoperancia del gobierno de Isabel fue la antesala de la infamia.



Las dificultades de funcionamiento del modelo capitalista-dependiente

La implantación y el funcionamiento "eficiente" de un modelo capitalista-dependiente (propiciado por el núcleo más concentrado de los sectores dirigentes: empresariado vinculado a la banca y la industria de capital externo, gran empresariado rural) encontraba dos tipos de obstáculos en la Argentina de los años 70'.

La estructura del Estado, con su fuerte presencia en la vida económica (estructura cuyo diseño provenía -en lo fundamental- de la década peronista), expresada en el Banco Central que centralizaba el control monetario, el monopolio estatal de los servicios públicos, el control y la propiedad estatal de los recursos del subsuelo. Esta presencia estatal sustraía ciertos segmentos fundamentales de la economía a la posibilidad de penetración del capital multinacional (y a la captación de ciertos segmentos del mercado de bienes y servicios, que el Estado mantenía "cautivos"), sobre todo en la medida en que el poder político fuera controlado por partidos o sectores de orientación dirigista y/o nacionalista (como el caso del peronismo).

La presencia de la clase obrera, fuertemente sindicalizada y nucleada en torno a una central única (CGT), con peso institucional y numérico y con un grado importante de activación política. Capaz de imponer orientaciones y reivindicaciones, si bien no ajenas al sistema capitalista, sí de tipo nacionalista y distribucionista, que operaban como obstáculo frente -por ejemplo- a cualquier proyecto de acumulación basado en la explotación intensiva del trabajo o en la disminución de la de la ocupación. También frente a los intentos "racionalizadores" que incluyeran disminución de la ocupación en el Estado.

El peronismo: el "hecho maldito"

Estos obstáculos operarían con particular intensidad durante la primera parte del gobierno peronista que asumió en marzo de 1973. El retorno del peronismo al poder tras dieciocho años de proscripción fue la culminación de un proceso largo y conflictivo, cuyo análisis excedería los límites de este trabajo. Pero las algaradas callejeras que saludaron la asunción de Héctor Cámpora, constituían la evidencia palpable del fracaso de todos los intentos realizados a partir de 1955 por borrar de la memoria colectiva ese "fenómeno maldito de la política argentina".

Sin embargo, el peronismo que retornaba no era el de dos décadas atrás. La rápida y reciente incorporación de sectores juveniles de clase media -realizada al calor del enfrentamiento con la dictadura militar de Onganía- le agregaría un elemento de radicalización, cuya expresión más inquietante sería la guerrilla . Por otra parte, la resistencia y la proscripción habían generado -junto a los sectores conciliadores y participacionistas- expresiones duras y aún clasistas, en una clase obrera cuya identidad política seguía siendo -mayoritariamente- peronista. El ancho movi-

miento nacional vería crecer su ala izquierda por ese doble aporte de jóvenes de clase media y obreros combativos.

La presión de estos nuevos sectores por ganar espacios y la resistencia de los elementos tradicionales del peronismo a esos intentos, serían determinantes de un conflicto interno que estallaría de manera sangrienta. Especial papel jugaría en ello la dirigencia sindical, permanente blanco de las diatribas de los jóvenes y sepultada sin matices bajo el mote lapidario de "burócrata". Esta ofensiva -que no acertaba a distinguir a la derecha partidaria y a los burócratas reales de los dirigentes ortodoxos, pero honestos y representativos- serviría para aislar del movimiento a los mismos que la impulsaban.

Por lo demás, la reconstrucción del frente nacional -que el peronismo había logrado articular a partir de 1946- presentaría serias dificultades, en tanto las condiciones económicas no eran ya tan propicias: había menos margen para la distribución "indolora". Era distinta la relación de fuerzas entre los factores de poder, así como la profundidad de sus demandas y la capacidad de imponerlas.

La política económica, atacada por la izquierda y frenada en su aplicación por la derecha partidaria -que ganó ascendiente frente al desplazamiento de los sectores juveniles, tras la caída de Cámpora-, carecería de la profundidad y firmeza necesarias, afrontando serios tropiezos a corto plazo.

En ese clima altamente conflictivo, signado por el enfrentamiento interno, la creciente actividad de la guerilla -a la que seguiría la violencia ejercida por grupos parapoliciales- y las dificultades económicas, la muerte de Perón agregaría un elemento de incertidumbre y caos de imposible superación: el pulso del país entero había latido al ritmo del de ese anciano de casi ochenta años, cuyo liderazgo resultaba insustituible.

Activación popular y ortodoxia económica

Sin embargo -y más allá de las dificultades que habían jalonado el desenvolvimiento del gobierno desde los primeros meses- algo quedaba claro: con el peronismo en el poder, el modelo capitalista-dependiente no podía funcionar con eficiencia. gran parte del empresariado y los economistas "serios" señalaban el "desborde sindical", la "indisciplina laboral" -fomentada por la Ley de Contrato de Trabajo-. el "exceso" de participación de los asalariados en el ingreso nacional y el intervencionismo estatal, como causas de la disminución de la rentabilidad y de la desinversión.

Los primeros intentos de ajustar la economía de pautas ortodoxas tuvieron lugar durante el mismo gobienro justicialista, a partir de la muerte de Perón. Tras un período de transición -durante el cual se intentó una política estabilizadora de corte ortodoxo-, la influencia desmesurada de López Rega en el gobierno impuso la designación de Celestino Rodrigo al frente del Palacio de Hacienda. La política de "shock" intentada por Rodrigo procuró deprimir los salarios y el consumo, poner en "caja" las demandas sindicales restableciendo la disciplina laboral, producir un vuelco hacia el capital privado y extranjero, disminuir la participación del Estado en la economía y el déficit público e impulsar una incipiente liberación del mercado financiero.

Pero esa política no podía llevarse a cabo mientras los sindicatos aparecieran como un factor incorporado a la estructura de poder que sustentaba al gobierno peronista. El gobierno de Isabel Perón procuró reducir el poder sindi-



De la mano de Martínez de Hoz se produjo una violentísima transferencia de ingresos desde el sector asalariado hacia el sector empresario.





cal y produjo un choque frontal al anular las paritarias de junio de 1975, generando una respuesta dura: una huelga general que acabó por impulsar el relevo del ministro de economía y la salida del país de López Rega (mentor del plan). El sindicalismo logró influir brevemente en el rumbo del gobierno, por la falta de objetivos claros por parte de la dirigencia obrera y la decisión presidencial, llevaron a otro intento ortodoxo: Mondelli procuraría hacer, ya sobre el fiilo de la caída del gobierno, una versión atenuada de la políitica de Rodrigo.

El gobierno peronista aparecía privado de sus apoyos naturales, pues su política ya no interpretaba los intereses de la clase obrera en particular, ni de los componentes del frente nacional en general. Sin embargo, la amenaza del desborde sindical tampoco le abría crédito como garantía de funcionamiento eficiente" del sistema.En ese contexto, la izquierda peronista -reducida prácticamente a su expresión armada ("Montoneros") y privada de toda posibilidad política- se lanzaba a una orgía de violencia, que contribuiría eficazmente a crear las condiciones para el golpe militar.

La política económica del proceso: los mecanismos de la infamia

La política económica inaugurada por el gobierno militar mostraría una coherencia y continuidad no conocidas hasta entonces en el país. Había sido diseñada cuidadosamente bastante antes del golpe, y el equipo que habría de ejecutarla estaba ya conformado tiempo atrás.

Por la profundidad de la reestructuración que se proponía realizar, requería el sustento de un poder político capaz de forzar su aplicación hasta sus últimas consecuencias, acallando toda protesta y sojuzgando -mediante métodos represivos- las previsibles resistencias. El autoritarismo resultaba la condición necesaria para la aplicación de una estrategia que se proponía alterar las estructuras sociales y económicas, basándose para ello en el dominio del aparato estatal puesto al servicio de un grupo económico muy concentrado. Este sector dirigente, que alimentó, sustentó y fue usufructuario directo del nuevo orden implementado, incluyó a los grupos nacionales constituidos sobre la base de la fracción de la oligarquía que expandió sus intereses hacia la industria y las finanzas, y a las empresas multinacionales que diversificaron sus actividades a diversas ramas de la economía .

"Normalización" y redistribución de ingresos

El primer objetivo -eficazmente cumplido- consistió en la "normalización" de las relaciones laborales. Se comenzó por modificar la Ley de Contrato de Trabajo en todas aquellas cláusulas que los sectores patronales consideraban lesivas de la rentabilidad y la productividad y se puso un freno absoluto de toda demanda sindical (eliminación de comisiones internas, despido de activistas). Así, el sentido de la "normalización" fue revertir los avances logrados por el sector laboral en las etapas precedentes y establecer un grado de autoridad patronal discrecional.

Esto se acompañó de una violentísima transferencia de ingresos desde el sector asalariado hacia el sector empresario (la participación del salario en el ingreso pasó del 50% en 1974 al 35% en 1983). dentro del sector empresario se verificaron, asimismo, importantes flujos de ingresos desde las pequeñas y medianas empresas nacionales hacia los grupos empresarios más poderosos (nacionales y transnacionales) y desde el sector industrial hacia el sector financiero. También desde el sector estatal hacia el sector privado, a tra-

Jorge Rafael Videla y Emilio Massera. Desde el estado se implementaría el terror como elemento fundamental para reprimir la resistencia social que provocaría el plan de Martínez de Hoz.



vés de la subvaluación de bienes y servicios provistos por empresas públicas y cuyos principales demandantes eran grupos empresarios vinculados al sector que detentaba el poder.

La desindustrialización y sus secuelas sociales

La reforma financiera -que liberó las tasas de interés- unida a la restricción crediticia operada desde el Banco Central, produjo una elevación sin precedentes de los costos financieros. Por otra parte, tuvo lugar una apertura indiscriminada del mercado interno a los productos importados mediante la rebaja arancelaria y el retraso del tipo de cambio. Esas dos circunstancias, combinadas con el achicamiento del mercado interno por la caída salarial, produjeron en conjunto una quiebra masiva del sector industrial, particularmente en las pequeñas y medianas empresas nacionales (sin posibilidades de reasignar recursos y autofinanciarse). Esto provocará un acelerado proceso de desindustrialización, a la vez que una rápida concentración en el sector industrial sobreviviente. Hubo fusiones y absorciones de empresas en situación de quebranto por parte de las empresas grandes que -tanto por la política diferencial practicada por el Estado, como por su vinculación al sector financiero y su acceso al crédito externo- pudieron afrontar ventajosamente la crisis y desalojar del mercado a las competidoras más débiles.

En verdad, no puede hablarse de la desindustrialización como producto de una crisis, sino como resultante de un conjunto de políticasdeliberadamenteensambladas,- que produjeron una profunda reestructuración de la economía y de la sociedad. A la disminución de la clase obrera industrial y de los sectores asalariados en general, así como a su pérdida de capacidad de presión política, se sumó la casi desaparición de los sectores empresarios pequeños y medianos de capital nacional, ligados a la industria. Con ello se desactivaba cierto tipo de alianza política vigente durante el desarrollo del esquema sustitutivo de importaciones: la que vinculaba a la clase obrera industrial con el empresariado ligado al mercado interno, generadora de los movimientos populares del tipo del peronismo.

El sector financiero y su hipertrofia

A expensas de la producción se expandió en forma parásita el sector financiero de la economía. Hubo una monumental transferencia de recursos hacia ese sector, que merced a los elevados spreads y al alza de las tasas, estuvo en condiciones de obtener diferencias altísimas y practicar una verdadera exacción del resto de la economía (como las empresas compensaban la elevación de los costos financieros con la disminución de los costos salariales, esta exacción terminó practicándose a costa del sector laboral).

La deformación se expresó también en el comportamiento financiero de las empresas más favorecidas por la política en vigencia, que desarrollaron actividades extrabancarias, creando un mercado interempresario caracterizado por tasas usurarias.

Endeudamiento externo: garantía de continuidad

Escaparía a los límites de esta nota la descripción detallada de los mecanismos que produjeron el gigantesco endeudamiento externo que tuvo lugar en la Argentina posterior a 1986 (7). Baste decir que ese endeudamiento -generado en gran parte debido a la toma de crédito por empresas del Estado- sirvió para que ciertos grupos privados compraran dólares baratos en el mercado libre, y los giraran a cuentas en el exterior como garantía de nuevos créditos. Esos créditos -aprovechando el retraso cambiario y las elevadas tasas vigentes- eran convertidos a pesos o colocados a corto plazo en el mercado financiero. Vencidas las imposiciones, se reconvertía a dólares (la diferencia obtenida permitía comprar más que los recibidos en préstamo) que eran girados nuevamente al exterior para repetir el ciclo. Este tipo de operaciones tuvo como principales protagonistas a los sectores económicos más directamente emparentados al esquema de poder.

Hubo también beneficiarios "menores" del endeudamiento: los sectores de las clases media y alta que dispusieron de divisas baratas para viajar al exterior y comprar mercaderías importadas, contribuyeron a acrecentar la deuda y pasaron a engrosar la base consen-



Juan Domingo Perón en su última aparición pública. A su emocionado discurso de despedida antecedió un mensaje donde denunciaba a sus propios dirigentes como obstáculo para lograr la liberación nacional.





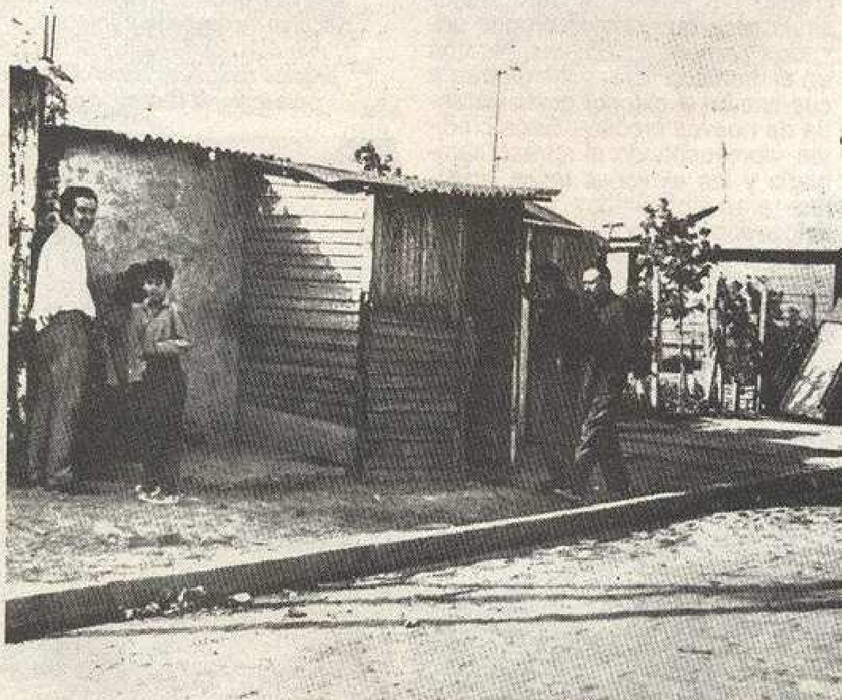
sual del plan económico.

La masa de deuda así contraída - como resultado del comportamiento especulativo de una minoría- quedaría "socializada y pesaría sobre toda la comunidad: de hecho, buena parte era pública, puesto que se había endeudado deliberadamente a las empresas estatales (más allá de sus necesidades y posibilidades de pago) con el objeto de proveer las divisas que se evadirían luego del país. En cuanto a la deuda privada, gran parte de ella sería nacionalizada en 1981 por el sistema de seguros de cambio.

Desde otra perspectiva, los objetivos políticos de los sectores que crearon ls condiciones de endeudamiento se revelan al reparar que el mismo, alcanzada cierta magnitud, constituyó una garantía de continuidad de ciertas condiciones básicas de la política que lo engendró. En el corto plazo, la deuda era también reaseguro de la continuidad del mismo equipo económico: dada la ligazón de Martínez de Hoz y su grupo con la banca acreedora y los organismos internacionales de crédito, sólo su mantenimiento podía asegurar el flujo de divisas, cuya interrupción habría precipitado la crisis del sector externo.

Esta es una de las claves que - conjuntamente con la reestructuración de las relaciones de poder en la Argentina- harían poco menos que imposible la "vuelta atrás", el objetivo político de largo plazo habrá sido, pues, asegurar la estabilidad de las condiciones necesarias para el funcionamiento eficiente del modelo de acumulación propio del **capitalismo-dependiente**.

La miseria y la desocupación fueron las consecuencias inmediatas del cumplimiento de la aplicación del plan económico del Proceso de Reorganización Nacional. Se buscaba de esta forma la desaparición de la clase obrera industrial como elemento de presión política.



Desde 1955 se habían multiplicado los intentos de hacer desaparecer al peronismo de la escena política, en la convicción de que la potencialidad cuestionadora de sus bases sociales, representaba la mayor amenaza existente para el funcionamiento del **capitalismo dependiente**. El fracaso de esos intentos -y la conciencia de su inutilidad- dio lugar a una estrategia más afinada: si no se podía desvanecer el fantasma del peronismo, era menester someterlo a un vaciamiento capaz de neutralizarlo. El plan económico desindustrializado fue uno de los pilares de esa estrategia: apuntó a la médula del movimiento nacional, al debilitar severamente sus bases sociales. El otro pilar fue la violencia, que encontró su justificación en el accionar previo de la guerrilla. Vencida la subversión, el terrorismo de estado fue el medio idóneo para amordazar toda disconformidad y cualquier intento cuestionador del plan económico. A la vez, la identidad de los principales destinatarios de esa violencia -militantes jóvenes y muy especialmente activistas gremiales, indiscriminadamente englobados bajo un concepto lato de "subversión"- reveló su consistencia con los objetivos de la política económica.

Así desnudada, la estrategia ensayada por los dueños del poder a partir de 1976 se nos muestra exitosa en lo inmediato, al tiempo que revela sus costados más profundamente antinacionales. Consumada la infamia, el país -y el movimiento nacional- deberán buscar una nueva alternativa a partir de una realidad distinta. Tal el desafío del futuro próximo.

LA TRAICION



ESCRIBE: **JUAN D.PERON**

En el año 1967, Eugenio P. Rom grababa en Madrid una serie de conversaciones con Juan Domingo Perón que sirvieron como base para la posterior edición de su libro: "Así hablaba Juan Perón". En etas charlas el líder justicialista vierte valiosísimos relatos que muestran cuál era su visión sobre los hechos históricos fundamentales, que son las claves permanentes de la Argentina contemporánea. De este interesante libro rescatamos este capítulo cuyo título nos exime de hacer otros comentarios

Corre el año 1846. El ejército del Brasil está apostado en la frontera con Uruguay. Se tiene la impresión de que estallará la guerra con el imperio de un momento a otro.

Los exiliados unitarios se embarcan en la flota imperial y actúan como siempre de "asesores", esta vez del Brasil.

Pero, en Europa la cosa no da para más. La opinión pública presiona y se decide negociar la paz. A tal efecto se envían nuevos Embajadores al Río de la Plata.

La negociación es larga, porque Rosas se muestra irreductible. Sostiene que Francia e Inglaterra deben retirarse, devolver todo lo que han tomado y desagraviar al Pabellón Argentino.

La negociación entra en un callejón sin salida. Las potencias extranjeras consideran que no pueden hacer ese papelón ante el mundo.

Pero Rosas puede esperar. Y espera. En esos momentos todo el país está en orden. No queda ninguna tropa unitaria operando en el interior y no tiene ningún conflicto fronterizo. Salvo la situación del Brasil, claro, pero bueno, eso es "crónico".

Cansada de seguir en este asunto, Inglaterra, por su cuenta, decide levantar el bloqueo y allanarse en las negociaciones de paz.

No así Francia, que inicia sus contactos con el Brasil para una acción conjunta. Por supuesto que, por medio de los uniarios de Montevideo. En eso están cuando en París estalla una revolución y se instala la República. 1848, El panorama cambia completamente. El jefe de la escuadra, por las dudas, y por su cuenta, levanta el bloqueo.

El puerto de Buenos Aires, queda nuevamente libre.

Brasil da marcha atrás apresuradamente. Sabe muy bien que "solo", no puede enfrentar a la Argentina.

En adelante inicia una larga, paciente, y prolija búsqueda de nuevos aliados. Con el tiempo encontrará uno ideal, ya lo veremos.

Mientras tanto, las potencias negocian la paz con Rosas. El sigue "en sus trece": devolución de todo y desagravio a la Bandera. Tanto Francia como Inglaterra, reciben el mismo trato. Respetuoso pero irreductible, por parte del Jefe de la Confederación Argentina.

Finalmente en el año 1849, se firman los tratados de paz, en las condiciones que exige nuestro País.

Cumpliendo el mismo, se levanta también a las tropas europeas que están en Montevideo y la dos escuadras se retiran.

Es el triunfo total de la política de soberanía argentina.

Suenen los cañonazos de las escuadras antes de partir, en desagravio a la bandera azul y blanca de nuestra patria. Las escuadras que parten, son nada más, que las de las dos naciones más poderosas de la tierra.

Las noticias llegan a Francia, justo a tiempo para alegrar los últimos días del general San Martín. Muere en 1850.

En un inciso especial de su testamento, lega su sable de la Independencia "al general argnetino Don Juan Manuel de Rosas, como prueba de la satisfacción que como argentino, he tenido al ver con cuanta altura ha sostenido el honor de la Patria".

Está todo dicho.

Los preparativos bélicos del Brasil sufren una nueva demora. Estallan movimientos republicanos en el interior y se desata una ola de peste amarilla.

Rosas, rompe relaciones con el Imperio y se prepara para la guerra.

Reconstruye la escuadra y refuerza con todo el material y hombres que puede, al Ejército de Operaciones, al mando del general Urquiza.

Pero el Imperio no se mueve. Hasta que no encuentre un aliado, no piensa hacerlo. si la guera comenzara en esos momentos, nadie duda que el triunfo sería para la Argentina.

En eso estaban las cosas al comienzo del año 1851, cuando se produce el hecho más increíble de la his-

toria argentina y uno de los acontecimientos más vergonzosos de la historia universal.

El general en Jefe del Ejército de Operaciones argentino, para la guerra contra el Brasil; Don Justo José de Urquiza, entra en tratativas con el enemigo, para pasarse a él, y arrastrar las tropas que el país ha puesto bajo su mando y responsabilidad. Así también, todos los pertrechos y armamentos a su disposición.

Por supuesto que las negociaciones son lentas y "secretísimas". La posición de Urquiza, al mando del ejército más poderoso de esta parte de Sudamérica, en esos momentos, le da una carta de triunfo que sólo está dispuesto a entregar a muy alto precio. Sobre todo dinero. Mucho dinero.

Y además la flota del Brasil, que es indispensable en este caso. Con la del almirante Brown no puede contar. El Almirante no "se vende".

La coordinación y el "manejo" de las tratativas, desde luego que está, como siempre, a cargo de los exiliados argentinos de Montevideo. Rosas, que ignora todo esto, declara formalmente la guerra al Brasil.

Urquiza se pronuncia en marzo de ese mismo año contra Rosas. Ya ha "arreglado" con el Brasil. Acto seguido, entra en el Uruguay para atacar al ejército de Oribe que sitia Montevideo y permanece leal.

En cumplimiento de lo "pactado", las tropas del Brasil cruzan la frontera y entran también en el Uruguay. Las comanda el Marqués de Caxias.

No hay batallas. Oribe nada puede contra esas tropas. Entrega su ejército y se le permite retirarse. Otra cosa no podía hacer. traicionado por Urquiza, el país queda desguarnecido.

Rosas ha perdido en dos meses, sus dos mejores ejércitos.

Se dirige precipitadamente a Santos Lugares, a organizar una fuerza en base a tropas reclutadas a último momento y sin ninguna experiencia, la mayoría de ellos.

Pero, dice, "Buenos Aires no se entregará al extranjero sin luchar".

Desoye el consejo de sus generales de internarse en el interior y esperar los refuerzos de los caudillos, que le son adictos en su totalidad.

Urquiza, con su ejército reforzado con las tropas tomadas a Oribe, con más, las tropas del ejército brasileño, emprende el camino de Buenos Aires. Cuenta con casi 40.000 hombres. Antes de movilizarse ha exigido que se le de "todo el dinero prometido".

Se le da la mayor parte, "el resto" al entrar en Buenos Aires. Quedan en el Uruguay 12.000 hombres del Brasil. Por las dudas.

Ante la entrada de las tropas brasileñas al territorio argentino, Rosas recibe numerosas adhesiones Entre ellas la de varios jefes unitarios, que se sienten "repugnados" por lo que está ocurriendo y vienen a ofrecer sus espadas para luchar contra el extranjero y contra los traidores. Rosas los acepta y les da mando de tropas.

La batalla se dio en Morón. Las fuerzas nacionales pudieron hacer contra un enemigo que las duplicaba en número y armamentos.

La historia escolar, la conoce como de "Caseros", porque los brasileños exigieron que así se llamara, dado que a la División de ese país le tocó pelear en un sector conocido como "Palomar de Caseros".

En la historia de Brasil, se llama "la revancha de Ituzaingó" y "fin de la guerra contra Argentina".

En todas las ciudades de ese país, hay una calle o avenida que lleva su nombre. Es lógico!

Lo realmente increíble, es que Buenos Aires y varias ciudades del interior, también hay calles que se llaman así.

Bueno, Rosas renunció y se asiló en Inglaterra.

Urquiza se proclamó Director provisorio de la Confederación. El día 20 de febrero de 1852, aniversario de la batalla de Ituzaingó, el ejército brasilero entró en Buenos Aires, con charangas y banderas desplegadas a su frente.

Se fusiló y degolló a tanta gente, que el río que cruza Palermo, dicen los testigos de la época, bajaba con sus aguas de color rojo.

Urquiza con la cabeza fría, aprovechando la euforia de sus partidarios con el triunfo, pidió más dinero al Brasil. Se lo dieron, pese a que ya habían empezado las discusiones y las desavenencias entre ellos.

En esto estaban, cuando saltan a la luz los acuerdos secretos, y Brasil comunica que se queda en el Uruguay, con su ejército. Exige a ese país, cuatro millones de pesos fuertes, como gastos de guerra se incauta de los territorios orientales cedidos por Urquiza.

Ante los hechos consumados, Inglaterra movilizó su diplomacia para tratar de recuperar las ventajas comerciales, que había perdido dos años antes, en el fracaso del bloqueo al puerto.

Por lo pronto, exigió la famosa "libre navegación" de los ríos interiores.

Instalado en Buenos Aires, Urquiza también moviliza su estrategia. Por lo pronto, le convenía mantener al elenco de gobernadores rosistas en

El grabado reproducido de L'Illustration de París muestra un soldado de la Legión Francesa en Mentevideo. Estos mercenarios con sueldo servirían a las órdenes de Garibaldi, junto a ellos se encontraban los exiliados argentinos que combatían contra su propia patria.



las provincias del interior.

Si se entregaba totalmente a los unitarios, estos a la larga, seguramente le "presentarían la cuenta" de su muchos años al servicio de la Federación.

Su "espada libertadora" había cortado muchas cabezas de unitarios y éstos no lo habían olvidado. Así que comisionó a Bernardo de Irigoyen al interior, para invitar a las provincias a una reunión conjunta y allí fijar la conducta a seguir.

La provincia de Buenos Aires, fue convocada a "elecciones". Por supuesto que con lista única. Ganan los unitarios.

Eligen Gobernador, por pedido de Urquiza, al viejo don Vicente López y Planes. Presidente del tribunal de Justicia de Rosas.

Los caudillos del interior, se reúnen en San Nicolás de los Arroyos y firman, precipitadamente, un "acuerdo".

Se designa a Urquiza Director de la República Argentina y se llama también a un Congreso Constituyente.

La reciente implantada Legislatura de Buenos Aires, rechazó el acuerdo y el viejo López debió renunciar.

Muy disgustado Urquiza, intervino la provincia y resolvió "asumir el gobierno de la provincia". Días más tarde, le devuelve el gobierno al autor de las "Odas Patrióticas". Duró poco, lo hacen renunciar de nuevo los unitarios.

Resultado, Urquiza volvió a "asumir".

En fin, un cuento de nunca acabar. Y lo peor es que más o menos así va a seguir la cosa por bastante tiempo.

Mientras en el resto del país, los gobernadores enviaban a sus diputados por cada estado, para la Asamblea Constituyente a celebrarse en Santa Fe, Urquiza se traslada a esa provincia, para la inauguración. Claro, en un barco de la flota británica.

Los barcos ingleses están aquí, para exigir la libre navegación, de los ríos. Después de esto, demás está decir que la obtienen.

Muy bien. Ahora, los unitarios porteños, aprovechan la ausencia de Urquiza para hacer una revolución. Retiran sus diputados al Congreso de Santa Fe y separan el Estado de Buenos Aires de la Confederación.

Inmediatamente comienzan los preparativos para una guerra, esta vez, contra Urquiza. Pero cuando están en eso, se les subleva el Comandante de Luján, coronel Lagos, que fuera rosista y en esos momentos estaba con Urquiza. Lagos levantó las tropas de la campaña de la provincia y exigió el retiro del gobierno unitario. Acto seguido, puso sitio a la ciudad del puerto.

A los pocos días, la flota Confederada capturó a la del Estado de Buenos Aires, y apoyó el sitio con el bloqueo del puerto.

En medio de esta confusión, a Urquiza no se le ocurrió mejor idea que la de iniciar tratativas para proponer separar Entre Ríos y Corrientes del resto del País y proclamar la República de la Mesopotamia. Inglaterra se lo prohibió.

No tuvo más remedio que presentarse en Buenos Aires en el carácter de "mediador de paz". Los unitarios no lo recibieron.

Se reiniciaron las hostilidades. Urquiza tomó el mando de los ejércitos sitiadores.

Bueno, en esos momentos y en medio de ese ambiente, llegó la noticia de que en Santa Fe, se acababa de votar la Constitución Nacional. Es el año 1853.

La Constitución fue "promulgada" por Urquiza desde su cuartel de San José de Flores.

Muy bien, ahora, los unitarios porteños, consiguen levantar el bloqueo del puerto por parte de la flota de la Confederación.

¿El sistema? El de siempre; sobornar al Jefe, comodoro Coe, con 20.000 onzas de oro. Este se marcha a los Estados Unidos de Norteamérica. No regresa nunca más. El "maestro" tiene buenos discípulos. El mal ejemplo cunde.



Las fuerzas brasileñas -se ve su pabellón desplegado en plena batalla- combatieron junto a las tropas argentinas de Pirán y Galán enfrentando la artillería de Chilavert, en la batalla de Monte Caseros. La traición de Urquiza fue despreciada hasta por los mismos brasileños.

El dinero del puerto, comienza a correr a manos llenas entre las filas, de los sitiadores. Poco a poco, corrompe a todos los Jefes. Los oficiales "confederados" abandonan las filas y concurren a cobrar "su parte".

Urquiza se pone nervioso y pierde todo disimulo. Anuncia que lo mejor es que este asunto, lo resuelva el representante de la flota británica, todavía surta en el Río de la Plata.

Una actitud realmente poco "soberana".

Acto seguido, recurre al Brasil y le dirige idéntico pedido al Ministro del Imperio en Buenos Aires. Otra.

Y, como final. Triste final, se coloca en la cola de los que reciben

dinero de los unitarios "para retirarse".

Sólo que en su caso la suma es mucho más grande, y se recibe como "indemnización". Dos millones. El mejor "negocio", lo hizo Coe.

El bueno de Lagos, que está de buena fe en todo esto, sólo pide una amnistía general para todas las tropas.

Se la dan, por supuesto. A quien le importaba eso!

Concluido este "asunto", las tropas se retiran y el Director de la República Argentina lo hace en compañía del representante inglés. Marcha a la cabeza de una caravana de mulas como transporte del dinero. Se embarca en la escuadra británica, se retira a Santa Fe.

Bueno, tiene que ir allí, pues se acaban de iniciar los festejos "nacionales", con motivo de la proclamación de la Constitución.

Allí reinaba un ambiente de "culto optimismo".

En realidad, no tuvieron demasiado trabajo. Prácticamente las comisiones se limitaron a copiar el texto de la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica.

Lo hicieron con tan poco disimulo, que en algunos casos, aparecían palabras en inglés. En otros, la traducción literal era tan confusa al no existir sinónimos que resultaba difícilmente comprensible.

Bueno, hubo que pasarla en limpio después de promulgada. Y ya está, los festejos no podían detenerse.

El "estado de Buenos Aires" la rechazó.

Sus portadores llegaron a la ciudad, pero fueron amenazados con ahorcarlos. Se retiraron precipitadamente.

No era para menos.

Los festejos, después del arreglo del sitio de Buenos Aires, habían incluido gran cantidad de fusilamientos, como parte del espectáculo. Varios rosistas, que se habían salvado de matanzas anteriores, fueron "incluidos" esta vez.

Ellos no estaban "amparados" por la "amnistía". Eran Civiles.

A todo esto, en Santa Fe, Urquiza es elegido Presidente de la Confederación.

Buenos Aires, elige a Pastor Obligado como gobernador, y se da su propia Constitución.

Ambos Estados, se preparan para una guerra inevitable.

Para matizar el ambiente, se produce una invasión de los indios del sud. Invaden territorios de ambos Estados. Resulta casi cómico. En el interregno, Valentín Alsina reemplaza como gobernador a Pastor Obligado. Hay de todo: sobornos, presiones diplomáticas, fraude, etc., pero sobre todas las cosas, violencia y corrupción.

Aprovechando esta situación, el Brasil permanece militarmente en la República Oriental del Uruguay, con el pretexto de "preservar el orden".

Los Estados guardan silencio. El Brasil domina la legión.

Envalentonado, trata de hacer lo mismo con el Paraguay. Le va muy mal. Lo sacan con "cajas destempladas".

Ya por ese entonces el Imperio ha comprado todo el sobrante de la Guerra de Crimea. Nadie duda de adonde pensará usarlo.

Bueno, si no se armó un "zafarrancho" más grande, fue sencillamente porque Inglaterra no lo permitió. Brasil dominaba la región, pero Inglaterra gobernaba el mundo.

Urquiza para "tranquilizar" al Paraguay, y no tener problemas en ese frente, le entrega todos los territorios al norte del río Bermejo. Vale decir; toda Formosa y parte de Salta y Jujuy.

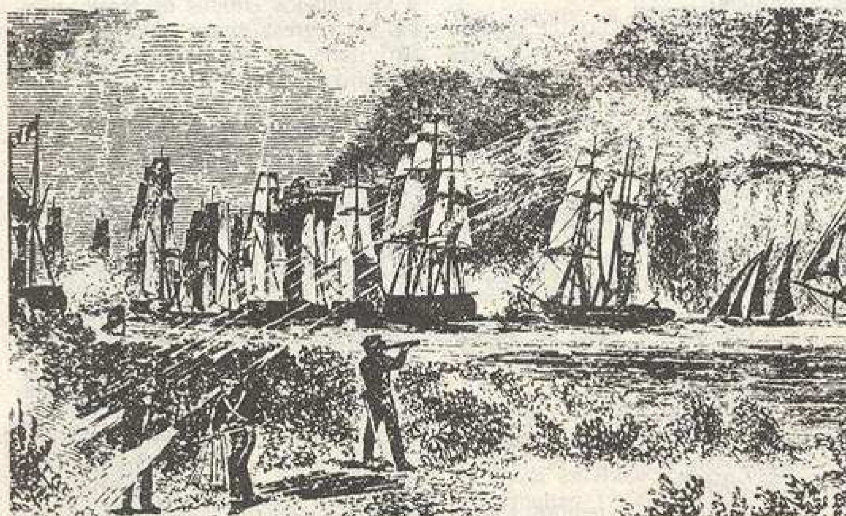
El Estado de Buenos Aires enarbola su propio pabellón. Es necesario "distinguirse" del resto del país.

Recuerda aquella bandera de Mayo? que levantara Lavalle fraudulentamente? La que se embarcó en la flota Francesa? La "celeste y blanca" con el celeste de la divisa unitaria? Esa misma. Se manda a guardar para siempre a la bandera azul y blanca de Belgrano y de la Asamblea del año 13. La de Salta y Tucumán, la de los Andes, la de Ituzaingó, la de Obligado, la de Brown y de Bouchard.

Bueno, esa que se la guarden los "gauchos del interior".

La Argentina es un país, y Buenos Aires es otro. Y a otra cosa.

El cuadro de Gilbert nos muestra una escena de la batalla de Quebracho. La misma significó una tremenda derrota de la flota extranjera que intentó avasallar la dignidad nacional. Luego de ella no volvieron a navegar impunemente el paraná mientras Rosas se mantuvo en el poder.



Mitre es el General en Jefe de los porteños.

Urquiza, de la Confederación. Lamentablemente, no hay otro. Para no variar, pide dinero al Brasil antes de iniciar la campaña.

El pretexto esta vez es "cuidar las concesiones" que ya les ha otorgado.

Chocan en Cepeda. En un episodio muy confuso, la batalla se inclinó por la Confederación.

En realidad, la batalla en sí, fue un caos. En un momento dado, ambas fuerzas cargaron en forma "oblicua", como estaba de moda en los "tácticos" de la época, y prácticamente se pasaron al lado una infantería de la otra.

Ambos se atribuyeron haber "ahuyentado" al enemigo.

No pasó lo mismo con la caballería. La del interior, literalmente "barrió" a la porteña.

Mitre, que en la confusión de las infanterías, se creyó victorioso, se dio cuenta de golpe que estaba perdido. Procedió a iniciar una "gloriosa retirada", al grito de: ¡victoria!

Llegó a San Nicolás y se embarcó en la flota porteña. Regresó así a Buenos Aires. Fue recibido en triunfo.

A los pocos días, al llegar los restos de la caballería, se descubrió la verdad. Cuando los jefes y oficiales, en vez de hablar de la "victoria" empezaron a calificar la batalla como "desastre". Se había perdido toda la artillería, las municiones, las caballadas y 2.000 prisioneros. Además de dejar 500 muertos.

Urquiza que perdió en total, 300 hombres, avanzó con los 16.000 restantes sobre Buenos Aires, donde cundió el pánico.

Pero, una vez más, pasó lo de siempre. No debemos olvidar, quién estaba a cargo del ejército victorioso. Se produjo un "acuerdo de mediación", por parte del general paraguayo Francisco Solano López. Se llegó a un armisticio y un "pacto". "Secreto", por supuesto.

A los 15 días, Urquiza se retira a Santa Fe con todas sus tropas.

Mitre, queda dueño del puerto y es elegido Gobernador al poco tiempo.

Mientras en la Confederación, asume Derqui como Presidente.

Se inicia una "luna de miel" entre ambos Estados. A tal punto que Urquiza concurre especialmente invitado a Buenos Aires para los festejos del 9 de Julio.

Habló de "retirarse" y colocó fuertes sumas en inversiones de negocios en Buenos Aires. No duró mucho todo esto. Apenas se retiró, los porteños empezaron a hablar de "revancha".

Para empezar, el dinero del puerto, "pilotea" varias revoluciones en el interior, mientras se rearma el ejército porteño.

Los liberales, invaden el interior con su dinero. Derqui, descubre todo el "complot" a Urquiza y le pide respaldo. este se lo da, pero de mala gana. Está dedicado a otros "negocios". Recibe nuevamente el mando del ejército Confederado. Grave error del Presidente Derqui. Con extraordinaria lentitud, y de mala gana, reinicia las operaciones.

Llegados a este punto, se produjo una verdadera "maratón" de "diplomacia".

Ambos Estados, se disputan el "apoyo" del Brasil y Paraguay.

Bueno, los Ejércitos, se encuentran nuevamente. Esta vez es en el arroyo Pavón, en septiembre de 1861. Mitre, ataca primero. Como de costumbre, la caballería del interior desbanda a la porteña. Esta pone los "pies en polvorosa" con tanto entusiasmo, que no para hasta Luján, en una carrera que dura dos días.

Le fue mejor a la infantería porteña, que logra hacer retorceder a la del general Victorica -yerno de Urquiza- lentamente.

Pero -impredecible Urquiza- cuando se esperaba la entrada en batalla de las reservas de Entre Ríos, que deberían definir todo y no han intervenido aún, el Comandante en Jefe, abandona el campo de batalla ante el desconcierto de todo el mundo.

Se retira "al trotecito" al frente de sus entrerrianos.

El ejército, cuyo mando se le ha confiado, queda victorioso, pero abandonado a su suerte. Las fuerzas porteñas, que se han atrincherado, esperando el ataque, no saben qué hacer.

Al día siguiente, al salir el sol, se dan cuenta que nadie los ataca. Deciden retirarse nuevamente a San Nicolás, repitiendo el episodio de Cepeda, y embarcarse en la flota. Pero, al llegar a San Nicolás, no teniendo ni la menor noticia del ejército de Urquiza, deciden atrincherarse allí y esperar.

Urquiza a todo esto, ya ha cruzado Rosario y está en San Lorenzo.

Nadie se explica lo ocurrido y a nadie da explicaciones el entrerriano.

Tranquilamente, embarca sus tropas y cruza a su provincia. De allí a su palacio de San José, de Concepción del Uruguay.

Así terminó Pavón.

A todo esto, Mitre, creyéndose derrotado, sigue atrincherado en San Nicolás. En Buenos Aires, las noticias son trágicas. Las traen los fugitivos de la caballería porteña. Nuevamente se habla de un "desastre". Cunde el pánico otra vez.

Pero allí se enteran, antes que Mitre, de los movimientos increíbles de Urquiza. cuando éste cruza el Paraná, la gente se lanza a la calle a festejar.

Se recibe un parte de Mitre, diciendo que se retira a San Nicolás por razones "tácticas". Le creyeron.

Poco a poco, se fueron dando cuenta -antes que Mitre, por supuesto- que se había ganado la batalla.

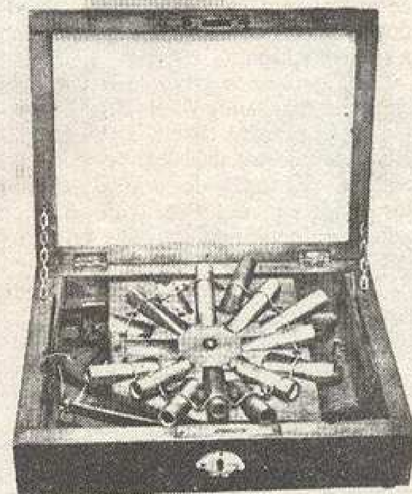
¡Increíble!

¡Claro! los habitantes del país, en ese entonces, los dirigentes políticos, y hasta la historia misma, se preguntaron: ¿Qué motivos tuvo el general Urquiza para esa actitud?

Pero nosotros no, nosotros no nos preguntamos. Conocemos bien al hombre y no tenemos dudas al respecto.

La razón es la "de siempre". No creemos que haya variado. Con los antecedentes que contamos, podemos estar seguros.

Sólo el asesinato quedó como alternativa para desplazar a Rosas del poder. A ello apelaron los exiliados de Montevideo mandando la famosa máquina infernal. La misma no funcionó por una falla del mecanismo, salvando milagrosamente la vida Manuelita, quien la abrió. El 17 de



Más adelante, vamos a ver que de todas las consecuencias que tuvo esta batalla para el interior del País, una sola persona salió indemne. Ni su provincia, ni sus posesiones, o sus inmensos bienes fueron tocados: el general Urquiza.

Lamentablemente, no ocurrió lo mismo con el interior. Fue "barrido" por los generales uruguayos de Mitre. Contando desde luego, con el aplauso caluroso de los "liberales" unitarios.

En fin, abandonado por todos, el Presidente Derqui terminó por renunciar.

La República, fue "unificada" por la espada del "mitrismo", y se le dio un nuevo presidente: Mitre, por supuesto.

El general Urquiza, encerrado en su feudo de Entre Ríos, nada dijo. En el resto del país, se fusiló, se degolló y se sometió al "credo" liberal a todas las provincias.

A todas y cada una, se colocó a un gobernador "liberal". Generalmente un foicial de las tropas unitarias que ocuparon el país y que en varios casos, nunca había pisado "su provincia" con anterioridad.

Las tropas porteñas, con la enseña de Mayo al frente, recorrieron el país sembrando el terror.

Confiscando y persiguiendo a todo el que se opuso a sus designios y "borrando" de la faz de esta tierra a todo lo que fuese nacional y/o siguiese a la vieja y odiada Bandera Argentina.

Así termina esta primera parte de nuestra historia.

Con el entierro de la Patria Grande. De la Argentina concebida para ser el Estado fuerte de la América del Sud.

Y con el nacimiento de una "factoría" internacional. Manejada desde el puerto de Buenos Aires, al servicio de una oligarquía que se adueña de todos los resortes del poder y los pone a su disposición.

Los próximos pasos que daremos con nuestro "amigo" el Brasil, estarán encaminados hacia la "eliminación" de nuestro más leal hermano territorial. El país de donde salieron los fundadors del Puerto de Buenos Aires, y donde nacieron sus primeros pobladores. El Paraguay.

Primero antes que nada, había que atropellar a nuestra hermana más débil.

Aquella a quien más obligados estamos a respetar. A nuestra Banda Oriental del Uruguay. Así se hizo.

Todo comenzó con una maniobra de Mitre y su ministro Elizalde. Este que fuera anteriormente el más le-



Juan Domingo Perón junto a Eugenio Rom en Madrid en 1967, en un descanso de las charlas.

al y genuflexo de los diputados federales en la Legislatura rosista se propone colocar a uno de sus "generales uruguayos", en la presidencia de ese país.

Mientras el candidato general Flores, se prepara, Elizalde da toda clase de "garantías" al presidente uruguayo Berro, con respecto al apoyo argentino a su persona.

Los brasileños, simultáneamente, inician una campaña de acusaciones al Uruguay, diciendo que ese país está invadiendo sus fronteras. Bueno, esto, ya es realmente gracioso.

Cuando todo está listo en el año 63, Flores embarca sus fuerzas rumbo a la costa oriental.

Las naves son argentinas, por supuesto. al igual que los uniformes y las armas.

Lleva además, una cantidad de oro en monedas.

Mitre y su ministro Elizalde, ofician al Presidente uruguayo manifestándose "sorprendidos" por todo esto.

A las fuerzas de Flores se les incorporan "espontáneamente", tropas reclutadas en Corrientes y en el sur del Brasil.

La poderosa flota del Brasil, llega "casualmente" al Río de la Plata. Ha llegado "de visita".

Flores va y vuelve de una frontera a otra de acuerdo a como le vayan las cosas. Las fuerzas nacionales del Uruguay, no gozan de esa "movilidad".

¡Cuando no! Urquiza, ofrece "sus servicios", a todos los bandos en pugna. Pero nadie quiere saber nada con él. En fin. Queda a la expectativa. Algo va a sacar de todo esto, eso es seguro. Por de pronto, los brasileños le mandan algún dinero a cambio de que no haga nada". Ya es algo.

Libre su camino, Flores avanza sobre montevideo, mientras una misión del brasil viaja a Buenos Aires para firmar un acuerdo.

Es extraño, vienen a firmar algo de lo que aparentemente no se ha conversado nada. Las tropas del Brasil "cansadas de los atropellos uruguayos", cruzan la frontera y entran en territorio oriental.

Silencio absoluto del gobierno argentino.

Es entonces, y con ese claro motivo, que se presenta el reclamo paraguayo. Exige el inmediato retiro de las tropas imperiales.

Ni lerdo ni perezoso, Urquiza ofrece "sus servicios" a los paraguayos. Envía un delegado a tal efecto. Flores, detiene su ofensiva. Espera para unir sus tropas a las de Brasil.

Mientras, desata una verdadera "carnicería" entre sus compatriotas. Especialmente en Paysandú, con ayuda del Brasil.

La misión brasileña, llega a Buenos Aires. En el acto, Urquiza aprovecha para venderles 30.000 caballos "al doble de lo que valen".

Pero, los brasileños no tienen alternativa, es mejor comprárselos a él, a que salga a venderlos a otros.

El Jefe de Estado del Paraguay, Mariscal Solano López, que está en tratativas con el entrerriano sobre ese y otros temas, le envía una nota manifestándole la "penosa impresión" que le ha causado el "negocio" de los caballos.

A Urquiza no se le mueve un pelo. Embolsa el dinero y adiós.

Al poco tiempo el ejército brasilero entra en Montevideo. A la cola de las tropas brasileñas, entra el general Flores y asume la presidencia. Corre el año 1866.

Paraguay declara la guerra al Brasil y a la Argentina.

Valiente y digna actitud.

El gobierno argentino, oculta la noticia. Espera a que las tropas paraguayas entren en territorio nacional, para aparecer ante la opinión pública e internacional, como "agredido".

En realidad, las tropas paraguayas sólo pasan por Corrientes con rumbo al Brasil. Ellos, se ubican muy bien con respecto a quienes son sus verdaderos enemigos.

A los pocos días, se firma en Buenos Aires el tratado denominado como de la Triple Alianza.

Al general Flores, Presidente del Uruguay, se le informa por una nota que se ha adherido al tratado.

Tanto el Tratado como el Protocolo adicional contienen cláusulas tan vergonzosas, que se resuelve mantenerlos en secreto. Después de esto, se inicia una penosa convocatoria de tropas para la guerra.

Nadie quiere ir. Toda la opinión está del lado de los paraguayos y de los uruguayos invadidos por los brasileños. Sólo se presentan como "oficiales" los jóvenes hijos de familias de la oligarquía.

Se confía el mando del Ejército de Vanguardia: Urquiza!!

Ya nadie le responde. Las tropas que recluta a la mañana, "desertan" a la noche. Sus generales, directamente, se niegan a acompañarlo, finalmente, con un refuerzo de tropas correntinas y algunas porteñas, emprende una lenta marcha hacia el norte.

Lo primero que hace, como siempre, es ponerse en contacto con el general paraguayo de las tropas de vanguardia Robles. Le propone entrar en "tratativas". Por supuesto que el general paraguayo se negó. Lo propuesto por Urquiza era simplemente "traicionar a su País".

En fin al entrerriano no le parecía "nada realmente grave" eso.

El presidente Mitre, Comandante en Jefe de las Fuerzas de la Tiple Alianza, imparte la orden a Urquiza de avanzar con su ejército. Este no obedece y se va a entrevistar con Mitre a Buenos Aires.

Claro apenas abandona el campamento, sus tropas, que lo conocen, creen que los ha abandonado y comienzan a dipersarse.

Tiene que regresar apresuradamente, cuando ya han desertado 3.000 hombres. De resultas de esto, Mitre retira a Urquiza del mando del Ejército de Vanguardia. Lo sustituye por el general Flores. Este, inmediatamente, moviliza las tropas y derrota a los paraguayos en Yatay, Las tropas de los "aliados", se unen en un solo ejército. Este ejército, numéricamente, es muy superior al paraguayo. Mitre toma el mando supremo.

A todo esto el Imperio del Brasil - que no ha abolido la esclavitud- convierte a los prisioneros de guerra paraguayos en esclavos.

Amenaza con vender a quién no quiera pasarse a sus filas, y combatir contra su propia patria. La mayoría no acepta. Son vendidos. Todo esto ante el silencio del Comandante en Jefe.

Urquiza, mientras tanto, ha conseguido que los aliados le den un dinero "para formar otro ejército". Increíble!

Cuando junta algunos hombres, inicia la marcha. Delante de su vista, las tropas se fugan en todas direcciones. Debe regresar a su palacio.

Pero, don Justo José a esta altura del partido, ya ha descubierto un "nuevo negocio". Será el proveedor de carne de los ejércitos aliados, durante cuatro años. Ganará millones.

La guerra continúa con un retiro de los ejércitos paraguayos, que cruzan a su propio territorio y se preparan para luchar defendiéndolo hasta morir. La escuadra brasileña domina los ríos, y las tropas aliadas invaden el Paraguay. Pero tienen que pagar con sangre cada paso que dan. Los paraguayos se defienden heroicamente.

Mitre ha prometido "terminar la guerra en pocos meses". No será así. Su incapacidad en el mando, unida a la valentía de los guaraníes, prolongan este "episodio" a cuatro años. Cuatro años de sangre, fuego y horror.

El mundo entero observa avergonzado esa carnicería.

Bueno, finalmente después de mil equivocaciones,los aliados dan el mando de las tropas, al general brasileño Craxias.Esto, indudablemente contribuye a mejorar el cuadro militar.

La última etapa de la guerra, es triste y vergonzosa. Prácticamente no quedan más que mujeres o ancianos en el país, han muerto hasta los niños, combatiendo.

Los vencedores asesinan al Mariscal López y sus hijos, menores de edad. Después de desnudarlos, los abandonan sin sepultar.

Así comienza el reparto del Paraguay.

Fue una infamia. Un crimen cometido contra un país hermano. Un país al que debíamos sólo apoyo y amistad.

Lejos de brindarle eso, oficiamos de "mercenarios" del Imperio brasileño, nuestro único y natural enemigo. Estúpidamente colaboramos en la masacre de nuestro natural aliado.

Pero aún así, aceptando la guerra debimos habernos retirado de la contienda, apenas se desocupó nuestro territorio. La prosecusión de la guerra, después de que el Mariscal López, pidió condiciones de paz, fue una vergüenza.

Lejos de darnos honor, nos cubrió de desprestigio.El pueblo y el ejército paraguayos, sí que se cubrieron de gloria.Es por eso que tengo en un gran orgullo el que se me haya hecho General de su glorioso Ejército.

A nosotros los argentinos, la guerra nos fue impuesta de "prepo", por el Brasil y una "camarilla" local. Fue un acto de tal deshonor, que nuestro propio país no perdonó nunca a los responsables.

Este resultó ser uno de los pocos casos en que, un Jefe de Estado y General de un "ejército victorioso", finalizada la contienda, no sólo recibe la repulsa general de su país, en una elección, sino que nunca más pudieron retornar al poder ni él ni los principales responsables.

Ni Mitre ni ninguno de su "acólitos" volvieron jamás al gobierno del país, que ellos mismos habían "modelado".

La entrevista de Solano López con Mitre y Venancio Flores fue un inútil inento de detener la masacre contra el pueblo paraguayo. La "Triple Infamia" se desarrollaría hasta su triste final.



Por José María Rosa

LA MISION GARCIA ANTE LORD STRAGFORD

El 28 de enero se embarcaba con rumbo a Río de Janeiro el doctor Manuel José García, quien llevaba dos importantes comunicaciones para entregar al embajador británico ante la corte lusitana, vizconde de Strangford. Estos pliegos, firmados por el Director Supremo el 25 de enero, se hallaban destinados al propio Lord Strangford, y al ministro de Relaciones Exteriores inglés, Lord Castlereagh. También llevaba una carta del Director Alvear para servirle de presentación ante el diplomático británico.

García era uno de los hombres más representativos y capacitados del gobierno directorial, no obstante contar solamente treinta años. Hijo de don Pedro Antonio García, el célebre comandante de Montañeses, pertenecía a una de las familias de mayor arraigo social en Buenos Aires; había estudiado en Charcas donde obtuvo el grado de doctor en derecho, y desempeñado durante algún tiempo funciones administrativas en el Alto Perú durante el último año de la dominación española. Pero plegado a la causa revolucionaria, como su padre, había regresado a Buenos Aires donde, entre otros cargos, obtuvo el de regidor del cabildo para el año 1812. Y no obstante haber sido separado de sus funciones comunales por la revolución del 8 de octubre de ese año, acababa por adherir -como tantos otros- a los vencedores hasta llegar a ser uno de los jefes del partido triunfante.

Ocupaba en enero de 1815 el altísimo cargo de Consejero de Estado y Secretario de ese cuerpo, para el cual fuera designado por el ex director Posadas el 4 de febrero de 1814. Se encontraba, pues, interiorizado de todos los pormenores de la política directorial, y es presumible que fuera uno de los orientadores de la misma.

García, a estar las referencias de quienes lo trataron, era un diplomático nato.

Hombre culto, de excelente educación y finas maneras, de palabra fácil y clara, reunía a esas condiciones exteriores a una penetrante inteligencia y a una prudencia que llegaba hasta la astucia. fue, junto con don Manuel de Sarratea, el gran diplomático de la primera mitad del siglo pasado. Tal vez su escepticismo lo hizo aceptar algunas negociaciones que pueden criticarse severamente, pero en todos los casos trató de obrar conforme a lo que creía los intereses inmediatos del gobierno que lo comisionaba.

LOS PLIEGOS

Sobre el contenido de los pliegos que llevaba García, Mitre en su Historia de Belgrano (II, 232 y sgtes.) transcribe párrafos del uno y del otro, y da a entender que ambos eran de distante redacción aunque "vaciando los mismos conceptos". De la misma opinión es López (Historia Argentina VI, 66 y sgtes). Rivadavia en carta a Alvear de 3 de marzo de 1815 -de la cual hablaré después- dice que ambos eran idénticos, aunque esta identidad bien puede referirse al fondo que no a la forma.

El pliego a lord Strangford decía así:

"El Supremo Director don Carlos Alvear al Lord Strangford

Muy señor mío: D. Manuel García, mi consejero de Estado instruirá a V.E. de mis últimos designios con respecto a la pacificación y futura suerte de estas provincias.

Cinco años de repetidas experiencias han hecho ver a

todos los hombres de juicio y opinión, que este país no está en edad ni en estado de gobernarse por sí mismo, y que necesita una mano exterior que lo dirija y contenga en la esfera del orden, antes que se precipite en los horrores de la anarquía.

Pero también ha hecho conocer el tiempo la imposibilidad de que vuelva a la antigua dominación, porque el odio a los españoles, que ha excitado el orgullo y opresión desde el tiempo de la conquista, ha subido de punto con los sucesos y desengaños de su fiereza durante la revolución. Ha sido necesario toda la prudencia política y ascendiente del gobierno actual, para apagar la irritación que ha causado en la masa de los habitantes el envío de Diputados al Rey. La sola idea de composición con los españoles los exalta hasta el fanatismo y todos juran en público y en secreto morir antes de sujetarse a la metrópoli.

En estas circunstancias solamente la generosa nación británica puede poner un remedio eficaz a tantos males, acogiendo en sus brazos a estas provincias que obedecerán a su gobierno y recibirán sus leyes con el mayor placer: porque conocen que es el único medio de evitar la destrucción del país, a que están dispuestos antes de volver a la antigua servidumbre, y esperan de la sabiduría de esa Nación una existencia pacífica y dichosa.

"Yo no dudo asegurar a V.E. bajo mi palabra de honor, *Que este es el voto y el objeto de las esperanzas de todos los hombres sensatos, que son los que forman la opinión real de los pueblos,* y si alguna idea puede lisonjearme en el mando que obtengo, *no es otra que la de poder concurrir con autoridad y poder a la realización de esta medida* toda vez que se acepte por la Gran Bretaña.

Sin entrar en los arcanos de la política del gabinete inglés, he llegado a persuadirme que el proyecto no ofrece grandes embarazos en su ejecución. La disposición de estas provincias es la más favorable, y su opinión está apoyada en la necesidad y en la conveniencia, que son el estímulo más fuerte del corazón humano.

Por lo tocante a la Nación inglesa no crea que puede presentarse otro inconveniente, que aquel que ofrece la delicadeza del decoro nacional por lasconsideraciones a la alianza y relaciones con el Rey



Escudo nobiliario de Lord Strangford (arriba), embajador británico en Río de Janeiro. Fue el destinatario de la carta de Carlos de Alvear (abajo) en la que éste solicitaba que Inglaterra colocara bajo su protectorado a las Provincias Unidad del Río del Plata.



de España.

Pero yo no veo que este sentimiento de pundonor haya de preferirse al grande interés que puede prometerse la Inglaterra de la posesión exclusiva de este continente, y la gloria de evitar la destrucción de una parte considerable del nuevo mundo, especialmente si se reflexiona que la resistencia a nuestras solicitudes, tan lejos de asegurar a los españoles la reconquista de estos países, no haría más que autorizar una guerra civil interminable, que los haría inútiles para la metrópoli en perjuicio de todas las naciones europeas. La Inglaterra que ha protegido la libertad de los negros en la costa de Africa, impidiendo con la fuerza el comercio de la esclavatura a sus más íntimos aliados, no puede abandonar a su suerte a los habitantes del Río de la Plata en el acto mismo en que se arrojan a sus brazos generosos. Crea V. E. que yo tendría el mayor sentimiento, si una repulsa pusiese a estos pueblos en los bordes de la desesperación, porque veo hasta que punto llegarían sus desgracias, y la dificultad de contenerlas, cuando el desorden haya hecho ineficaz todo remedio. Pero yo estoy muy distante de imaginarlo, porque conozco que la posesión de estos países no es estorbo a la Inglaterra para expresar sus sentimientos de adhesión a España, en mejor oportunidad y cuando el estado de los negocios no presente los resultados funestos que tratan de evitarse.

Yo deseo que V.E. se digne escuchar a mi enviado, acordar con él lo que V.E. juzgue conducente, y manifestarme sus sentimientos, en la inteligencia que estoy dispuesto a dar todas las pruebas de la sinceridad de esta comunicación y tomar de consuno las medidas que sean necesarias

Lord Castlereagh, Ministro británico de Relaciones Exteriores. Era el destinatario de todas las informaciones que sobre los sucesos del río de la Plata recababa lord Strangford.



Fotocopia de la primera y última hoja de la carta que remitiera Alvear a lord Strangford. El original se encuentra en los archivos del Foreing Office, en Londres.

para realizar el proyecto, si en el concepto de V.E. puede encontrar una acogida feliz en el ánimo del Rey y de la Nación. Dios guarde etc. Buenos Aires, 25 de enero de 1815.
Carlos de Alvear. Excmo. Sr. Vizconde Strangford, embajador de S.M.B. en la Corte del Brasil".

El otro pliego -mucho más explícito dentro de la misma idea- tenía estos otros párrafos que no existen en la comunicación al embajador ante la corte de Río: "Estas provincias desean pertenecer a la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer a su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso. Ellas se abandonan sin condición alguna a la generosidad y buena fe del pueblo inglés, y yo estoy dispuesto a sostener tan justa solicitud para librarlas de los males que las afligen. Es necesario que se aprovechen los momentos, que vengan tropas que impongan a los genios díscolos, y un jefe autorizado que empiece a dar al país las formas que sean del beneplácito del rey y de la nación, a cuyos efectos espero que V.E. me dará sus avisos con la reserva y prontitud que conviene preparar oportunamente la ejecución".

Finalmente el documento que servía de presentación a García estaba concebido en estos términos: "Excmo. Señor: El estado de los asuntos en este país nos obliga a encargar a Don Manuel José García Secretario de este Gobierno, de la obligación de comunicarse verbalmente con V.E. en la esperanza que se determine algo, que pueda ser conveniente para los intereses de la Gran Bretaña, y tan eficaz para estas provincias como las circunstancias requieren. El lleva las instrucciones y autorizaciones necesarias. Tengo una legítima esperanza que V. E. estará dispuesto a dar a estos países una nueva prueba de su disposición para protegerlos.Tengo de honor etc. Carlos de Alvear. Buenos Aires, enero 25 de 1815. Al Sr. Vizcnde Strangford, embajador de S. M. B. ane la Corte de Brasil".

LA SUMISION A INGLATERRA

Aparentemente, pues, la guerra de la independencia se terminaba con la transformación de la colonia española en colonia inglesa. Ha sido llamada esta negociación pedido de protectorado a Inglaterra, pero en realidad es algo más que el protectorado lo que solicitaba Alvear en sus notas: es la completa sumisión a Inglaterra, la transformación en Colonia británica. No de otra manera se pueden interpretar los párrafos: "Acogiendo (Inglaterra) en sus brazos a estas provincias que obedecerán a su gobierno, y recibirán sus leyes" de la nota a Strangford; y "Estas provincias desean pertenecer a la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer a su gobierno... se abandonan sin condición alguna... que venga un jefe autorizado que empiece a dar al país las formas que sean del beneplácito del Rey y de la Nación" de la similar al Ministro de Relaciones Exteriores británico.
Mitre -que critica justamente y con duros términos la gestión- la llama empero "alianza o protectorado de la Inglaterra". El término ambiguo se impuso y es empleado por López, que disculpa la gestión por las necesidades de la época y la seguridad de que sería rechazada, aunque "la prueba de que nuestros hombres tenían razón, es que la Inglaterra hizo todo lo que ellos le pedían, aunque usando de otros medios más disimulados, que le permitieron mantenerse irreprochable en las formas" (V, 238). Por la imposibilidad de

mantener un comando político que se le escapaba de las manos, y poseído de la certeza de que fuera de su partido no había más meta que la anarquía y la ruina de las Provincias Unidas, el Director Alvear solicitaba la anexión a Inglaterra, y se ponía a las órdenes del embajador inglés hasta tanto llegaba "el jefe autorizado". A lo menos eso decían los pliegos de los que era portador García, dejando para otro lugar de este estudioel análisis de la suposición, planteada por algunos, sobre la falta de sinceridad de la propuesta.

La causa del pedido a Inglaterra era la necesidad del partido gobernante para mantenerse en la administración con tropas extranjeras que se "impusieran a los genios díscolos". Pero el hecho efectivo que lo desencadenó fue la amenaza de la expedición española que se preparaba en Cadiz, y la falta de fe para esperar el triunfo de Buenos Aries en esta emergencia.

EN RIO DE JANEIRO

García llegó a Río de Janeiro el 23 de febrero y solicitó inmediatamente audiencia a lord Strangford. Es sugerente que esta audiencia se realizara la noche del 26, no solamente por lo inusitado de la hora, sino por cuanto el 26 fue día domingo.

Pero hay algo más extraño aún. se encontraban en la misma ciudad Rivadavia y Belgrano desde los primeros días de enero, y no solamente García -colega y amigo de ambos- no los buscó, sino que su actitud da la impresión de que se ocultaba de ellos.

El día 28 Rivadavia escribió extrañadísimo a Alvear en el párrafo final de una larguísima carta: "Iba a seguir con las noticias del día, pero vengo de ver a lord Stranford, y este me ha sorprendido con la noticia de que García ha estado con él, que le ha hablado sobre varios particulares... Lo mandamos buscar... No se ha podido encontrar a García, sólo hemos averiguado que hace seis días que llegó... esta conducta es muy extraña... Strangford que ha extrañado lo que era indispensable que no supiese yo de García, me ha mandado preguntar por su secretario si he encontrado a dicho García, y si he sabido su objeto o comisión... en fin esperaremos a la inteligencia de estos misterios".

Sin hablar pues con sus colegas, sin enterarse personalmente de las disposiciones del embajador inglés por boca de Rivadavia y Belgrano, sin estar al tanto de todas las cosas de que podían instruirlo los comisionados de Posadas (que ya llevaban cuarenta días en la ciudad), García quiso hablar con Lord Strangford. Es evidente que obraba así por la conveniencia de su misión, de la cual no quería participar ni dejar traslucir nada, a los o-

Manuel José García con apenas treinta años era uno de los hombres más representativos y capacitados del gobierno directorial. En uno de los pliegos que entregó a Lord Strangford se leía: "...solamente la generosa nación británica puede poner un remedio eficaz a tantos males..."



tros delegados. Tal vez tuvo la esperanza, luego frustrada, de embarcarse de regreso inmediatamente, sin que Rivadavia ni Belgrano se enteraran siquiera de su paso fugaz por el Brasil.

El día 26 se realizaba la conferencia. En la información que escribió García el 27 sobre la misma, nada dice de la presentación de los pliegos. Hace una relación suscinta y aparentemente inocente en su comunicación al gobierno:

Lord Strangford: comenzó hablando de la "buena disposición de su gobierno para contribuir en cuando lo permitieran los compromisos con S. M. Católica a fin de que las Provincias del Río de la Plata obtuviesen todas aquellas mejoras a que tenían indudablemente derecho".

García: planteó dos cuestiones: 1º "si S.M.B. podría interponer su influjo a fin de que se suspendieran las hostilidades y se entablase una negociación pacífica entre la metrópoli y los insurrectos", y 2º "si en caso de ser desairada su interferencia podría prestarles a aquellos su protección e impedir el bloqueo del río de la Plata toda vez que lo intentase S. M.C.", agregando estas palabras pronunciadas por él... "me veo obligado a rogar a V. E. quiera darme respuestas positivas, pues son de absoluta necesidad a mi gobierno para la dirección ulterior de sus negocios".

Lord Strangford (después de un corto silencio) contestó "que nada positivo podía asegurar sobre los puntos indicados: y que de hecho sus instrucciones no le facultaban para oponerse al bloqueo del Río de la Plata ni a las hostilidades de S. M. C."

García: El objeto de mi misión ante V. E. se ha cumplido. Mi gobierno deberá a la franqueza de V. E. un desengaño de precio incalculable en las circunstancias actuales".

Lord Strangford: le expresó entonces el deseo "de tener por escrito lo sustancial" de lo hablado.

Al día siguiente García le entregó el Memorial que analizaré más adelante, y Strangford le "ratificó los mismos principios" expresados la noche anterior.

Salta a la vista que el informe del 27 de febrero es incomleto. Hay algo que el comisionado argentino no dice, y espera que comprenda el gobernante porteño entre los renglones de sus frases.

No es posible que García abandonara sus funciones delicadas en el Consejo de Estado -precisamente en esos momentos- y realizado un lar-

GAZETA DEL GOBIERNO

DOMINGO 15 DE ENERO DE 1815.

BUENOS-AYRES ENERO 10 DE 1815.

El dia de hoy anuncia una época brillante en medio de los peligros, y quizá decisiva á pesar de la incertidumbre de los tiempos. La Suprema Magistratura vá á transmitirse á nuevas manos: ellas sostendrán con la más ardiente emulacion, las glorias obtenidas en el gobierno precedente.

Ayer á las 6. de la tarde se comunicaron al Director Supremo dos decretos Soberanos, que acababa de expedir en aquella hora la Asamblea General Constituyente. En el uno se declaraba admitida la abdicacion hecha de aquel empleo, por el honorable Ciudadano D. Gervasio Antonio Posadas; y en el otro, la eleccion que por una excedente pluralidad recayó en el General D. Cárlos María de Alvear para el mando Supremo del Estado.

Esta resolucion se propagó instantaneamente desde la barra de la Asamblea, hasta los extremos de la Ciudad; y no era fácil discernir, si el sentimiento que causaba en todos la renuncia del Ciudadano Posadas era superior á la esperanza que infundia la exâltacion del General Alvear. Mas en medio de esto, tampoco era dificil conocer que la confianza en los Representantes del Pueblo, prevalecia sobre ámbos sentimientos.

Hoy á las ocho de la mañana se hán publicado por Bando Nacional los Decretos de la Asamblea anunciando para las once de este dia, el recibimiento del Director Supremo.

A las diez, los Húsares de la Guardia cubrian toda la carrera desde la casa de la Asamblea.

A las diez y media era casi impenetrable la entrada á este lugar: las primeras corporaciones del Estado Eclesiastico, los Tribunales y Municipalidad, los grandes Oficiales del Exército, y un inmenso número de espectadores, anhelaban la hora designada.

A las once todos llenaron sus deseos: El General Alvear llegó á la barra: allí fué recibido por tres diputados en Comision de la Asamblea: subió hasta el lugar que le correspondia, y cumplidas las formas de la ley se retiró.

A las once y media se dirigió á la Iglesia Cathedral con toda su respetable comitiva: el pueblo rindió acciones de gracias al Omnipotente, é hizo votos por el buen exito de sus esperanzas.

Los baluartes de la Fortaleza, resonaron con una gran salva de artilleria: el estruendo del cañon y las musicas marciales se interrumpian alternativamente y daban nueva energia al júbilo de los concurrentes.

A las doce, el General Alvear entró á la Fortaleza: allí le esperaba su antecesor con el Consejo de Estado. El Diputado Valle tomó la voz por la Comision de la Asamblea, nombrada para poner en posesion al Director Supremo, y felicitando al Ciudadano Posadas por los gloriosos resultados que há tenido su administracion, anunció al Cuerpo Diplomático y demás Autoridades, que la voluntad de la Asamblea Soberana era que todos reconociesen por Xefe Supremo del Estado al General D. Cárlos María de Alvear.

Trásmitida la autoridad por medio de esta solemne ceremónia, el Presidente del Consejo de Estado ofreció á S. E. las felicitaciones mas sinceras, protextando que el Consejo concurriria por su parte á llenar con una constancia infatigable, las altas miras de la Asamblea.

El Presidente de la Cámara de Apelaciones renovó estos mismos votos. Los Cabildos eclesiastico y secular, los Prelados regulares, los Xefes de los Departamentos subalternos, la Plana Mayor del Exército; todos llenaron el deber que les imponia su respeto.

Concluido este acto, el Excmo. Supremo

Reproducción fotográfica de la portada de la Gazeta del 15 de enero de 1815, donde se publica la crónica de la asunción de Alvear al cargo de Director Supremo.



En las Instrucciones Secretas dadas a Rivadavia se lee: "...convertirá el diputado toda su atención en las cortes extranjeras para sacar algún partido ventajoso que asegure la libertad civil de estas Provincias, sin detenerse en admitir tratados políticos y de comercio que puedan estimular su ambición: porque el fin es conseguir una protección respetable de alguna potencia de primer orden..."

go viaje de treinta días para irle a repetir a Lord Stranford el mismo pedido que habían hecho Rivadavia y Belgrano. No es posible que ese solamente fuera todo el objeto de su negociación, ni que manifestara tan profundo "desengaño de precio incalculable" simplemente porque el embajador inglés no tenía instrucciones para oponerse al bloqueo español. ¡Cómo podía suponer sinceramente García que Inglaterra aliada de España por el tratado de 1809 (todavía no conocía el tratado de 1814) iba a dar instrucciones a su embajador, precisamente, de violar la aliada! ¡Y cómo podía suponerse que creyera sinceramente que el embajador podría obrar en ese sentido sin instrucciones terminantes!

EL MEMORIAL

El informe de García oculta o disfraza la verdad, aunque hay algo en su redacción que hace comprender su verdadero propósito: explicarle a Alvear la rotunda negativa del embajador inglés, pero de modo tal que solamente el remitente de los pliegos pudiera entenderlo. Fueron muchas las precauciones enigmáticas que usaron el Director Supremo y su Consejo de Estado para dejar los menores rastros posibles de la desgraciada negociación.

Lo cierto es que García no entregó los famosos pliegos, y en su lugar confeccionó un Memorial a pedido del embajador que éste hizo seguir a Inglaterra. Pero pasa otra cosa enigmática con este Memorial: a estar el informe del 27 de febrero éste fue entregado el mismo día. Pero el original que se encuentra en el Archivo Británico lleva fecha 3 de marzo. Y la copia que remitió García a Buenos Aires tiene otra fecha: 4 de marzo. Y entre el ejemplar de Londres y el de Buenos Aires hay diferencias muy grandes en el tono general, como en párrafos que han sido omitidos tanto en uno, como en otro. Para aumentar más el problema hay una tercera versión del Memorial, basada en los borradores existentes entre los papeles de García, que difiere de los otros dos textos: este borrador no lleva fecha.

Da la impresión de que García confeccionó un primer Memorial, que entregó el 27 de febrero a Lord Strangfdord, comunicándoselo a su gobierno ese mismo día. Pero sus términos no debieron complacer al embajador que solicitó correcciones, tal vez en más de una reunión. A través de la copia enviada a Buenos Aires, y de los borradores, puede seguirse la evolución que tomó el documento para llegar a su forma última.

Veamos: la copia del Archivo de Buenos Aires después de historiar la revolución argentina, dice: "en esta tentativa se han sostenido los gobiernos provisionales del río de la Plata hasta que S. M. B., a cuya sombra se acogieron desde luego, quisiese su destino". El original del Archivo Británico dice en lugar del párrafo subrayado: "hasta que S.M.B. cedería a las súplicas de su infortunado pueblo, y les haría conocer su destino".

La copia de Buenos Aires, dice: "sin embargo del silencio que ha guardado el gabinete británico en todas nuestras instituciones". El original de Londres agrega: "... sobre las repetidas y patéticas peticiones que se le han hecho".

La copia de Buenos Aires, "Inglaterra lo deja al pueblo (argentino) abandonado a sí mismo y se niega a sus reclamaciones". El original: "...rehúsa escuchar sus humildes súplicas".

La copia: "Pero el honor mismo del gobierno del Río de la Plata exige que detenga en lo posible el terremoto de tantos males y que tome un partido más conveniente que el que le dicta la desesperación. Todo hasta la esclavitud es preferible a la anarquía. En tales circunstancias una sola palabra de la Gran Bretaña bastaría a hacer la felicidad de mil pueblos y abriría una escena gloriosa al nombre inglés y consolante a la humanidad". El borrador -que sirvió a Mitre en su versión-: "Todo es mejor que la anarquía, y aún el mismo gobierno español después de ejercitar su venganza y de agobiar al país con su yugo de fierro, dejaría alguna esperanza más de prosperidad que las pasiones desencadenadas de pueblos en anarquía". El original inglés en cambio dice: "y aún el más tiránico mantendrá mejor esperanza de prosperidad que la desordenada voluntad del populacho".
Finalmente, el original de Londres tiene un párrafo muy elogioso para Strangford "a quien ha considerado siempre como el órgano de la voluntad del

gobierno británico respecto a estos países agregando que le hace esas declaraciones "por consideraciones a la particular confianza que tiene V. E. el gobierno del Río de la Plata". Que no contiene la copia enviada a Buenos Aires.

¿Cómo se explican esas modificaciones? Posiblemente el documento de Buenos Aires fue copia de una versión no aceptada por Strangford -tal vez de la primera versión- y el borrador que se encuentra entre los papeles de García de una segunda versión, también rechazada. Puede fundarse esta hipótesis en las siguientes circunstancias:

1º) Que la copia de Buenos Aires contiene expresiones claras sobre un pedido de protectorado que no podían convenir a la situación de Inglaterra con España.

2º) Que indudablemente el embajador británico no aceptó el párrafo: "Inglaterra se niega a sus reclamaciones" cuyo tono no admitió, e indicó su sustitución por: "rehusa escuchar sus humildes súplicas" más conforme con la índole de la misión.

3º) Que Inglaterra, aliada de España, no podía aceptar los párrafos ofensivos para esta como "el gobierno español después de ejercitar su venganza y de agobiar la país con su yugo de hierro" que fue sustituido por el impersonal "y aún el más tiránico...".

4º) Que por indicación de Lord Strangford, o para complacer a éste, García agregó a la versión definitiva los párrafos elogiosos para el embajador, que sería para los argentinos the right man in the right place. A los menos en un documento que iría a manos de sus superiores jerárquicos en tiempos difíciles para su carrera.

Es decir que el propio embajador frenaba losimpulsos argentinos. Lord Stranford no quería nada que pudiera interpretarse como una petición, aún implícita, de colonialismo. El Memorial, por lacrimosa que fuera su redacción, ya no era lo mismo que el luego firmado por Alvear.

"HE DESCONOCIDO A UD. EN SEMEJANTE PASO"

La misión García había fracasado y por lo tanto García pudo visitar a Rivadavia y Belgrano. Alborozado el primero escribe a Alvear el 3 de marzo: "Ya hemos hablado largamente con García".

El Secretario del Consejo de Estado hizo conocer a los comisionados de Posadas el secreto de su misión, que ya no había necesidad de guardar, y entregó el pliego destinado a Lord Castlereagh a Rivadavia. Alarmadísimo éste escribe en la misma carta a Alvear: "Pero lo que más ha pasmado sobre todo, es el pliego para Inglaterra y el otro idéntico para Strangford aún más. Yo protesto que he desconocido a usted en semejante paso. Este avanzado procedimiento nos desarma del todo y nos ponía en peligro de hacer la triste figura que hicieran los catalanes en tiempo de Felipe IV y Carlos II por haber dado un paso semejante".

Pero lo que alarmaba a Rivadavia no era el contenido del pliego en sí, sino el hecho de haberse olvidado de ellos y de sus informes, que hubieran demostrado la inutilidad de la venida de García, "Pero ¿es posible que no se haya podido esperar a nuestras noticias? ¿Se ha podido creer que dejaríamos de dar los pasos convenientes a las circunstancias y a lo que la situación del país reclama, o que ignorásemos cuáles eran, o el modo de practicarlos? No hay remedio mi amigo: o ustedes nos han hecho una gran injusticia, o nuestro Herrera se ha olvidado de las instrucciones" (Rivadavia tenía sus instrucciones reservadas -en pliego que debería abrir en Londres- y en ellas se lo autorizaba para gestionar el protectorado de Inglaterra. Este párrafo demostraría que estaba enterado de las mismas).

García fue amonestado al poco tiempo por Sarratea porque informó a Rivadavia sobre el grave paso dado. Pero aclaró que el hecho no tenía mayor importancia pues "en el país no se tenía por traición cualquier sacrificio en favor de los ingleses y aún la completa sumisión, de la alternativa de pertenecer otra vez a España" (febrero 5 de 1816).

Manuel José García... "En el país no se tenía por traición a cualquier sacrificio en favor de los ingleses y aún la completa sumisión, de la alternativa de pertenecer otra vez a España..."



Escribe:
Oscar J.
Sbarra Mitre

CUANDO LA INFAMIA ES, ADEMAS, TRAICION

Alguna vez hemos escrito que la Historia es como la madre: hay una sola. Pero, en nuestros países dependientes, suelen existir dos versiones -antagónicas y contrapuestas- de la misma Historia. Una la que escribe el pueblo con sus anhelos y sus luchas, interpretando esa epopeya cotidiana que es el sobrevivir en medio de la dependencia en tanto se pelea denodadamente por eliminarla. Otra la que tergiversan los enemigos de la Nación: el imperialismo de turno y sus infaltables amanuenses nativos.

Estos últimos son los que, como bien decía Don Arturo Jauretche, "en vez de hacer una historia de la política han estructurado una política de la historia"; circunstancia facilitada por una razón que, por elemental, no deja de ser importante y merecedora de tenerse en cuenta permanentemente: la historia la elaboramos entre todos, pero no la relatamos entre todos. A los efectos de su falseamiento y adaptación a una determinada perspectiva ideológica, resulta mucho más trascendente escribirla que hacerla. Lo que la realidad se ha encargado de demostrar en múltiples oportunidades, a pesar de que la aseveración parezca demasiado distante del sentido común.

De la traición y su Lógica

Es por ello que el propio criterio de la traición debe definirse previamente desde un ángulo particular, y acotarse en las dimensiones y características que la determinan como un acto que tiende a favorecer el accionar del enemigo. Y de allí surge una primer faceta que impide la confusión de ambas situaciones: el enemigo no es traidor, simplemente es el enemigo. Los traidores son aquellos que salen -o se supone que emergen- de las mismas filas del bando que resulta objeto de la traición. Por eso, en el período de la infamia -como tan ajustadamente lo retratara José Luis Torres- inaugurado aquel triste 6 de setiembre de 1930, cuando se abortara el primer proyecto nacional del presente siglo, liderado por Hipólito Yrigoyen, no es dable contabilizar la "traición" de los Uriburu y los Justo, por cuanto ellos defendían la propuesta proimeprialista que alentaba una Argentina dependiente y sometida. Formaban, pues, por propio derecho, en el bando antinacional. La traición, en cambio, aleteaba su presencia en las filas del "alvearismo" y de los demás partidos -supuestamente populares-, los que, por acción o por omisión (y son tan culpables, a nivel de resultados históricos, una como otra) conformaron la "concordancia", basada en el "fraude patriótico" y el desconocimiento total y absoluto de los objetivos auténticamente nacionales y populares.

No obstante, si bien es cierto que los traidores pertenecen a "este lado de la trinchera", aunque más no sea por origen, son quienes suelen constituir el batallón más importante de las fuerzas enemigas. Su acto vil queda solamente evidenciado, entonces, cuando ambos campos están perfectamente delimitados: el de la Nación y el de quienes pretenden oprimirla.

La traición histórica es, pues, una actitud conciente contra la Nación y su Pueblo. Premeditada y voluntaria, aún cuando sus formas puedan aparentar equivocaciones accidentales, por incapacidad congénita o por indecisiones ante momentos circunstancialmente complejos de la historia.



Las dos primeras décadas del siglo fueron fértiles en huelgas y movimientos obreros. Aquí vemos a los peones vareadores en una olla popular durante una huelga.

Pero esas épocas donde la traición domina hasta el punto de que su "protagonismo" define amplios períodos en la vida de las comunidades durante la trayectoria temporal de su evolución -positiva o negativa-, no carecen de sus elementos rescatables, aún cuando éstos resulten una minoría apabullante frente a la mayoría indiferente o resignada. Tal opuesto dialéctico también resultó detectable durante los años de la "década infame". Fueron -y no por casualidad, precisamente- los "marginados" de las crónicas; las de entonces y aún las posteriores, como un precio que siempre pagan quienes se oponen al sistema de la dependencia desde fuera del sistema, es decir, cuestionándolo como un todo, globalmente.

No obstante, resultaría un error grave suponer que tales posturas -la traición, y la lealtad con un proyecto nacional que mantuvieron pequeños grupos, generalmente intelectualizados- surgieron cuasi mágicamente a partir del golpe cívico-militar (nunca una acción proimperialista fue encarada sólo por uniformados) de setiembre de 1930. La cuestión venía de mucho antes, aún en el seno de la propia Unión Cívica Radical, el partido gobernante. Ya el alvearismo era una realidad concreta que confrontaba interna y externamente con las propuestas yrigoyenistas.

Es natural que así fuera. La historia no genera milagros sino hitos reales. No es ni una sumatoria de intencionalidades ni una constelación de casualidades; se configura como un conjunto de circunstancias concretas.Sus procesos se manifiestan en algún punto del tiempo, y, a veces, hace su presentación a través de falsas conexiones causales, pero, en verdad, se incuban en largos períodos, generalmente debajo de las calmas aparentes. Nuestro "racconto" comenzará, pues, muy lejos de los hechos setembrinos, porque allí principia la traición que se conjuga con la infamia de aquella década.

El proyecto yrigoyenista

La "república liberal y mercantil" -como acertadamente la califica Ernesto Palacio en su "Historia de la Argentina"-, asentada sobre la derrota nacional de Caseros, parecía agotar su vitalidad, otorgada por la tan famosa como nefasta "generación del' 80", en los orígenes de la segunda década del presente siglo.

La lucidez de la oligarquía -no siempre evaluada en términos adecuados y justos- la llevó a ser ella misma quien sancionara la "ley Saénz Peña", concediendo el voto secreto y obligatorio -equivocadamente pensado como universal, ya que apenas superaba el 20% de los habitantes el supuesto "universo" comicial"; sólo el Peronismo ampliaría la base decisional de la democracia argentina hasta llegar a los dos tercios de la población- (Véase, Oscar J. Sbarra Mitre "Realizaciones Justicialistas", "Cuadernos del Movimiento", Bs. As. 1983), lo que equivalía, al menos en apariencia, a un verdadero suicidio político. La historia demostraría, posteriormente, que manejaría medios alternativos para conservar y/o recuperar el poder, de los cuales el golpe del 6 de setiembre de 1930 constituye un ejemplo significativo.

De todos modos, la sanción legal posibilitó lo que José María Rosa denomina la "reparación", simbolizada en aquella memorable explosión de júbilo popular que significó la primera asunción presidencial de Don Hipólito Yrigoyen, el 12 de octubre de 1916. Recuerda el autor citado -en el comienzo del tomo X de su "Historia Argentina"- que el flamante Presidente fue "acompañado de una multitud jamás vista en esos actos" (hasta entonces, por supuesto), y que "al ir a la Casa de Gobierno el público desenganchó los caballos del carruaje y, como a Rosas en 1835, lo arrastró a pulso con fervorosa devoción". La comparación es acertada, pues señala, más que una coincidencia histórica de personas, la continuidad de un proyecto nacional interrumpido premeditadamente por la acción combinada de las fuerzas imperiales y los traidores vernáculos, 64 años antes. Posteriormente se registrarían situaciones similares en las tres oportunidades en que el General Perón asumió la Primera Magistratura de la Nación por los mecanismos constitucionales vigentes. El Pueblo reconocía, inapelablemente, los períodos en que el objetivo de la Liberación pasaba a primer plano en función de la explícita voluntad de los gobernantes que se identificaban en plenitud con los anhelos populares.

El primer período presidencial de el "Peludo"-como cariñosamente lo llamaban sus partidarios- no careció, por cierto, de contradicciones. Es más, probablemente tales altibajos fueron una de las causas del surgimiento de una sustancial corriente "antipersonalista" (esto es: anti-yrigoyenista) en el seno de la propia Unión Cívica Radical. El radicalismo "galerita"que, casi desde su inicio, lideró Marcelo T. de Alvear, sería el origen de la traición que cristalizaría, a partir del golpe uriburista,



Un apellido se comenzaría a hacer tristemente célebre: Martínez de Hoz. Federico Martínez de Hoz, hacendado y presidente de la Sociedad Rural había sido llevado a la gobernación de Buenos Aires por el Gral. Uriburu. aquí lo vemos en diálogo con los periodistas.

en el "climax" de su "protagonismo" histórico como socios primordiales de la "concordancia", una suerte de alianza contra el "populismo" yrigoyenista, basada en el fraude y la represión.

El primer gobierno de Yrigoyen se caracterizó tanto por la afirmación de un sentido nacional profundo, como por una celosa custodia del criterio de soberanía y la asunción de posiciones claramente independentistas en lo internacional, cuyo punto culminante fue la pertinaz defensa de la neutralidad ante el primer choque interimperialista del siglo XX, a pesar de las enormes presiones que los "aliadófilos" -en realidad adherentes al imperialismo británico y agentes del mismo en nuestro país- desataron sobre el gobierno para forzar un participación inclusive militar de la Argentina en la conflagración que asolaba el territorio europeo. A ello debe sumarse una actitud netamente nacional en lo económico, apuntalada por hechos trascendentes como la intervención estatal en el ámbito ferroviario y en la incipiente, por entonces, actividad petrolera, así como alguna preocupación -no siempre avalada por un congreso que, primero por la presencia conservadora heredada en 1916, y luego por la creciente división en el partido oficialista que ya hemos apuntado; no siempre le fue favorable al Presidente, y, más bien, le resultó casi permanentemente hostil- por estructurar una marina mercante nacional (la guerra había puesto de relieve la debilidad argentina en este medio de transporte) y una línea aérea con personal y elementos del Ejército para unir con el resto del territorio los amplios espacios australes, lo que hubiera constituído de lograrse, un valioso antecedente de lo que luego serían las Líneas Aéreas del Estado (LADE). Si a esto se suma el acercamiento con América Latina y la renuncia a integrar la Sociedad de las Naciones, en tanto su manejo postergaba a los países "periféricos", como el nuestro, y a los pueblos vencidos en el choque bélico (y ante ello la Argentina sostuvo el principio de la absoluta igualdad entre todos los miembros del organis-



Hipólito Yrigoyen en momentos de emprender un viaje a Córdoba, con motivo de proclamarse en aquella provincia la fórmula Soria-Gallardo, en 1925.

mo internacional y su oposición a cualquier tipo de diferencias entre triunfadores y derrotados en la guerra interimperialista), el "haber" resulta considerable.

En el "debe" de la gestión yrigoyenista debe cargarse, fundamentalmente, su más que enérgica política frente a las huegas que, en número inusitado hasta esos tiempos, se produjeron durante los años del gobierno radical. Episodios como los de la "semana trágica" (principios de enero de 1919) y las huelgas patagónicas (octubre de 1920 a febrero de 1921 y setiembre de 1921 a diciembre de 1921), con las dolorosas secuelas de una represión casi indiscriminada como respuesta a las legítimas reivindicaciones planteadas por los trabajadores, manchan de manera indeleble el primer período presidencial de la U.C.R. Mucho se ha dicho -y escrito- sobre los desbordes de la policía en un caso y el ejército en ambos, pero resulta indudable que no puede eximirse de tales resultados, cruentos y repudiables, a la autoridad presidencial.

La vigencia de las libertades públicas, la legendaria modestia del Presidente y la adhesión popular que mantuvo durante todo su mandato -confirmada el día del traspaso del gobierno a Marcelo T. de Alvear-, completan los datos de un balance ampliamente favorable de una gestión inédita en la Argentina posterior a Caseros.

El germen de la perfidia

Como bien se sabe -y múltiples veces lo ha demostrado la historia de nuestro país- el imperio, y quienes lucran con la dependencia, siempre han pretendido quebrar o el poder o la continuidad de los regímenes populares. Lo primero lo han tratado de lograr a partir de licuar la posibilidad de su acceso al parlamento, a través de métodos como el del voto cantado o la representación proporcional, para marcar ejemplos que conforman los extremos de una larga historia de tácticas antipopulares. Lo segundo está establecido en la Constitución de 1853, un auténtico programa del liberalismo, superpuesto al de cualquier otro partido político, so pretexto de la intangibilidad cuasi litúrgica de una Carta Magna que no significa otra cosa que la prevalencia de principios ideológicos con los que no está comprometido sino un sector menor de la sociedad argentina.

Como siempre sucede, las acciones históricas tienen nombre y apellido concretos, al menos en sus momentos culminantes. Marcelo T. de Alvear fue el correspondiente a esta circunstancia. Había sido elegido, paradójicamente, por el propio Yrigoyen como su sucesor. Quizás por cuanto resultaba el más "potable" para el viejo caudillo, ubicado como elector inapelable de su sucesor en la Presidencia de la Nación. El 10 de marzo de 1922, la Convención Nacional de la U.C.R. proclamó la fórmula presidencial, Marcelo Torcuato de Alvear- Elpidio González, hombre, éste último, totalmente leal a Don Hipólito, y una suerte de reaseguro para el proyecto del "Peludo". El 12 de octubre de 1922, ambos accedían a la Casa de Gobierno, previas elecciones donde la U.C.R. había vuelto a aplastar, comicialmente, a sus adversarios políticos: conservadores, socialistas y demócratas progresistas.

A partir de entonces, un nuevo "personalismo" empezó a acuñarse en la Argetina. Un personalismo que una década después tendría sombrías repercusiones en la historia de nuestro pueblo. El "alvearismo" comenzaba a despuntar como polo dialéctico del Yrigoyenismo que el pueblo había consagrado casi desde principios de siglo.

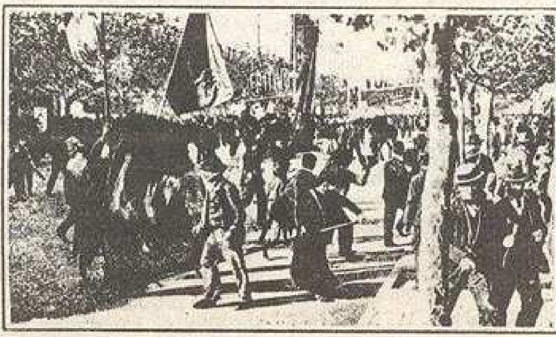
El interregno alvearista (1922-1928) aparentó un lapso de tranquilidad e ininterrumpido crecimiento del país.Por supuesto, no mucho más que las apariencias que a menudo reflejan los valores estadísticos medios, donde no se evidencian las asimetrías distributivas que suelen ser el oscuro subsuelo de tales datos promedio. En cambio, lo apacible no trascendió a lo político, ámbito en el que -pese a la formal "prescindencia" del propio Alvear- se formalizó la división entre "yrigoyenistas" y "antipersonalistas", "galeritas" o "contubernistas", como se conoció al "alvearismo", dadas sus características opuestas al manejo unipersonal -y "autoritario", según calificaban los seguidores de Don Marcelo al "Peludo"-, su atuendo oligárquico o sus "componendas" con los conservadores y miembros de otros partidos menores, como los "socialistas independientes".

En agosto de 1924, a partir de las parejas resultados de las internas radicales que se llevaron a cabo en ese mes y año, se explicita la fragmentación del aparato partidario, lo cual no era sino un reflejo secundario de lo ya acontecido en la Cámara de Diputados, prácticamente desde los comienzos de la administración de Alvear. Los puntos cumbres fueron el tema del proyecto de intervención a Córdoba -gobernada por los conservadores- propugnado en 1923, por los "peludistas" resistido por los legisladores adictos al Presidente, que lo frustran en alianza con los conservadores; y el acto de desaire en la inauguración del año legislativo correspondiente a 1924, cuando ni los legisladores yrigoyenistas ni el propio vicepresidente Elpidio González, concurren a la

Asamblea Legislativa.

El distanciamiento se iría acrecentando hasta desembocar en la fórmula "antipersonalista", Leopoldo Melo-Vicente C. Gallo, que enfrentaría a Yrigoyen en 1928.

Dos opciones merecen rescatarse para pintar, de cuerpo entero, lo que resultó el proyecto alvearista y en lo que terminó convirtiéndose, por acción u omisión de sus impulsores. La primera corresponde a Horacio J. Guiod -historiador, colaborador de "Todo es Historia", hijo de un destacado "galerita", Mario M. Guido (Presidente "antipersonalista" de la Cámara de Diputados), quien acompañó a Alvear desde la formación del famoso grupo "azul", que, allá por 1909, comenzó los escarceos opuestos a la conducción de Don Hipólito-, quien sostiene: "La historia dió finalmente ,la razón a Yrigoyen. El ala antipersonalista de la U.C.R. libró una lucha limpia contra el caudillo radical hasta 1928. Después, frente al abrumador peso del "plebiscito", muchos de sus dirigentes prefirieron conspirar. Y, con posterioridad al golpe de 1930, no vacilaron en colaborar con el gobierno de Justo, al lado de los conservadores y de los socialistas independientes. Mi padre y otros ex antipersonalistas o entraron en esas aberraciones, y regresaron al viejo tronco radical: podían haber enfrentado a Yrigoyen, pero no tenían "estómago" para unirse a los adversarios de siempre. Y el antipersonalismo acabó por diluirse en las tinieblas de la historia. Con escasa gloria..." ("El liderazgo cuestionado", en "Nuestro siglo", tomo IV, pág. 120). Una adecuada -e insospechable de parciaidad- pintura de como se gestó la "concordancia", como conclusión lógica de la traición incubada contra Yrigoyen y su proyecto nacional, popular, antioligárquico y antiimperialista.



Manifestantes anarquistas el 1 de mayo de 1909. Los problemas sociales, agravados por la guerra, llevaron a través de los años a un crecimiento considerable de las fuerzas anarquistas e ideológicamente afines a la revolución rusa.

El restante testimonio del conocido dirigente de la U.C.R. Francisco Hipólito Uzal, militante del Movimiento de Intransigencia y Renovación, que allá por 1945 (exactamente, a partir del Congreso de Avellallaneda, del 4 de abril de ese año), aglutinó orgánicamente a los hombres que, dentro del partido, habían luchado permanentemente contra quienes pretendían desvirtuar el sentido nacional y popular que encarnó la conducción de Yrigoyen. En "Todo es Historia", Uzal analiza el protagonismo partidario del "unionismo" (heredero del antipersonalismo", y animador de la "Unión Democrática", estruendosamente derrotada por el Peronismo naciente, el 24 de febrero de 1946), en un artículo titulado "¡Qué renuncie el comando de la derrota!" ("Todo es Historia", año XVII, número201, págs. 8/40, enero de 1984), y allí recuerda, del período comenzado aquel triste 6 de setiembre de 1930: "Alvear y los suyos apenas veían la mecánica electoral, y, por eso, sólo reclamaban para el pueblo elecciones libres y respeto a la Constitución y a la ley. Pero, aún en ese respeto, su actitud -repetimos- fue una protesta plañidera y blanda, despojada de todo desplante viril, como si al cabo se hubiera acostumbrado al fraude y se adecuara resignadamente a él. Podría decirse, aunque parezca un poco cruel, que terminó convirtiéndose en un elemento cómplice del sistema fraudulento impuesto al país acostumbrado al fraude y se adecuara resignadamente a él. Podría decirse, aunque parezca un poco cruel, que terminó convirtiéndose en u elemento cómplice del sistema fraudulento impuesto al país desde 1930. Eso fue la síntesis de la conducción alvearista". Lapidario, eufemismos aparte, quizás determinados éstos por la delicadeza con que el autor trata a un ex-correligionario, ya desaparecido.

Victoria y caída

La elección del primero de abril de 1928 sería, verdaderamente, histórica. Un auténtico plebiscito. La fórmula Hipólito Yrigoyen -Francisco Beiró- apenas elegida una semana antes: el 24 de marzo- obtiene 838.583 votos, con 245 electores, contra 414.026 (71 electores) del binomio Melo-Gallo (antipersonalistas y conservadores unidos), y 64.985 del socialismo (Mario Bravo-Nicolás Repetto), sin electores. Los tres electores restantes son acaparados por los "bloquistas" sanjuaninos, con 6.001 votos, único distrito donde no ganó el yrigoyenismo, sencillametne porque no se presentó ante los atropellos "de los elementos de acción" de Federico Cantoni, según acota José María Rosa ("Historia Argentina", tomo X, pág. 249).

En verdad, las elecciones en algunas provincias (Salta, Tucumán, Santa Fe y Córdoba), llevadas a cabo entre diciembre de 1927 y marzo de 1928, marcan otros tantos triunfos yrigoyenistas -con las siglas de la U.C.R.-, y el consecuente desmoronamiento de las esperanzas del "contubernio" conformado por la Unión Cívica Radical Antipersonalista y los conservadores. El 12 de junio de ese año el Colegio Electoral consagra la fórmula Yrigoyen-Beiró, y el repentino fallecimiento del vicepresidente, 10 días después, el 22 de junio, lleva a una nueva reunión del Cuerpo que elige para acompañar al "Peludo", al gobernador de Córdoba, dr. Enrique Martinez.

Los 76 años de Yrigoyen, preanunciaban, el 12 de octubre de 1928 -cuando asume por segunda vez la presidencia- una gestión azarosa y plagada de dificultades, muchas de ellas surgidas de la natural declinación del ciclo vital del Primer Mandatario. No obstante, los desaciertos no llegaron al nivel que la leyenda posterior -hábilmente acuñada por conservadores y antipersonalistas- falseó hasta dar la imagen de un auténtico desgobierno. Valga acotar que -no por azar, precisamente- algo más de cuatro décadas después, volverían las falacias para tergiversar el último período presidencial de Juan D. Perón.

Sin enbargo, no es dable ocultar los problemas que asolaron aquel gobierno, como el asesinato del ex-gobernador de Mendoza Carlos Washington Lencinas, hecho totalmente ajeno a la voluntad de Yrigoyen, por supuesto, pero que le fue "cargado" en su cuenta, quizás porque el ejecutor del crimen se confesó yrigoyenista. Las iniciativas rechazadas en el Congreso -como la ley de nacionalización del petróleo o la que instituía un vasto plan de obras públicas-, y el impacto de la crisis mun-

dial desatada en octubre de 1929, cuyos coletazos comenzaron a hacerse sentir en términos de desocupación y malestar social consecuente, marcaron un agudo descenso en la popularidad del "Peludo". La debacle se reflejó en las elecciones de renovación parcial de la Cámara de Diputados, el 2 de marzo de 1930, cuando el yrigoyenismo reunió sólo 655.000 votos contra 695.000 del resto de los partidos (compárense con los resultados de 1928 y se verá lo intenso del desgaste de Don Hipólito), perdiendo, incluso en la Capital Federal, donde el oficialismo, con 82,713 sufragios, quedó tercero, detrás del socialismo (83.076) y el socialismo independiente, que triunfa con 109.292 votos.

La conspiración, a esa altura, ya se encontraba lo suficientemente robustecida como para que el destino del gobierno estuviera sellado. El "paseo"o desfile militar de Uriburu -desde el colegio Militar a la Casa de Gobierno- no tiene oposición organizada alguna, a favor de la enfermedad que aquejaba al Presidente y de la ineficiencia y contradicciones que impiden que las fuerzas leales (muy superiores en número) puedan contener a los cadetes sublevados. José Félix Uriburu es, apenas, un títere no demasiado útil, para los auténticos "jefes" del golpe, entre quienes se destaca la figura del exministro de Guerra de Marcelo T. de Alvear: el general, retirado, Agustín P. Justo.

Pero la traición toma verdadero cuerpo en los sectores sociales que apoyan el golpe, comenzando por los antipersonalistas, y continuando con el nefasto "fubismo" -acertada denominación que Arturo Jauretche encontró para definir aquella concepción elitista y antipopular en que se transformó el movimiento reformista, surgido curiosamente en épocas del primer período presidencial de Yrigoyen, y entusiastamente recibido por éste, en contra de la opinión conservadora a la que, en 1930 apoyaron los "fubistas"-, que iniciaría, en aquella jornada, su largo ejercicio en contra de los gobiernos populares; una práctica extendida por décadas. Como se ve, la "concordancia" no apareció de la noche a la mañana, ni por milagro. Todo lo contrario. Y la era de la infamia se estrenaba bajo su signo y su protagonismo.

El Teniente General José F. Uriburu llegaría al poder con el apoyo de los radicales antipersonalistas. Aquí lo vemos prestando juramento desde los balcones de la casa de gobierno ante una impresionante multitud.



Una larga noche

La represión, la miseria, la tortura, la entrega, el fraude, la persecución, el hambre, la indignidad, la desocupación, los negociados, el sometimiento, la infamia, y tantas otras calamidades cuya lista sería prácticamente interminable, caracterizaron esos casi trece años de duración del siniestro proyecto al que tanto contribuyeron antipersonalistas y otros socios menores que, sin rubor alguno, se continuaban definiendo como del "campo popular". Uzal -en su mencionado artículo de "Todo es Historia"- es definitorio y terminante con respecto a estos grupos minoritarios del espectro político de entonces: "Los partidos menores, esos que siempre se ufanan autodenominándose "democráticos", se hicieron los desentendidos. Poco después, las numerosas bancas de las minorías en el Congreso Nacional -y también algunas minorías-, en las legislaturas de provincias y en los conce jos deliberantes, se las repartieron con notoria fruición entre el Partido Socialista y el Partido Demócrata Progresista. Nunca antes ni antes ni después, esas agrupaciones obtuvieron tantas representaciones públicas para sus dirigentes como durante la "década infame" del fraude. Hay derecho a pensar que su respuesta negativa a la propuesta principista de los radicales, se debió a un sórdido cálculo de conveniencias. Aunque el país se hundiera en una infecta ciénaga. En efecto, los verdaderos beneficiarios del fraude electoral -aparte de sus protagonistas conservadores- fueron los pequeños partidos minoritarios, encargados de legalizar el sistema. Poco se ha tratado este aspecto de la problemática nacional de aquella época, mencionándose sólo a los conservadores como los agentes de corrupción de aquel triste interregno político. Pero estos minúsculos sectores, que nunca contaron con el favor del pueblo, que no creyó en ellos, fueron elementos activos indispensables de aquel gravísimo deterioro moral de la República, verdaderos cómplices del principal delincuente. Quisieron participar del festín, quedarse con algo más que las migajas del banquete, y para ello se aligeraron el alma de escrúpulos y se llenaron la boca de fraseología anacrónica y mentirosa". La cita es extensa, pero sin desperdicios. La quisimos recordar por cuanto marca adecuadamente el exacto sentido de la traición, al que nos referíamos en el principio de este análisis. Volveremos algo más adelante sobre el tema.

Hechos y nombres acuden en tropel a la memoria para rivalizar en el mejor paradigma que evidencie la degradación de aquellos años. Después de Uriburu vino Justo con los "doctores" del conservadorismo liberal y entreguista, cuyo más ínclito representante fue Julio Argentino Roca (h), descendiente primogénito del "conquistador" del desierto. Poco honor haría a su apellido este "argentino" -sólo de segundo nombre-, que apenas se vinculaba a su Patria por un mero azar biológico. Se-

mejante sujeto que, gracias a la traición y el fraude, ostentaba el cargo de Vicepresidente de la Nación, habría de inscribir en la historia universal de la infamia estas palabras, pronunciadas en Londres, donde fue "agasajado" por sus patrones en ocasión de la visita que culminaría con la firma del inicuo pacto Roca-Runciman: "La geografía política no siempre logra, en nuestros tiempos, imponer sus límites territoriales a la actividad económica de las naciones. Así ha podido decir un publicista de celosa personalidad que la Argentina, por su interdependencia recíproca, es, desde el punto de vista económico, una parte integrante del Imperio Británico". Tan increíble felonía fue aplaudida por un grupito de obsecuentes y serviles que acompañaban al siniestro personaje-funcionario de la "década infame". Entre ellos se contaba un oscuro contador que había iido en carácter de asesor de la "misión", y cuyo nombre costaba recordar a los restantes miembros: Raúl Prebisch.

Como bien diría el lúcido historiador que fue Miguel Angel Scenna, "tamaña actitud implicaba que cierto sector argentino deploraba amargamente que sir Carr Beresford fuera rechazado de Buenos Aires, impidiendo a la Argentina ser, de veras, una parte integrante del imperio británico" (Miguel A. Scenna. "F.O.R.J.A., una aventura argentina. De Yrigoyen a Perón", Ed. de Belgrano, Bs. As., 1983, pág. 9).



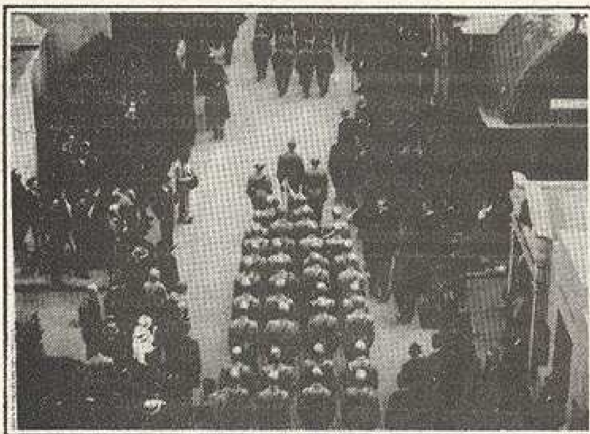
Con la crisis surgieron los "barrios de emergencia" uno de ellos se instaló en Puerto Nuevo. En ellos los desocupados "mataban el tiempo".

Fue el paroxismo de un proceso (valga la connotación del término) que Don Arturo Jauretche bautizaría, con su habitual agudeza, como "el estatuto legal del coloniaje". Todo pasó a ser inglés, desde el comercio exterior hasta los transportes, de los fletes a los seguros, la moneda y el crédito, la electricidad y el petróleo, desde las comunicaciones hasta los frigoríficos. Todo, incluído el destino de los argentinos. Ahora el panorama de la traición comenzaba a comprenderse en sus mecanismos más profundos. El viejo león británico tenía una espina clavada en la pata: en la Argentina gobernaba Hipólito Yrigoyen; por eso aquel 6 de setiembre -en el alumbramiento de la cuarta década del siglo- lanzó un rugido de alivio. A partir de ese día sí se podía pensar, nuevamente, en "la más hermosa diadema en la corona de su majestad" (según expresiones del inefable "Julito" Roca), sin el accionar del "populacho" que perturbara tan bello objetivo.

Y fue el común denominador de esa larga noche del contubernio. El Banco Central manejado por los bancos privados dominados por los británicos, la Corporación de Transportes creada para solventar y acrecentar las millonarias ganancias de los ferrocariles (ingleses, por supuesto) destruyendo la competencia de los medios automotores, las prerrogativas de toda índole otorgadas a las empresas de la rubia Albión, el Instituto Movilizador de Inversiones bancarias (algo así como la cuenta de regulación monetaria creada por Martínez de Hoz y sus sicarios bajo otro nefasto "proceso" que signó trágicamente la vida argentina) destinado a absorber los malos negocios de la banca extranjera, las Juntas Reguladoras inventadas para favorecer a los productores agropecuarios ligadas a la oligarquía proimperialista, la protección ilimitada a las operaciones de la Shell (a la que, aún hoy día, algunos despistados funcionarios la califican como una firma holandesa) en detrimento de Y.P.F.,y, por si fuera poco, los escandalosos negociados de la C.A.D.E. vía simulada nacionalización de la C.H.A.D.E. (¿Quién dijo que la historia nos se repite?), configuraron sólo algunas de las secuelas tétricas de este oscuro tunel de la dependencia. La desnacionalización era consciente, la entrega premeditada, el imperialismo el "invitado de honor" al banquete en que se deglutía la Patria de los argentinos. Yrigoyen ya había muerto -acompañado su féretro por una imponente multitud que lo llevó a pulso por las calles de Buenos Aires, aquel lóbrego y lloroso 3 de julio de 1933, tan triste como otro principio de julio de 41 años después, cuando otra muchedumbre derramó sus lágrimas por Juan D. Perón-, Alvear ensuciaba sus manos y su alma en la componenda innoble, los concejales "antipersonalistas" engordaban sus bolsillos con la "coima" cadista, y el Movimiento Popular, aquella U.C.R. que el "Peludo" nunca consideró un partido sino eso' un Movimiento, se veía amenazado por la oscura nube de la desintegración y el desbande, vaciada anímicamente por los resortes de la traición. Nunca mayor el acierto de un yrigoyenista -peronista después- genial: Enrique Santos Discépolo elige esos años para elaborar esa joya filosófico-popular que es "Cambalache".

Pero la moral no muere

Parece un designio de Dios: siempre, en medio de la noche más oscura y cerrada se vislumbra una lucecita. Y ésta se prendió casi en la mitad justa del año 1935. Alguna vez recordamos la crónica de aquellos días (Oscar J. Sbarra Mitre, "Somos una Argentina colonial, queremos ser una Argentina Libre", en revista "Línea", año VI, Nº 63, febrero de 1985, págs. 29/37). Decíamos entonces, en el año del cincuentenario de F.O.R.J.A., "La última semana de junio de 1935 se inició con una cruel noticia para los porteños: el lunes 24 había muerto Carlos Gardel en un trágico accidente de aviación allá en la lejana Medellín. Las malas nuevas resultaban casi comunes en aquellos años lúgubres. Provenían de un sistema cuyo único objetivo era acentuar la dominación colonial en la Argentina. Pero ahora también el azar angustiaba a los argentinos. Además, el clima contribuía; ese invierno de mediados de la década fue uno de los más rigurosos que recordaban los habitantes de la sufrida Santa María de los Buenos Aires. Lisandro de la Torre se debatía en el senado como un espadachín solitario contra la plana mayor de la entrega, capitaneada por el inefable Federico Pinedo, ministro de Hacienda del régimen. Apenas un mes más tarde -el



En la recoleta desfilaron en honor a Uriburu los militantes de la Legión Cívica, organización paramilitar inspirada en el modelo fascista de "los camisas negras". Su duración sería efímera.

23 de julio-, Enzo Bordabehere caería baleado en pleno recinto del Senado de la Nación. Así respondía el matonaje de Justo a las interpelaciones parlamentarias. Sobre el fin de esa semana, el sábado 29 de junio, los diarios informaban -como lo recuerda Miguel A. Scenna (op. cit.)- sobre las tratativa de paz en la guerra del Chaco y la entrevista entre Benito Mussolini y el primer ministro británico Anthony Eden. Pero ningún medio de comunicación diría nada sobre un grupo de jóvenes que ese mismo día, en un sótano cuyos tragaluces se mostraban debajo del número 1778 de la calle Corrientes -casi esquina Callao- releían unas conocidas palabras de Hipólito Yrigoyen: 'Mañana, pasado mañana tal vez, pero algún día fatalmente, en alguna vuelta del camino argentino los pueblos comprenderán... y desde la cumbre, midiendo la profundidad del abismo en que nos debatimos hoy, se maravillarán de haber podido ser lo que somos actualmente. Que importa que se diga, hoy como ayer, con tal que vayamos... Qué importa también que brame la tormenta: Todo taller de FORJA parece un mundo que se derrumba... Y qué importa, además, que seamos todos, hoy como ayer, los mismos merodeadores del hambre y la sed humanas; una estrella brilla sobre los campos de nuestra ignominia. Créanlo... bordeando precipicios que apenas entrevemos al pasar, hacemos historia que los siglos venideros reconocerán gloriosa'".

Aquellos jóvenes yrigoyenistas habían decidido abrir ellos el taller donde forjarían la conquista del proyecto nacional y popular del "Peludo". Por eso, Arturo Jauretche, uno de sus más entusiastas animadores, eligió aquella frase de Yrigoyen, armando la sigla sobre esa palabra: F.O.R.J.A., que pasó a ser el apócope representativo de la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina. Entre los 113 fundadores se hallan los más lúcidos luchadores populares de aquella generación como el inigualable predicador que fue Arturo Jauretche -el "vasco"-, Luis Dellepiane -maestro y guía de los más jóvenes forjistas, presidente de la entidad hasta que el problema de la neutralidad lo apartó, definitivamente, al igual que Gabriel del Mazo (uno de los firmantes del Manifiesto Liminar de la Reforma Universitaria del 11 de abril de 1918), ese exquisito poeta de Buenos aires cuyo nombre, Homero Luis Manzione Prestera, se había transformado, pocas semanas antes, en el universal de Homero Manzi, y Manuel Ortiz Pereyra, otro maestro insustituible. Muchos otros se incorporarían en el transcurso de los diez años de vida de F.O.R.J.A., como ese auténtico apóstol de la lucha antiimperialista que fue Raúl Scalabrini Ortiz -quien no se contó como fundador de F.O.R.J.A. porque, al principio, ésta no admitiía sino afiliados radicales, desde el momento que se proponía actuar dentro del partido, y Scalabrini nunca se afilió ni a la U.C.R. ni a estuctura partidaria alguna-, el implacable denunciante de los trusts eléctricos que resultó Jorge del Río, un historiador inmenso como Atilio García Mellid y el no menos profundo René Orsi.

En su declaración constitutiva, precedida de la frase que sería el grito de guerra forjista ("Somos una Argentina colonial, queremos ser una Argentina Libre"), se planteaba la lucha histórica del pueblo contra el imperialismo y la oligarquía que era su agente nativo; la cual sólo se resolvería por la acción del mismo pueblo que había de recuperar, dentro del radicalismo, las banderas históricas de Hipólito Yrigoyen. Por ello terminaba con aquellas tres consignas identificatorias: "Por el Radicalismo a la Soberanía Popular. Por la Soberanía Popular a la Soberanía Nacional. Por la Soberanía Nacional a la Emancipación del Pueblo Argentino".

La reivindicación histórica

F.O.R.J.A. iniciaba su vida denunciando la situación colonial y proponiendo la reconstitución del Movimiento Nacional, la indestructible complementación entre lo nacional y lo popular, y la Liberación, rompiendo las ataduras imperialistas, pues mientras el enemigo -o sus empleados y/o representantes- operaran en nuestro suelo la independencia resultaba una utopía. El problema y su solución; uno y otra con la vigencia actual. Mejor dicho, con la vigencia de siempre.

Por eso queríamos terminar este análisis con la recuperación del proyecto tras la traición. Caben, en ese aspecto dos acotaciones. Por un lado la pelea desigual que libra F.O.R.J.A. -desde su local de Lavalle 1725, al que se traslada al escaso mes de su fundación, y al que hemos logrado rescatar para la memoria a través de la placa que hoy está colocada en su frente y que impulsamos desde la "Comisión de Homenaje a F.O.R.J.A." que tuvimos el honor de presidir en el año del cincuentenario de la Organización: 1985-, denunciando la entrega desembozada, sosteniendo la neutralidad frente al segundo gran choque interimperialista de nuestro siglo, planteando la reconquista de nuestro territorio y de nuestro patrimonio, y adhiriendo, como era lógico, al Movimiento Revolucionario que el 4 de junio de 1943 puso término a la "década infame". "En las primeras luces del nuboso y frío 4 de junio trescientos muchachos de boinas blancas -hacía años que no se las veía en las calles porteñas-, arrancaron de la esquina de Lavalle y Paraná, tan pronto como se confirmó el avance de las tropas, y desfiló hacia la plaza del congreso. Allí Darío Alessandro, primer orador en saludar a la Revolución y dar el requiem a la 'década infame', los arengó vibrantemente, cuenta Miguel A. Scenna (op. cit. pág. 326).

La otra reflexión es acerca de como el sistema -que es, en definitiva, quien se queda con la "victoria" posterior, porque escribe la historia, tal como lo mencionábamos al principio- incorpora sólo la oposición que lo legitima. Así sucede que cuando los jóvenes escuchan hablar de aquel nefasto período de nuestra historia, alcanzan a visualizar que las fuerzas éticas de la sociedad existen, porque recuerdan actuaciones parlamentarias -por ejemplo- como la mencionada de Lisandro de La

Torre, o las de Alfredo Palacios o Mario Bravo, pero no se interrogan sobre el hecho que éstos tenían una banca en plena época del "fraude patriótico", en tanto caen en el olvido de la "historia oficial" hombres como Arturo Jauretche o Raúl Scalabrini Ortiz; y Homero Manzi es considerado -porque no se lo puede hundir en el anonimato, dada su gigantesca tarea literaria- sólo un poeta, nunca como militante, a pesar de que el propio Homero siempre sostuvo que su elección de vida había sido "hacer letras para los hombres, antes de ser un hombre de letras". La conclusión es tan simple como aleccionadora: a la historia que cuentan los enemigos de la Nación se incorporan sólo quienes cuestionan el sistema de la dependencia desde dentro de él, nunca los que denuncian el sistema mismo. En otras palabras: los reformistas y jamás los verdaderos revolucionarios.

Pero F.O.R.J.A. sigue subsistiendo aún después del hecho revolucionario de junio, velando para que él no se desvirtúe. Y así saluda el glorioso día de octubre de 1945. Aquella jornada era la síntesis de una larga lucha. Ese "subsuelo de la Patria sublevado" que tan maravillosamente relatara Scalabrini Ortiz justificaba plenamente la inmensa pelea de ese grupo de muchachos que 10 años antes comenzaron a soñar lo que entonces se convertía en realidad. Lo define el ilustre autor de "El hombre que está solo y espera", con palabras del militante que nunca dejó de ser: "Era el cimiento básico de la Nación que asomaba... sostenidos por una misma verdad... Presentía que la historia estaba pasando junto a nosotros... Lo que yo había soñado e intuído durante muchos años estuvo allí presente, corpóreo, tenso, multifacetado, pero único en el espíritu conjunto".

El 15 de noviembre de 1945 -antes de cumplirse un mes de la gesta de octubre- tuvo lugar la asamblea que decidiría definitivamente la suerte de F.O.R.J.A., en la cual se resuelve, amistosamente, la disolución, al darse la misión por cumplida. Dos trascendentes miembros - Arturo Jauretche y Darío Alessandro -firmarían el acta final. Esta simplemente comunicaba:

"La Asamblea General de F.O.R.J.A., considerando:

1º) La resolución de la misma, de fecha 17 de octubre de 1945, en solidaridad con el movimiento popular de esa jornada y las siguientes;

2)º La identidad de la gran mayoría de sus miembros con el pensamiento y la acción popular en marcha y su incoporación al mismo;

Declara:

Que el pensamiento y las finalidades perseguidas al crearse F.O.R.J.A. están cumplidas al definirse un movimiento popular en condiciones políticas y sociales que son la expresión colectiva de una voluntad nacional de realización, cuya carencia de sostén político motivó la creación de F.O.R.J.A. ante su abandono por el radicalismo.

Y resuelve:

La disolución de F.O.R.J.A., dejando en libertad de acción a sus afiliados.

Arturo Jauretche (Presidente).

Darío Alessandro (Secretario de la Asamblea)".



FORJA se sintió expresada por el movimiento que surgió con el 17 de octubre de 1945. Ante eso se disolvió ya que: "el pensamiento y las finalidades perseguidas al crearse FORJA están cumplidas al definirse el movimiento popular..."

Movimiento Nacional, reconstruído, habría de reintegrar a aquellos jóvenes yrigoyenistas. Fueron el puente. Fueron, también una muestra del espiritu indomable de lo nacional y popular que, en apariencia latente, vivió en ellos manteniendo su llama sagrada, don Hipólito estaba reivindicado. El Peronismo era el reaseguro histórico del proyecto nacional y popular. La historia dejaba, además una inapelable moraleja: cuando cierta dirigencia se junta para consumar la traición, el Pueblo, como respuesta, se une para el ejercicio de la Lealtad.

La "década infame" no sería -desgraciadamente- la última traición. Es más, nada nos pone a cubierto de ella en el futuro. Pero mientras exista el pueblo, su proyecto y la voluntad política de concretarlo, el porvenir está asegurado.

OSCAR J. SBARRA MITRE

(#) Director de la revista "APORTES"

UNA TRIPLE TRAICION

ESCRIBE: CARLOS MACHADO

"La escuadra está al ancla esperando el viento. Artigas creo que dejará de molestar en esa Provincia". Así comunicaba Manuel J. García, en la correspondencia al Director porteño, la feliz novedad: los portugueses iban a terminar con la complicidad de Buenos Aires y de sus asociados, aquella pesadilla federal. Lo explicaba, rotundo: "La anarquía, que todo lo empobrece, despuebla y desune, es el mayor de todos los males, y en la alternativa puede preferirse el restablecimiento del sistema colonial". Cualquier cosa mejor que el tumulto insurgente con banderas de soberanía y reclamos, airados, de justicia social. Por eso la conjura. Tramada en Buenos Aires y aceitada desde Tucumán. Tagle quiso buscar el recuado de algunos comandantes y pretendió asociar al coronel Dorrego. "Debe usted estar contento pues los portugueses no esperan más que el que se les designe el tiempo para dar en tierra con Artigas y tomar posesión de la Banda Oriental... se nos ordena... que se alejan los que se crea hacen oposición... si usted quisiera estarse con su madama sin moverse de la provincia de Buenos Aires, no tiene más que decir sí". Rebotó en la elección. "El creía, sin duda, que como yo había hecho la guerra a don José Artigas, deseaba su ruina a todo trance, y aún continuarar más este malvado traidor, si no hubiera sido el que motando en cólera, rompe el violento silencio, y después de haberle dicho lo que merecía tal propuesta, le pregunté quién le había dado el dominio sobre la Banda Oriental?, que aún supuesto ese caso... qué bienes nos podría traer la proximidad de los portugueses?. Y prosigue Dorrego: "Llamé al siguiente día a uno de los jefes de la guarnición y le dije que estaba persuadido se traicionaba al país, y que los que estábamos encargados de sus fuerzas tratásemos de impedirlo... pero ya mi ruina estaba decretada". "Fui, o hablando más propiedad, asaltado". Desterrado, con otros patriotas (Domingo French, Vicente Pasos Kanki, Manuel Moreno y más), con destino al Caribe "por no acomodarse a las circunstancias de los portugueses". Destierro "para siempre", decreta Pueyrredón. "Cada uno con una barra de grillos", como documentó en sus papeles.

Empezaba el capítulo más ominoso. Pero la prolongada resistencia de los orientales y el alzamiento federal creciente contra el Directorio dieron demora larga al desenlace. Producido recién cuando defeccionaron, con la victoria casi conseguida, los lugartenientes López y Ramírez. A cuatro años de aquella gestión indecente del embajador Manuel J. García.

Reseña primero, antes de iluminar el escenario de la crisis final, en el 20, las características de la revolución artiguista. Tuvo tres dimensiones, conjugadas. Se encuadró en la revuelta que de México al sur levantó al continente contra la dependencia colonial y sus largos abusos. Expresó la protesta de las provincias pobres, en el Plata, contra la pretensión igualmente abusiva de la capital regional, levantando banderas federales. Le dio cauce, además, al reclamo social de los pobres contra los oligarcas de la capital provincial (estancieros, barranqueros y empresarios navieros de Montevideo que dieron su concurso a la revuelta por las características primeras; recelosos más tarde y enconados después, hasta la defección cuando cunda el desorden social).

Ensayó tres respuestas, Buenos Aires. Lo quiso aniquilar y no lo consiguió. Lo quiso después engañar con la oferta de la independencia y no lo pudo hacer. Tejió con Portugal (apadrinados por la Gran Bretaña), la invasión militar que comandó Lecor.

Triple traición, también. El Directorio porteño, la mayoría que lo respaldaba desde Tucumán y los lugartenientes retobados serán sucesivos agentes de la maquinación. Vayamos paso a paso, para comprobarla.

Abreviaremos, primero, el fracaso unitario en la guerra civil desatada a comienzos de 1814 cuando pusieron precio a la cabeza del Jefe de los Orientales. Cosechando, en respuesta, un demoledor contragolpe. Unas pocas semanas le bastan para isurreccionar al litoral; a los catorce meses, extiende su poder de las costas atlánticas hasta la serranía cordobesa. se derrumba el gobierno porteño (el de Alvear), al que se logró dar "jaque

Manuel Dorrego. Dibujo Lápiz, de Ignacio Baz. Museo Histórico Nacional. Al fracasar una revolución contra el Director Pueyrredón. Dorrego fue desterrado a Estados Unidos engrillado.



mate" perfecto. Entre Ríos, Corrientes, las Misiones, Córdoba y Santa Fe, más la recuperada Provincia Oriental (desalojando al invasor porteño), constituyen la Liga Federal bajo la protección del general Artigal. "Lo único que hago es auxiliarlos como a amigos y hermanos, pero ellos solos son los que tienen el derecho de darse la forma que gusten y organizarse como les agrade, y bajo su establecimiento formalizarán a consecuencia su preciosa liga entre sí mismos y con nosotros, declarándome yo su protector", como le escribe a Juan Bautista Méndez.

Asoma la traición (Perugorría) y logra derrotarla. Y asoma a la vez, paralela, la propuesta engañosa porteña. Francisco Rivarola y Blas José de Pico llevan al General las ofertas del nuevo gobierno de la capital: "Buenos Aires reconoce la independencia de la Banda Oriental (...) las provincias de Corrientes y Entre Ríos quedan en libertad de erigirse y ponerse bajo la protección del gobierno que gusten" (abril del año 15). La independencia (para dejarlo afuera y condenar a las otras provincias, sin puerto de salida, a seguir sometidas a la capital; ni más ni menos que lo que pasará cuando derroten a los artiguistas). La desvinculación con las ricas provincias de adentro (Córdoba y Santa Fe).

El rechazo artiguista es total. "Regresa ya la diputación que V. E., envió cerca de mí para restablecer la concordia y me queda el sentimiento de no haber podido concluir cosa alguna con ellos. Yo les presenté las proposiciones que creí justas... y me llené de sorpresa al ver las que ellos me ofrecieron en contestación... manifestaban reproducidos los principios detestables que caracterizaron la conducta del gobierno anterior..."

Repite su programa: "la Banda oriental entra en el rol para formar el Estado denominado Provincias Unidas del Río de la Plata... toda provincia tiene igual dignidad e iguales privilegios y derechos y cada una renunciará al proyecto de subyugar a las otras". Buenos Aires insiste, sin suerte: "ambos territorios y gobiernos serán independientes el uno del otro". Pero el General no se traga el anzuelo de la separación, rechazada expresamente aquí. Porque "ni por asomo" (lo había dicho en el 13 ante abiertas maniobras) admite la separación nacional.

Repitamos a riesgo de ser fastidiosos: Buenos Aires lo quiso aniquilar y no lo consiguió. Lo quiso después engañar (con la oferta de la independencia como secesión), y tampoco pudo conseguirlo. Decide traicionarlo, respaldando los planes portugueses.

A mitad del año 16 comienza la invasión de fuerzas portuguesas con la complicidad de Londres y de Buenos Aires. Las viejas apetencias al control de las aguas que bajan desde Matto Grosso (y por eso Colonia, en la misma nariz de Buenos Aires), el afán expansivo con rumbo a las fronteras "naturales", los viejos apetitos sobre los ganados de las ricas praderas orientales, el temor a la propagación del "sistema" artiguista en el sur del Brasil (ya tentado por el separatismo), el interés inglés (tendiente a conseguir que las aguas del Plata resulten fronterizas y por eso abiertas a la navegación extranjera, sin quedar convertidas en "aguas interiores" de un estado federal unido) más la complicidad unitaria, permiten explicar la operación.

Esa complicidad es traición y ponerla al desnudo, hasta su desenlace, motiva estos renglones.

Artigas la sospecha: "Todos tramoyan contra nosotros". Y tiene razón. Manuel J. García, el embajador de

El famoso gesto bravío plasmado por Juan Manuel Blanes en su óleo, muestra el gran caudillo oriental. Buenos Aires intentó contra él, el aniquilamiento, luego el engaño y finalmente la traición.



Pueyrredón en Río, confesaba sus planes: "necesitamos la fuerza de un poder extraño no sólo para terminar nuestra contienda, sino para formarnos un centro comíun de autoridad, capaz de organizar el caos en que están convertidas estas provincias... la extinción de ese poder ominoso (el de Artigas) es igualmente necesario a la salvación del país". Por eso, para vencer "al caudillo de los anarquistas", como lo designa, formula sus ofertas de colaboración, conocidas por los congresales que en Tucumán acuerdan dejar al artiguismo desvalido y formular protestas aparentes contra la intervención y ocupación ("con el objeto de tranquilizarle envía don Miguel Irigoyen cerca de la persona del mismo general Lecor a pedir explicaciones sobre las miras de la expedición portuguesa: para que con este velo pueda cumplir el principal objeto de su comisión reservada", dicen las "instrucciones reservadas" que aprobó el Congreso en Tucumán; la inquietud es un "velo": "le hará ver que los Pueblos recelosos de las miras que podrá tener el Gabinete Portugués sobre esta Banda se agitan demasiado, y esta agitación les hace expresar el deseo de auxiliar al general Artigas", confiesan, sin pudor).Desencadenado el ataque, Artigas lo denuncia: "Buenos Aires... mantiene su comercio y relaciones abiertas con Portugal... conducta criminal y reprensible... Buenos Aires debe franquearnos los auxilios a que siempre se ha negado, o Buenos Aires será el último blanco de nuestro furor". Rondeau escribe a García: "He propuesto de palabra por medio del coronel Pinto al barón de la Laguna que acometa con sus fuerzas y persiga al enemigo (Artigas) hasta el Entre Ríos y Paraná, en combinación con nosotros". Pueyrredón traza las directivas ("retirar inmediatamente todas las tropas que con sus respectivas municiones de guerra se hubiesen mandadado en socorro de Artigas y no prestarle en lo futuro auxilio" y quiere borrar en seguida la huella: "contradecir de un modo solemne, y comprometiendo su dignidad, si fuera preciso (!), la existencia de tales artículos".

Por eso la severidad con que Artigas fustiga, y a fuego, tamaña inconducta: "Yo empeñado en rechazar a los portugueses y vuestra excelencia en favorècerles! (...) Hablaré por esta vez, y hablaré para siempre. Vuestra excelencia es reponsable ante la patria de su inacción y perfidia contra los intereses generales" (en Purificación, a 13 de noviembre del año 17). Tras denunciar el reconocimiento de la ocupación, el general de los Independientes (como se le llamaba en partes portugueses) reprocha al Director: "Crimen tan horrendo no tiene ejemplo y sólo pudieron realizarlo manos impuras. Y vuestra excelencia se atrevió a firmar ese reconocimiento? (...) será eterno oprobio para su nombre". Y a la lista de cargos, agregaba: "También, en fin, logró vuestra excelencia mezclarse para avivar la chispa de la discordia, convirtiendo este país en un incendio; complotándose con los portugueses, tramar la deserción del regimiento de libertos, franquearles el paso y recibirlos vuestra excelencia, en ésa, como en triunfo. Un hecho semejante y de igual trascendencia no puede vindicarse sin escándalo. Y vuestra excelencia es todavía el Supremo Director de Buenos Aires? Un jefe portugués no habría procedido tan criminalmente".

Faltaba, todavía, para cerrar la lista de la iniquidad, el chantaje político abierto. Escribió Pueyrredón al Cabildo de Montevideo: "Las armas, provisiones de guerra y destacamentos... están a disposición de partir luego que me avise V. E. quedar allanadas las dificultades que han ocurrido para ratificarla (al acta que firmaron Durán y Giro, con reconocimiento de la autoridad unitaria porteña; Artigas, implacable, los desautorizó: "el Jefe de los Orientales... ama demasiado su patria para sacrificar este rico patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad"). Pueyrredón acusó al General de querer conformar una nación a-

Segunda página del decreto del Director Gervasio de Posadas, por el cual declaró a Artigas "traidor a la Patria". en el artículo 3º se declara: "Se recompensará con seis mil pesos al que entregue la persona de D. José Artigas, vivo o muerto".

ARTÍCULO PRIMERO.
Se declara á D. José Artigas infame, privado de sus empleos, fuera de la Ley, y enemigo de la Patria.

ARTIC. Como traidor á la Patria será perseguido, y muerto en caso de resistencia

ARTIC. 3º Es un deber de todos los Pueblos, y las Justicias, de los Comandantes militares, y los Ciudadanos de las Provincias unidas perseguir al traidor por todos los medios posibles. Qualquier auxilio que se le dé voluntariamente será considerado como crimen de alta traicion. Se recompensará con seis mil pesos al que entregue la persona de D. José Artigas vivo ó muerto.

ARTIC. 4º Los Comandantes, Oficiales, Sargentos, y Soldados que siguen al traidor Artigas conservarán sus empleos, y optarán á los ascensos y sueldos vencidos, toda vez que se presenten al General del Exército Sitiador, ó á los Comandantes y Justicias de la dependencia de mi mando en el término de 40 dias contados desde la publicacion del presente Decreto.

ARTIC. 5º Los que continuen en su obstinacion y rebeldía, despues del término prefixado, son declarados traidores y enemigos de la Patria. De consiguiente, los que sean aprehendidos con armas, serán juzgados por una Comision Militar, y fusilados dentro de 24 horas.

ARTIC. 6º El presente Decreto se circulará á todas las Provincias, á los Generales y demas Autoridades à quienes corresponda: se publicará por Bando en todos los Pueblos de la Union, y se archivará en mi Secretaría de Estado y de Gobierno. Buenos Ayres Febrero 11 de 1814.=*Gervasio Antonio de Posadas.*=*Nicolas de Herrera*, Secretario.

Imprenta de Niños Expósitos.

parte. Barreiro contestó: "Jamás nosotros podríamos caer en el delirio de querer constituir solos una nación".

La resistencia se desmoronaba, tras graves reveses. En Ibiracohay, frenaron el avance de Berdum, lugarteniente de Andresito Artigas, en suelo portugués: En Carumbé, derrotaron al propio General. En India Muerta vencieron a Rivera, y tuvieron el camino libre hacia la capital. Al terminar el año 16, los ocho mil soldados artiguistas están reducidos a la mitad, apenas (3.200 muertos, casi 400 prisioneros; 1.600 fusiles perdidos, 15.000 caballos capturados por el enemigo. A comienzos del año 17, toman Montevideo, que les abrió sus puertas, jubilosa. Volvieron a vencer en Arapey, Catalán, Aguapey, Puntas de Valentín, Queguay y Arroyo Grande. Lavalleja, Otorgués y Andresito eran ya prisioneros de los portugueses. Se avecina el colapso final artiguista: la derrota de Tacuarembó.

De acuerdo con los partes portugueses, los atacantes dejaron un muerto y tuvieron cinco heridos en la operación. Los artiguistas, pillados por sorpresa, desmontados, y después perseguidos en una cacería, dejaron en el campo quinientos heridos y ochocientos muertos. Los portugueses también consiguieron robar la caballada (5.400 animales), dejando a la guerrilla sin movilidad. Al mes, exactamente, el general Rivera le ofrece sus servicios a Lecor. Derrota, desbandada y deserción.

No todo, sin embargo, pintaba tan oscuro. El 9 de enero del 20 estallaba un motín federal en San Juan. Santiago del Estero también se aprontaba para romper los vínculos con Tucumán y proclamarse "uno de los territorios unidos de la Confederación del Río de la Plata" comunicando al general Artigas la resolución. Pero hay más y mayor.

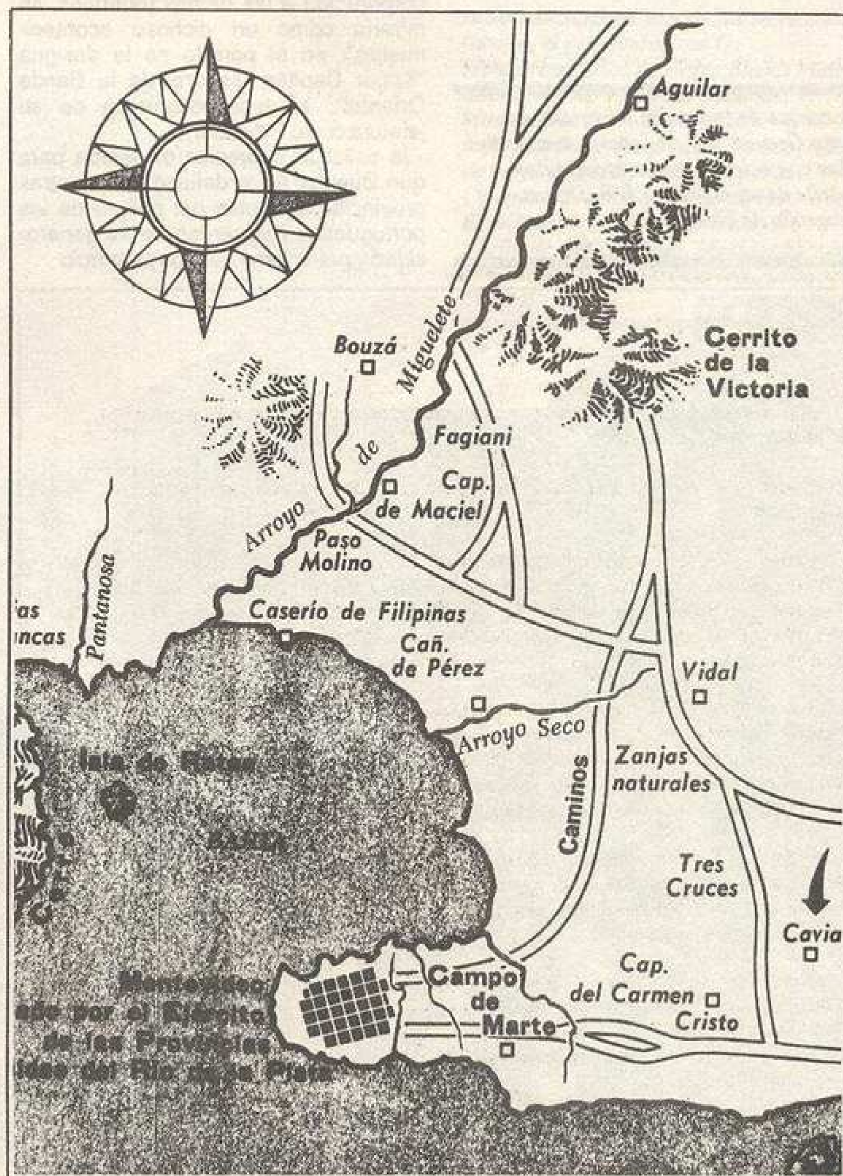
El 1º de febrero, a diez días del revés artiguista de Tacuarembó (ocurrido el 22 de enero de aquel año 20), las tropas federales de dos de las provincias de la Liga batieron al ejército porteño arrolladoramente. Estanislao López, jefe de Santa Fe, y "Pancho" Ramírez, jefe del Entre ríos, derrotaron, sobre la cañada de Cepeda, al ejército porteño de Rondeau.

Artigas, ya vencidos por los portugueses, les ordena a sus lugartenientes que curcen en auxilio de sus fuerzas. López y Ramírez vacilaron... y desacataron. Optaron por seguir a Buenos Aires, cobrando la victoria conseguida.

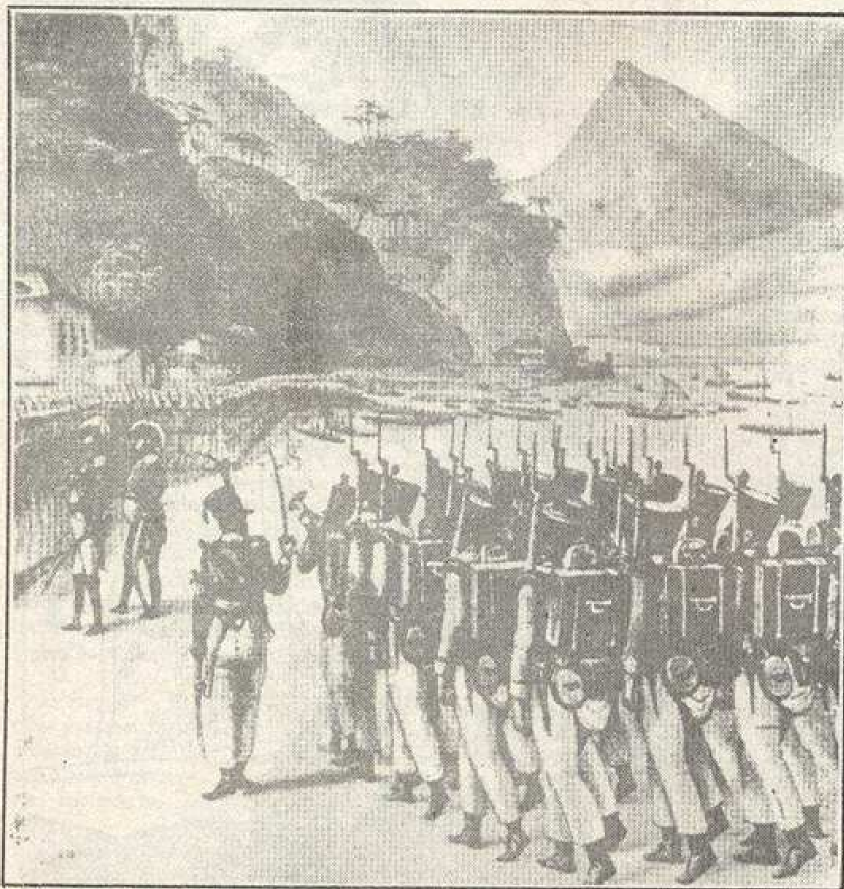
"Triunfaron los libres en las inmediaciones del Pergamino contra el Tirano porteño", comunicó Ramírez al cabildo entrerriano. Buenos Aires se aterrorizó. "Como en el día no hay en la ciudad soldados de línea y van renunciando los empleados políticos, militares y diplomáticos, es muy de temer una malonada o que los negros argentinos, únicos en la guarnición, los influyan a acometer algún mal efecto y se salgan con su empresa", escribió, temeroso, el coronel García. Beruti era más claro. Escribió en sus memorias que la patria quedaba "expuesta a ser víctima de la ínfima plebe, que se hallaba armada, insolente y deseosa de abatir la gente decente, arruinarlos e igualarlos a su calidad y miseria... por lo que se ve esta capital es una verdadera anarquía: cada uno hace lo que quiere y la plebe insolentada".

Pero Buenos Aires tenía una baraja. Delegó en Sarratea, enconado enemigo de Artigas desde los viejos tiempos del Ayuí, la representación. Electo "por el pueblo" según dice Mitre; por 182 vecinos en esta ciudad que con-

Plano del Sitio de Montevideo. A la derecha se indica con una flecha la "casa de Cavia", donde se realizó el Congreso del 5 de abril de 1913 convocado por Artigas para resolver si se juraba o no obediencia a la Asamblea.



Embarque de las tropas imperiales en Playa Grande, Río de Janeiro, con destino a las operaciones contra Montevideo. Detalle de un dibujo de J. B. Debret. Litografía de Thierry, París.



taba con 60 mil habitantes. Vicente Fidel López nos recordará que "los gauchos hollaron las calles de la capital con su asquerosa inmundicia" Lograr la evacuación era pues el primer objetivo porteño.

Mientras Artigas multiplica sus órdenes desesperadas (porque la jefatura depende de la fuerza con que se la sostenga y el Jefe la perdió), se cocinaba el pacto del Pilar (23 de febrero del 20). en lo sustancial establece:

- la paz ("cesarán las hostilidades desde hoy");
- la evacuación ("dará principio a su retirada el Ejército Federal, hasta pasar el Arroyo del Medio");
- el pacto federal ("se han pronunciado a favor de la federación");
- la invitación al general Artigas para que se sume ("se ha acordado remitirle copia... para que siendo de su agrado entable desde luego las relaciones que puedan convenir a los intereses de la Provincia de su mando cuya incorporación a las demás federales, se miraría como un dichoso acontecimiento"; en el párrafo se le designa "Señor Capitán General de la Banda Oriental": el desconocimiento de su jefatura como Protector);
- la solicitud imprecisa de ayuda para que Buenos Aires defienda a las otras provincias firmantes del peligro de los portugueses ("aguardan de su generosidad y patriotismo auxilios proporcionados a lo arduo de la empresa"); confidencialmente Ramírez confesaba al chileno Carreras: "No he anoticiado a la Provincia del auxilio que se nos presta, porque me abochorno, y a la vez causaría una exaltación general en los paisanos" (Mansilla recordaba unos años más tarde que anticipó a Ramírez su impresión con respecto a la actitud de Artigas que a su entender "no ratificaría" lo pactado; "Ramírez me contestó que si Artigas no aceptaba lo hecho, lo pelearían").

Resumiendo: acuerdo federal (la victoria ideológica del artiguismo), desconocimiento de la jefatura personal de Artigas y silencio sobre la situación de la Banda Oriental, ocupada por el enemigo.

El Jefe les reclama que declaren la guerra a Portugal. Ramírez le contesta airadamente: "Por qué extraña V. S. que no se declare la guerra a Portugal? O V. S. no conoce el estado actual de los pueblos?... Qué interés hay en hacer esta guerra ahora mismo y en hacerla abiertamente? Cuáles son sus fondos, cuáles sus recursos? Cuál es, en una palabra, su poder para repartir... su atención del primer objeto, que es asegurar el orden interior?" Y con más insolencia: O cree V. S. que por restituirle una provincia que ha perdido, han de exponerse todas las demás con inoportunidad? Aguarde V. S. la reunión del Congreso, que ya se hubiera celebrado a no hallar entorpecimiento de su parte..." A la vez se divulgan versiones con respecto a ciertas cláusulas secretas de aquel compromiso, alentando la suposición de que Ramírez busca aniquilar los restos artiguistas con los auxilios de la capital. Artigas lo creyó. Anunció que "corría a salvar a Entre Ríos (del insubordinado). Ramírez (al que ya le pasaron un cuarto de millón) replicó, más airado: "La provincia de Entre ríos ni necesita su defensa ni corre riesgo de ser invadida por una potencia extranjera interesada en acabar la ocupación de la Provincia Oriental, a la que debió V. E. dirigir sus esfuerzos..." En Avalos el Jefe convocó sus últimos aliados de la Banda Oriental, Misiones y Corrientes, decidido a librar la batalla final por su causa.

Multiplica, entre tanto, las duras reprimendas contra Pancho Ramírez: "El objeto y fines de la Convención del Pilar celebrada por V. S. sin mi autorización y conocimiento, no han sido otros que confabularse con los enemigos de los pueblos libres para destruir su obra y atacar al jefe supremo que ellos se han dado para que los protegiese; y ésto sin hacer mérito de otros muchos pormenores maliciosas que contienen las cláusulas de esa inicua convención y que prueban

la apostasía y la traición de V. S... V. S. debe ver que con su conducta audaz e imprudente provoca mi justicia y... no puedo excusarme de pedirle cuentas y de prevenirle que si no retrocede en el camino criminal que ha tomado, me veré obligado a usar de la fuerza, pues yo también tengo que arrepentirme de haberlo propuesto al amor de los Pueblos Libres, para que hoy tenga los medios de traicionarme". Le reprocha el crimen de haber detenido un envío de armamentos con destino a Corrientes que Ramírez logró interceptar y tras calificarlo como "avilantez", concluye, con furor: "Esta es una de las pruebas más claras de la traición de V. S. y dela perversidad que se ocultaba en la convención del Pilar; y no es menor crimen haber hecho ese vil tratado sin haber obligado a Buenos Aires a que declarase la guerra a Portugal... Esa es la peor y más horrorosa de las traiciones de V.S.".

Ramírez, desatado, se lanzó a perseguir las fuerzas artiguistas. Las batió en Gualeguay, Yuquerí, Macoretá, Mandisoví, Sauce de Luna, Osamenta, María Madre, Avalos y Cambay. "Gloria a la Patria!", celebró en Las Tunas: "En este día acabo de exterminar... al tirano Artigas el despotismo de ese monstruo". Y sentenció, enconado: "su Provincia misma ha tenido el heroismo de repelerlo". Le pidió cuatro veces auxilios a López, que no contestó, más prudente (recibió después de un acuerdo en Benegas 25 mil animales para repasar el arroyo del Medio; se aprestaba a enfrentar a Ramírez, y pronto, matarlo). En las escaramuzas posteriores se enfrentaron López y Dorrego. Y López le mostró los papeles porteños, incautados por él en Buenos Aires, "en que se convenía no tomar parte activa por la ocupación de las tropas lusitanas en la Banda Oriental". Lo relató Dorrego unos años después en el Congreso. Con este subrayado: "No me cansaré de repetir: he leído el documento, y a presencia del Sr. López; a pesar de todos los argumentos que se quieran hacer, nadie me quitará el haberlo leído".

La prueba irrefutable de la felonía.



Artigas dictando a uno de sus secretarios (abajo), el presbítero José G. Monterroso. Oleo de Pedro Blanes Viale, detalle. Museo Histórico Nacional, Montevideo. R. O. del Uruguay.
Juan Martín de Pueyrredón (arriba). El 3 de mayo de 1816 fue elegido por el Congreso director Supremo de las Provincias Unidas. Miniatura sobre marfil, de Smiller, 1823. Medidas 55 y 65 mm. Museo Histórico Nacional, Capital Federal.



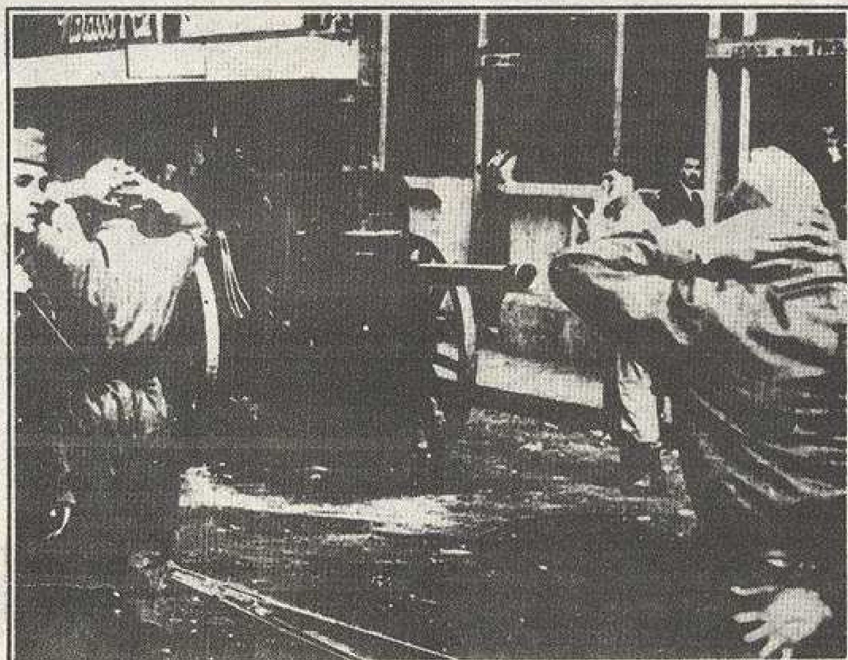


1955: LA HORA DEL TERRORISMO

ESCRIBE: DANIEL ADRIAN DI GIACINTI

La revolución de setiembre de 1955 estalló en la ciudad de Córdoba, al mando del Gral. Lonardi. La arenga a sus tropas evidenciaba el espíritu terrorista: "procedan con la mayor brutalidad"

La puerta del despacho del comandante en jefe del ejército argentino se abrió violentamente y en un tumulto atropellado un grupo de jóvenes oficiales, pistolas en mano, encañonó a los asistentes a la reunión y exigieron a viva voz la aceptación de la renuncia del Presidente Perón. Eran: El Gral. Francisco Imaz y los Tenientes Coroneles Pedro A. Pujo Ricci y Carlos J. Rosas y el mayor auditor Fernando Allga García. Frente a la audacia desplegada por los conspiradores se desnudaba la actitud dubitativa y avergozada de los partícipes de la reunión que eran todos los generales en actividad de las Fuerzas Armadas. La escena parecía irreal, el grupo rebelde representaba al foco de rebelión que Lonardi mantenía en la ciudad de Córdoba y a la Marina, que ya había bombardeado la destilería de Mar del Plata y los cuarteles de la artillería antiaérea. Eran fuerzas numéricamente ínfimas comparadas con el poder de fuego de las tropas leales; no habían sido casuales las palabras de Lonardi al Coronel Ossorio: "...Buenos Ossorio, creo que hemos perdido, pero no nos rendiremos. Vamos a morir aquí... "El General se llevaría una grata sorpresa, y no sería el único...



El arrullo adormecedor de la lluvia golpeando sobre la estructura metálica del colectivo había vencido a sus sentidos y el chofer dormitaba plácidamente esa noche tensa de setiembre de 1955 en la plaza de Retiro, cuando entre el sopor de la fantasía percibió que algo lo tironeaba hacia la realidad; era una voz. Una imagen familiar fue reconstruyéndose entre las tinielas de sus pupilas atontadas: ¡El presidente Perón! Sin poder creerlo, pegó un brinco como un autómata y rápidamente bajó a cumplir con el deseo de su líder amado. ¡Sí! Era Perón quien con una sonrisa que no terminaba de disimular su ánimo tenso, le solicitaba ayuda para sacar el Cadiliac de la embajada paraguaya que no había podido sortear un enorme charco.

Sin hacerse rogar, el chofer ató el automóvil a su colectivo y llevándolo al remolque fue guiado velozmente hasta una de las radas del puerto, donde se balanceaba pesadamente un barco paraguayo. Perón, el hombre que había despertado las intrigas de los mayores líderes del mundo: Stalin, Roosevelt, Churchill, quienes lo nombraban con la frecuencia que sólo los grandes temas despiertan. El hombre más poderoso de la argentina, el más odiado y el más amado; ese mismo hombre debía huír amparado por la oscuridad y en un barco extranjero.

¿Dónde estaba el pueblo que lo había votado en la última elección dándole el triunfo con más de los dos tercios de los votos? ¿Qué había ocurrido con los dirigentes peronistas que se desgarraban las vestiduras al grito de: ¡la vida por Perón! ¿Por qué lo habían traicionado sus propias fuerzas armadas, las mismas que habían sofocado rápidamente la "chirinada" de Menendez y la furia asesina

del bombardeo del 16 de junio?Retrocedamos un poco en la historia.

LAS MANOS LIBRES DEL IMPERIALISMO

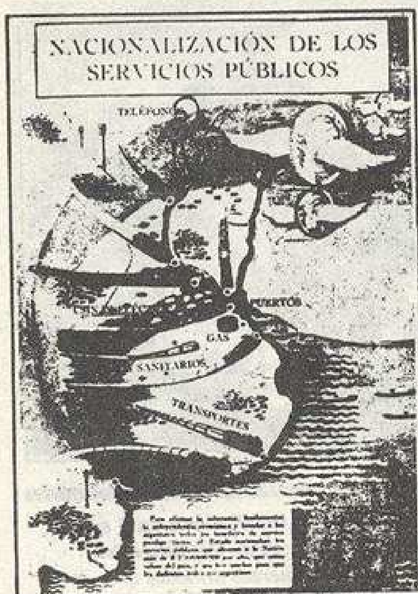
El comienzo de la década del 50 significó el fin efectivo de la segunda guerra mundial. El mundo se enfrentaba a una realidad distinta donde Inglaterra había sido desplazada de su hegemonía mundial por dos nuevas superpotencias: Rusia y Estados Unidos. Ambas mantendrían una lucha de postguerra hasta afianzar y consolidar sus fronteras y ya finalizada esa etapa se abriría la de la coexistencia pacífica donde cada uno de los amos debería poner orden en sus respectivas estancias. Sin embargo el "ordenamiento" se enfrentaría a un elemento nuevo que impediría repetir las fórmulas anteriores a la segunda guerra mundial. No había ya espacio para la "política del garrote". Se hacía cada vez más difícil poner en marcha procesos de ocupación como los usados por Roosevelt contra Cuba, Puerto Rico, Panamá y la República Dominicana. Tampoco se podría imponer la antigua política colonialista inglesa de comprar y controlar una clase dominante de diputados, abogados y gerentes de las empresas radicadas en las colonias, sostenidas, sostenidos por un marco de legalidad jurídico que sirviera de pantalla. La evolución de la humanidad avanzaba imperturbable y la masificación de la discusión política se hacía inevitable. La tecnología aportaba elementos que modificaban profundamente las actividades culturales de los pueblos, y el cine y la radio comenzaban a transformar las intimidades del hombre. Con su crecimiento y expansión comenzaba el extraordinario proceso de masificación de las relaciones sociales y culturales, y como consecuencia, también, de la política. Esta dejaba de ser dominio de las clases pudientes y letradas y pasaba a discutirse en los bares, en los lugares de trabajo y en la calle con una pasión inusitada. La comunicación ponía en la mente de millones de personas los elementos culturales necesarios para racionalizar su pensamiento político y de esta manera la masa tendría la posibilidad no ya de participar como elector de las distintas posturas y alternativas, sino como ejecutar racional de las mismas. Y no sería tan sencillo poner un bozal a las voces de los pueblos que ellos mismos estaban esclareciendo. Por tanto era fundamental impedir que los medios de comunicación y la consecuencia de su desarrollo transformara y despertara la conciencia de los pueblos soguzgados y los organizara políticamente en contra. Para ello se debía impedir que la participación y la discusión encontrara frente a sí un marco organizativo que la transformara en una acción permanente ya que ello produciría la inevitable maduración política y cultural.



El 20 de setiembre Perón se asiló en la embajada paraguaya. Sus dirigentes políticos y las fuerzas armadas lo traicionaron, sólo el pueblo su mantuvo fiel y eso no alcanzaba.

El camino para evitarlo era el de mantener a toda costa los sistemas demoliberales de participación, la política debería ser ejecutada solamente por los dirigentes polfoticos y el pueblo votar y consumir. Debería inculcarse el modelo ejercido por el país central, ocultando obviamente que la participación en un país consolidado institucionalmente es diferente a la de un país periférico y subdesarrollado. En el primero la actividad política simplemente mantiene el sisema funcionando en orden, y consolidando diariamente un modelo de nación no discutido por las partes. En cambio en el segundo la causa de su estado colonial radica justamente en las graves contradicciones que enfrentan a sus posturas políticas internas, y sólo podrán resolverse aumentando la conciencia de su comunidad. Para ello la actividad política debe multiplicarse hasta lograr la maduración que de sostén a un proceso revolucionario que impugne al sistema dominante. Era vital entonces lograr el control de los medios de comunicación y de todas las estructuras de la política cultural para poder alimentar a las colonias con la transmisión de su forma de vida, de sus ídolos, sus modelos, ya que como dijimos, el consumismo liberal había dejado muy atrás la etapa de la discusión y de la lucha interna y externa que le había permitido liberarse Inglaterra, y transitaba la calma de la etapa institucional. Esos modelos traspasados a una comunidad donde lo fundamental era justamente lo contrario produciría el efecto de adormecer las pasiones y frenar la participación.

Estas eran las claves de la nueva etapa, imponiendo estas consignas se conseguirían pueblos sumisos y desorganizados, no concientes de su digni-



Desde el Estado, Perón puso al servicio de la revolución su primer Plan Quinquenal. Entre sus medidas vemos la propagandas de la nacionalización de los Servicios Públicos (abajo), y la creación del IAPI (arriba).



dad, y dirigentes políticos confundidos e incapaces, lo que permitiría bucear en su consecuente desorganización y acentuar las contradicciones coyunturales entre las distintas posturas internas enfrentándolas para debilitarlas. Con estas normas entonces el nuevo amo de occidente volvió la mirada a sus posesiones y especialmente a la más rebelde de todas: la Argentina.

LA REVOLUCION JUSTICIALISTA

La Segunda Guerra Mundial, había permitido en la Argentina el desarrollo de un proceso de industrialización que sustituía las importaciones que Inglaterra no podía proveer por su participación en el enfrentamiento entre los poderosos de la tierra. Estas circunstancias había permitido a un grupo de jóvenes oficiales conducir un proceso político sustentado por dos consignas básicas: la independencia económica al servicio de la soberanía política. Sin embargo, el coronel Perón -uno de los responsables del grupo- empezó a desplegar un inusitado interés por una tercera concepción desconocida hasta entonces: la justicia social. Para ello en noviembre de 1943, solicitó una olvidada y fría oficina: la Secretaría de Previsión Social, e inmediatamente comenzó a adoctrinar a los dirigentes sindicales, y a incitarlos a abandonar una actitud puramente reivindicativa y organizarse políticamente para participar del poder del Estado. Los responsables del sindicalismo argentino que mantenía totalmente anarquizado al movimiento obrero, comenzaron a frecuentar masivamente la secretaría del Coronel. La increíble percepción de Perón había comprendido cuáles eran las claves de la nueva etapa y sabía que la única herramienta capaz de darle el triunfo sobre los enemigos de la Nación, residía en la conciencia del pueblo organizado. Para ello debería comenzar por despertar a los trabajadores de una situación de decadencia y desorganización, provocadas por años de injuria, pobreza y desolación. Era necesario provocar un proceso de justicia social que era el paso obligado para elevar la conciencia política ya que sólo un hombre digno es capaz de generar acción política. Así comenzó entonces la primera etapa de la revolución que el líder sintetizó como del despertar de la conciencia social. Veamos sus propias palabras: "... si ustedes echan una mirada retrospectiva al año 1944, podrán observar que cuando comenzamos a luchar en la Secretaría de Trabajo, nos encontrábamos ante un movimiento sindial embrionario, fraccionario en muchos casos, circunstancial en otros casos, y en otros casos, y en otros momentos, irreal. En el país, una conciencia netamente capitalista había suplantado a la conciencia social. La conciencia social sólo estaba en algunos núcleos. A nadie le interesaba la suerte de nadie, salvo su propia suerte, aún cuando ésto representara la desgracia de los demás. En fin: un país sin una conciencia social. Esto se ha ido trabajando, se ha ido desarrollando, porque las tareas de las grandes comunidades son más que nada tareas de tiempo y de repetición de las cosas, para ir desarrollando en los hechos mismos, que son la mejor escuela, los valores que caracterizan a las comunidades civilizadas.

En ese sentido comenzamos desde la Secretaría de Trabajo - el anterior Departamento Nacional del Trabajo- a lanzar a toda la población trabajadora argentina los llamados de una antena invisible pero de un efecto extraordinario, que llamaba a una nueva conciencia social, llamaba al pueblo a desarrollar y a poner en ejecución ideas que representaban una nueva conciencia social. Esto fue penetrando paulatinamente en la colectividad; luego pasó a impregnar las grandes comunidades y, finalmente, saturó total y absolutamente al país. Podríamos decir que aún dentro de las fuerzas patronales en nuestros días, la explotación del trabajador por parte del capital resulta una cuestión que repugna al espíritu de la misma gente que forma la clase patronal. Una conciencia social ha reemplazado el sentido de una comunidad egoísta y desaprensiva con respecto a los problemas que se presentan en la vida y la felicidad de los hombres de trabajo dentro del pueblo. Esta es una conquista, y sobre todo una de las mejores conquistas, porque son conquistas sobre el espíritu, que son las más grandes."

Para el cumplimiento de esa concientización Perón puso en marcha todas sus herramientas, todas sus fuerzas y bajo su impulso arrollador se fueron alcanzando importantísimos triunfos sociales. Citemos algunas leyes promulgadas: La ley Nº 23.852 de Asociaciones Profesionaes, que prohibía la intervención del Estado en los sindicatos, reconocía la personería gremial para discutir a los sindicatos mayoritarios e impedir la multiplicación de pequeños sindicatos ficticios de tipo patronal utilizables contra el gremio, el Estatuto del Peón del campo, la ley Nº 31.665 de jubilaciones para la protección de todos los trabajadores, la ley nº 33.302 fue creaba el Instituto de Remuneraciones, las vacaciones pagas, el aguinaldo, pago hasta seis meses por enfermedad, indemnización

por despido o fallecimiento, la creación de los Tribunales de Trabajo, etc. Esta concepción de la política nueva revolucionaria no fue comprendida por sus camaradas del GOU que mantenían las banderas del viejo nacionalismo, y bajo la presión de la oligarquía, aislaron y encarcelaron a Perón. Las heroicas jornadas populares de octubre del 45 sin embargo liberarían, y lo conducirían a la conducción del nuevo movimiento político y finalmente, elecciones mediante el poder. Desde el gobierno, Perón sumó todo el poder del Estado al servicio de la consigna de la dignificación del pueblo, que se traducía en su primer Plan Quinquenal donde impulsaba el desarrollo de una industria liviana, ya que la misma como productora de bienes de consumo significaba una política de plena ocupación, de altísimos salarios, de gran mercado interno, produciendo un proceso aceleradísimo de la elevación del nivel de vida. Perón era conciente de que esta época de avance extraordinario dependía de una coyuntura internacional que se cerraría luego de las luchas de post-guerra y que luego volvería al enfrentamiento, entonces apostó todas sus fuerzas a lo que él creía impenetrable a la maquinaria cultural y política del imperialismo: la conciencia dignificada de la clase trabajadora. Este extraordinario desarrollo de justicia social que Perón imprimió a su primer Plan Quinquenal tenía este propósito y sólo desde él puede explicarse. Por supuesto que el mismo necesitaba ir acompañado de una serie de elementos fundamentales para el desarrollo económico independiente, entre ellos nombraremos suscintamente : el control por el Estado del aparato financiero, la nacionalización de los teléfonos, la creación del IAPI, es decir el control estatal del Comercio Exterior, la creación de la Flota Aérea del Estado, la duplicación del tonelaje de su marina mercante, etc.

EL LIDERAZGO

La primera etapa de la resolución terminaba triunfal, las masas argentinas habían comprobado en su propia experiencia los logros a los cuales podía llegar un pueblo organizado, habían adquirido conciencia de su jerarquía humana y sabían de su poder político. Tan extraordinario avance descansaba sobre una organización política que tenía como metodología al liderazgo. En esta etapa se consolida el lazo de amistad entre los humildes y su líder, era la comunicación de ese despertar producido el 1º de octubre de 1945 cuando el pueblo salió a la calle absolutamente sólo arrolló toda una concepción liberal de la política, dejó atrás a sus pseudo dirigentes, a los partidos políticos, a los medios de comunicación, absolutamente a toda la argentina visible y se jugó por un amigo. Ese día conocido en el mundo como el día de la lealtad había tenido su profundización en la primer etapa de la revolución. No era una convicción ideológica, sino una fe, un lazo de amistad que duraría más de tres décadas.

UNA MUJER

El imperialismo sabía que solidaridad social era su peor enemigo, por eso muchos años más tarde cuando la oligarquía le abriera de par en par las puertas de la argentina, tomaría el control de los medios de comunicación de masas y especialmente el más revolucionario de todos: la televisión, y bombardearía masivamente a la comunidad con su falsa mística de democracia, libertad y justicia, encarnada en personajes míticos, héroes individuales, vaqueros u hombres con superpoderes. Reales o irreales éstos modelos serían instrumentados por toda la maquinaria cultural de occidente para demostrar el triunfo del individualismo, y de esta forma intentaría imponer su mística: el egoísmo social. Sin embargo también eso había sido abortado de raíz en la Argenti-

Sólo el terrorismo quedaba como método para dealojar a Perón del poder. A él apelaron las fuerzas revolucionarias de "La Revolución Libertadora".



pesar de la mentira, la diatriba y el ocultamiento el pueblo tenía ya su ídolo, diametralmente opuesto en su esencia, que no provino de ningún mundo de fantasía pero que también tenía enormes poderes, y que sin embargo no eran sobrenaturales, que a pesar de no volar había logrado tender un lazo de amor con todos los desposeídos de la Argentina y que pese a no tener superfuerza, la había suplantado con una enorme convicción que la había llevado a sobrellevar su debilidad a costa de su propia vida. Ese ídolo había desruído con su ejemplo el alma del individualismo egoísta y con su amor mostró el único camino posible: la solidaridad. Ese ídolo tenía forma de mujer y el pueblo la llamó simplemente: Evita. Su ejemplo desde La Fundación Eva Perón, se transformó en la mística de la revolución, que, con ella y el liderazgo de Perón, afrontaba su segunda etapa.

LAS ORGANIZACIONES LIBRES DEL PUEBLO

Veamos cómo caracterizaba el propio Perón al segundo Plan Quinquenal:

"Nosotros pensamos que si el primer Plan Quinquenal fue el de la organización de la conciencia social, el Segundo Plan Quinquenal ha de ser el de la consolidación de esa conciencia social en los hechos de la organización misma, alcanzando un alto grado o un grado mayor de eso, que es la solidaridad social.

La solidaridad social es el sentimiento de aglutinación orgánica que necesitan todos los que forman la organización popular. El sentido de la solidaridad social, que lleva a la solidaridad nacional, que es otro grado mayor, es lo que nosotros debemos desarrollar en este Segundo Plan Quinquenal, en lo que se refiere a la conquista de la organización popular.

Yo creo, y soy un convencido de ello, que no se puede practicar una democracia, en ningún país del mundo, sin una organización popular. Si la democracia es el gobierno del pueblo, ¿cómo puede ejercerse desde el pueblo si no existe una organización que la haga real y efectiva? ¿Ustedes creen que los gobiernos de la oligarquía podían ser considerados gobiernos democráticos? ¿A quiénes representaban ellos? A un pequeño sector de privilegiados dentro de la comunidad argentina. ¿Cómo va a ser eso un gobierno democrático, un gobierno popular? El gobierno popular es el que surge del pueblo, representa al pueblo y es un instrumento del pueblo. Y ésto solamente puede alcanzarse a través **ponga el gobierno y que imponga al gobierno lo que tiene que hacer.** Esa es la democracia como la entiendo yo; y no una democracia falsificada, como la que vemos en todas partes. Por eso, en el segundo Plan Quinquenal, nosotros propugnamos la organización integral del pueblo. Sólo con esa organización integral del pueblo se va a tener la realidad democrática con que muchos pueblos sueñan en el mundo. Claro que para alcanzar ésto tenemos que luchar contra las oligarquías, y las oligarquías no se entregan, están agonizando, pero todavía "patean".

El objeto era claro y concreto, había que romper con los modelos de participación política del sistema demoliberal ya que la maduración de esa solidaridad social para alcanzar la solidaridad nacional implicaba la concientización de todos los sectores de la comunidad, no solamente la de los trabajadores. Era necesario integrar a la revolución a todos los sectores que aún no pertenecían al movimiento nacional a pesar de que acompañaban el proceso. Estos sectores: los intelectuales, los profesionales, los artistas, sólo se los podía incorporar ideológicamente, culturalmente, y a eso se abocó Perón rápidamente en una carrera contra el tiempo. Era necesario poner en marcha los modelos ideológicos que caracterizaran a la revolución.

Sin embargo necesitaba en esta maniobra el auxilio imprescindible de sus dirigentes. Creó la Escuela Superior Peronista y desde ella explicó cuál era la metodología para profundizar la revolución incorporando a los sectores que más tarde llamaría intermedios, es decir que están en tránsito entre el pueblo y el imperialismo. Así explicó, fundamentales leyes metodológicas para ordenar la actividad de los militantes peronistas.

Sumó a ello su propia prédica y desde el Congreso instó a todos los sectores a romper con los modelos de participación liberales:

"...1 - Es necesario y urgente que las organizaciones del pueblo, sociales, económicas, políticas y culturales se desarrollen y consoliden en toda la Nación siguiendo en lo posible el sistema de nuestra organización política federal.

2 - El gobierno anhela que las organizaciones del pueblo actúen libremente. No les imponemos más que la condición legal de que concurran a afianzar, en el orden interno, y en orden internacional, la justicia social, la independencia económica y la soberanía política de nuestro pueblo.

3 - Resulta imprescindible, por lo

Eva Perón se transformó con su ejemplo en la mística revolucionaria que necesitaba la argentina: su bandera fue la solidaridad social.



tanto, que todas las organizaciones del pueblo conozcan y comprendan los principios fundamentales de la Doctrina Nacional. Ella les dará unidad de concepción para realizar sus fines con unidad de acción y les facilitará la convivencia solidaria con las demás organizaciones.

4 - Las instituciones sociales, económicas, políticas y culturales de la nación no deben olvidar que ellas personifican al pueblo. Son el cuerpo del pueblo argentino, vivificado por el espíritu de la Doctrina Nacional. Estas condiciones establecen por sí mismas la responsabilidad que han asumido.

5 - Es aconsejable que las organizaciones de pueblo se desarrollen sobre los principios orgánicos funcionales de simplicidad, objetividad, perfectibilidad y estabilidad impuestos por la experiencia universal en todas las organizaciones que han cumplido eficientemente las finalidades que inspiraron su creación.

6 - Es necesario coordinar las funciones que cumplen las organizaciones del pueblo. Esta tarea de coordinación debe ser llevada a cabo por las mismas organizaciones del pueblo conducidas por el gobierno. Deberán armonizar para ello sus funciones sociales, económicas, políticas o culturales. Deben tener en cuenta que una organización del pueblo es sólo "preponderantemente" social, o económica, o política, o cultural; pero ninguna de ellas es "absolutamente y totalmente" social, o económica, o política, o cultural.

7 - Señalo también como absolutamente necesario acordar la acción de las organizaciones del pueblo con las que deben cumplir concomitantemente, y según sus propias responsabilidades, los organismos de conducción y de ejecución del gobierno y del Estado. Esta norma determina implícitamente la necesidad de armonizar las estructuras orgánicofuncionales del gobierno y del Estado con las estructuras orgánicofuncionales del pueblo. Gobernaremos libremente elegidos por un pueblo libre por su justicia social, por su independencia económica y por su soberanía política. Gobernaremos con el pueblo, con la "participación en el Gobierno" de sus organizaciones responsables. Cumpliremos así la primera verdad del peronismo, que constituye los fines de la verdadera democracia. Nuestro gobierno será, tal y como lo anhelamos, gobierno de conducción: posición de justicia y de armonía entre las concepciones liberalistas de los gobiernos que todo lo dejan abandonado al imperio del libertinaje individual, y las concepciones colectivistas que todo lo subordinan a la suprema decisión dictatorial".

Era la revolución integral, una nueva visión del hombre concebido en su máxima aspiración que es la creatividad y racionalización política. La responsabilidad del hombre era concebida por el justicialismo como una responsabilidad sobre el poder máximo: el de la Nación.

Sin embargo sus palabras y sus esfuerzos fueron cayendo en el vacío. Sus dirigentes asentían ceremoniosos, pero nada entendían. Sólo desplegaban sus esfuerzos en las maniobras políticas coyunturales y rosquitas de caudillitos, la historia les pasaba por al lado y no la veían. No solamente no comprendieron el camino estratégico de Perón sino que comenzaron primero a transformarse en una pesada burocracia y luego a enfrentar al propio Líder. La silbatina a Espejo y el Cabildo Abierto son ejemplos de las maniobras que tenía que hacer Perón para poner en caja a sus propios dirigentes.

Y los intelectuales... veamos algunas declaraciones de sus figurones más destacados: Julio Cortázar discurseó antes de adoptar la ciudadanía francesa: "prefiero ser nada en una ciudad que lo es todo, a ser todo en una ciudad que no es nada"; Victoria Ocampo servía té a los ilustres visitantes y Silvina Bullrich filosofaba: "París es mi hogar, Buenos Aires mi oficina". Pobres criaturas, su pueblo las reclamaba para los puestos más honrosos, para ponerse al frente de una revolución trascendente y los desoyeron. Prefirieron el rechazo racista a aceptar poner sus genios y su creatividad al servicio de una causa justa. No entendieron que las grandes ideas donde parasitaban sus pensamientos, provenían de intelectuales que habían sido más dignos que ellos y que interpretando a sus pueblos se pusieron a la cabeza de la revolución que hizo a sus concepciones universales.



El terror tuvo su pequeño consenso social, donde participaron distintos sectores gorilas, entre ellos, la alta jerarquía eclesiástica.

EL FRACASO DE PERON

En su libro "Rosas, nuestro contemporáneo" el maestro Rosa demuestra que el Restaurador es un hombre que lucha contra su tiempo, "Parece más de la segunda mitad del siglo XX (tiempo de nacionalidades, de advenimiento de las masas, de defensas heroicas de la soberanía, de lucha contra los imperialismos), que de la primera mitad del siglo XIX que le tocó vivir cuando los imperios se extendían sin vallas, no gobernaban las masas, y los intelectuales se perdían entre las palabras del liberalismo... "A Perón le pasó algo similar. Cuando el triunfalismo de los vencedores de la segunda guerra se expandía como un viento purificador de paz, de justicia de democracia y libertad, él comenzaba a hablar del tercer mundo, cuando el consumismo liberalista alcanzaba su cenit, él requería conciencia social; cuando el espíritu del individualismo se expandía por todo occidente, él hablaba de solidaridad. Su mundo de participación de las masas en el rol revolucionario de la creatividad y la conducción política, aún hoy suena imposible.

Sus concepciones eran de una profundidad tal, que no eran comprendidas por sus dirigentes. El pueblo trabajador lo seguía con una fe inquebrantable, pero eso no alcanzaba. La revolución se había detenido al no poder ganar la batalla de la discusión ideológica y al no poder incorporar nuevos sectores, comenzó a burocratizarse. Esta paralización fue cediendo espacio político que fue ocupando la



El terrorismo desnudó muchas miserias humanas en las tristes jornadas de 1955. El Almirante Issac Rojas (arriba) quien competía doctrinariamente con William Cooke en otras épocas fue uno de los cabecillas. Lonardi (abajo) propuso la idea de "frenar el combate" entre el imperialismo y el pueblo, su infantil visión lo mantuvo en el poder durante 60 días: todo un récord.



oposición. Primero fue con una tímida impugnación, luego con una protesta y finalmente con la crítica siniestra.

A este marco de inquietud se sumó para colmo, la muerte de Eva Perón, el cuadro incondicional del líder y abanderada de los humildes.

LA HORA DEL TERRORISMO

A pesar de todo, la popularidad de Perón y la revolución iban en aumento. Por eso el imperialismo apeló a la única forma lúcida de derrocarlo: el asalto al poder. El terrorismo como herramienta política sustenta la violencia como eje de su acción. La violencia, el asesinato, y el terror radicalizaban la lucha política y tensaba al máximo las organizaciones del poder. Se ponían a prueba de esta forma las dirigencias de ambos bandos, y el convencimieto y la convicción comenzaban a ser fundamentales para la lucha. Una lucha donde se pone a prueba la fibra de los concutores y sólo gana aquél que dispone de la organización más fuerte. No importa la mayoría, simplemente se necesita un pequeño consenso, o la indiferencia, para el triunfo. Era la lucha de los fanáticos, las masas trabajadoras podrían intervenir sólo si estaban suficientemente organizadas para ello y no era el caso de los sindicalistas argentinos.

El imperialismo maniobró hábilmente, convenció a cada grupo con consignas y caracterizaciones que justificaban un objetivo común : el asesinato de Perón. Así para la izquierda, Perón era proimperialista, para la derecha Perón era comunista, para los católicos militantes y la jerarquía eclesiástica, Perón era el anticristo, para los dirigentes partidocráticos, Perón era un dictador.

Todas estas convicciones políticas no eran tales sino que sólo eran justificaciones para ocultar el sentimiento verdadero: el odio. Odio hacia Perón porque él había logrado lo que ellos no pudieron nunca, el amor del pueblo. Odio por su inteligencia, odio por su poder, vergüenza y humillación por haber sido reducidos al nivel de la chusma callejera. Odio porque por primera vez en la historia habían sentido la impotencia de tener que obedecer a los humildes, callada y sumisamente. Odio porque habían sido obligados a ceder sus derechos y ya no eran superiores como antes.

Un sentimiento de venganza empezó a invadirlo todo y fue el preámbulo de la tragedia, primero un levantamiento militar, luego bombas en una concentración de masas, finalmente el bombardeo asesino. Los dirigentes peronistas, transformados en una vieja burocracia no atinaban a la respuesta, era Perón mismo quien debía responder desde su balcón a todas y cada una de las maniobras. Rápidamente el líder intentó un recambio de dirigencias, pero ya era tarde, el nuevo grupo de dirigentes encabezados por John William Cooke nada pudieron hacer; la revolución estaba perdida.

EL EPISODIO FINAL

Estalla el 15 de setiembre de 1955. Las fuerzas revolucionarias eran ínfimas con respecto a las supuestas fuerzas leales, pero a diferencia de las primeras éstas últimas estaban agotadas y vencidas. Ante la impotencia, la traición y la infamia de las propias dirigencias peronistas, el pequeño grupo golpista triunfó.

Las miserias de esos días fueron muchas y muy tristes, entre los conspiradores encontramos por ejemplo a Dalmiro Videla Balaguer quién había sido distinguido por Perón con la medalla de la Lealtad Peronista, y entre uno de sus jefes e ideólogos principales, a un oscuro personaje que competía en otros tiempos sobre doctrina peronista con John William Cooke: Isaac Rojas. Las dirigencias sindicales peronistas se prepararon rápidamente para pactar con los que llegaban y los propios camaradas de armas de Perón aceptaron la renuncia de éste convencidos por las pistolas de un grupo de imberbes oficiales. El terrorismo había triunfado y ya no se detendría. La tortura, la represión, los fusilamientos, se transformarían en elementos de la política argentina. El imperialismo había ganado. Perón se retiraba solo, con una pistola en la cintura y dispuesto a comenzar una nueva batalla, la del exilio. Si bien el enemigo le había arrebatado el poder quedaba por comprobar si ese pueblo que dejaba desorganizado pero con una gran conciencia de su dignidad, habría de resistir la segura avalancha de mentiras y falsedades, con que la oligarquía cubriría esta etapa de la historia argentina.

A PESAR DE TODO

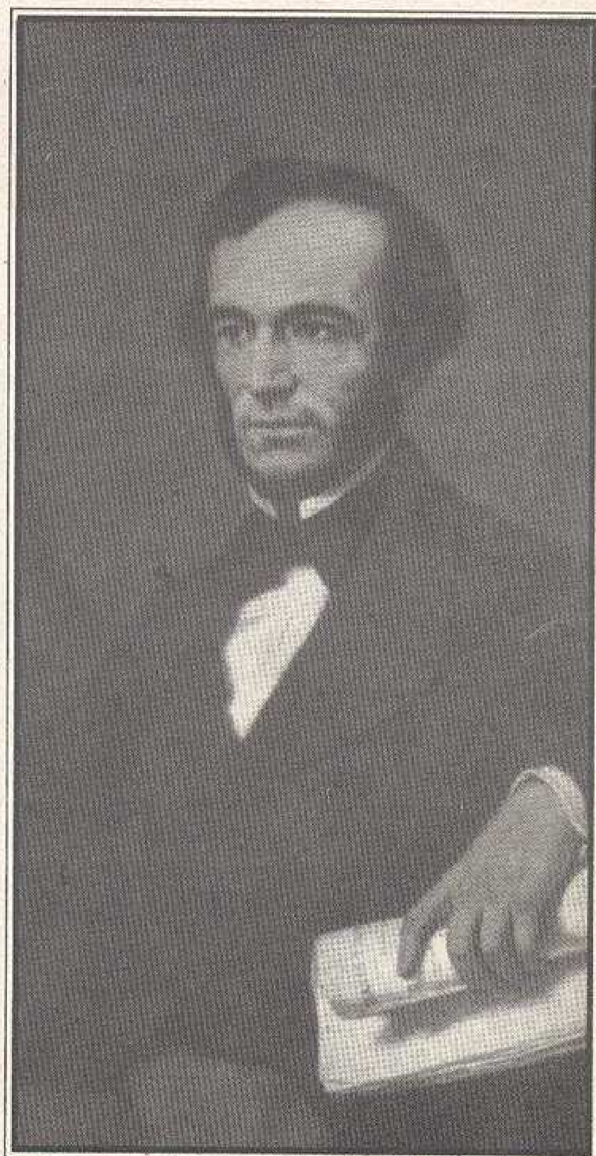
Muchos años después, los hijos de los trabajadores mirarían incesantemente las nubes creyendo ver aparecer detrás de ese o aquel destello brilloso la silueta del famoso avión negro que sabían, vendría a depositar sobre su patria a esa especie de Rey Mago, a ese protector de los pobres, a esa esperanza que se llamaba Juan Perón.

A pesar de todo, la historia demostraría que el líder tenía razón: el futuro le pertenecía.

LEA EN EL
PROXIMO NUMERO DE

Sudestada

LA CONSTITUCION: ¿REALIDAD O FANTASIA?



Lo que se ha llamado "organización nacional" fue una desorganización jurídica. Uno de sus resultados fue la crisis del derecho: el orden anterior a 1853 no estaría en los libros, pero era respetado y se aplicaba por igual a todos. El que vino después, vivió solamente en los textos de instrucción cívica o las lecciones teóricas de los profesores de derecho constitucional. Así como la Constitución de 1853 no se aplicó ni podía aplicarse sino a favor de aquellos que estaban cerca del poder, el pueblo no vió en el ordenamiento legal dictado en su consecuencia otra cosa que palabras "lindas pero inaplicables" como decía Manuel Leiva. Palabras que servían para malabarismos y distorsiones gramaticales. Nadie tuvo en adelante respeto por la ley ni creyó en la justicia pura: para el Viejo Vizcacha las leyes tenían dos puntas como las picanas de los bueyes y la autoridad encargada de aplicarlas "a uno le da con el clavo y a otro con la cantramilla".

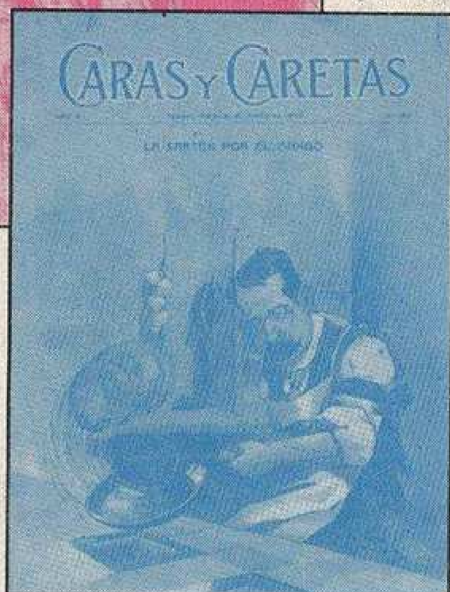
RESERVE SU EJEMPLAR

LA NUEVA REVISTA DE ANALISIS
HISTORICO DE
JOSÉ MARIA ROSA
UNA HERRAMIENTA AL SERVICIO DE
LA BUSQUEDA EN NUESTRO PASADO
DE LAS CLAVES QUE PERMITAN EXPLICAR
EL ACTUAL COLONIALISMO CULTURAL.

Sudestada

Revisar la historia es tarea ingrata, pero hondamente argentina; es buscar la verdad, y valorar esa verdad con criterio patriótico: de esa tarea saldrá la Argentina de mañana, libre de tutelas extranjeras, y con argentinos llenos de fe en su patria. A nada llegaremos mientras nuestra historia nos oculte la realidad de nuestro actual colonialismo, y nos presente como ejemplos próceres justamente a quienes lo fomentaron, a quienes no creyeron en su patria, y tuvieron por única finalidad de su política la enajenación de nuestro patrimonio territorial, espiritual y económico, a título de fomentar la civilización y acabar con la barbarie. La historia es la conciencia de la patria, se ha dicho. Y es nuestra verdad indudable que nosotros no sabremos qué es nuestra patria mientras se mantenga la tergiversación del pasado argentino.







Próximos títulos de Sudestada: El ejército y la política - Los exiliados - Las falsas democracias - La constitución: ¿Realidad o fantasía? - El Estado: ¿héroe o villano?

TODOS LOS MESES EN SU KIOSCO, RESERVELA
